Las Bellas Historias de la Biblia

ARTHUR S. MAXWELL

Las Bellas Historias de la Biblia

El Mayor Personaje de la Historia

(Desde los primeros días del ministerio de Cristo hasta sus últimas parábolas)

TOMO VIII

Las Bellas Historias de la Biblia

El Mayor Personaje de la Historia ✦ Tomo Ocho

Por Arthuro S. Maxwell
Autor de *Mis historias favoritas*

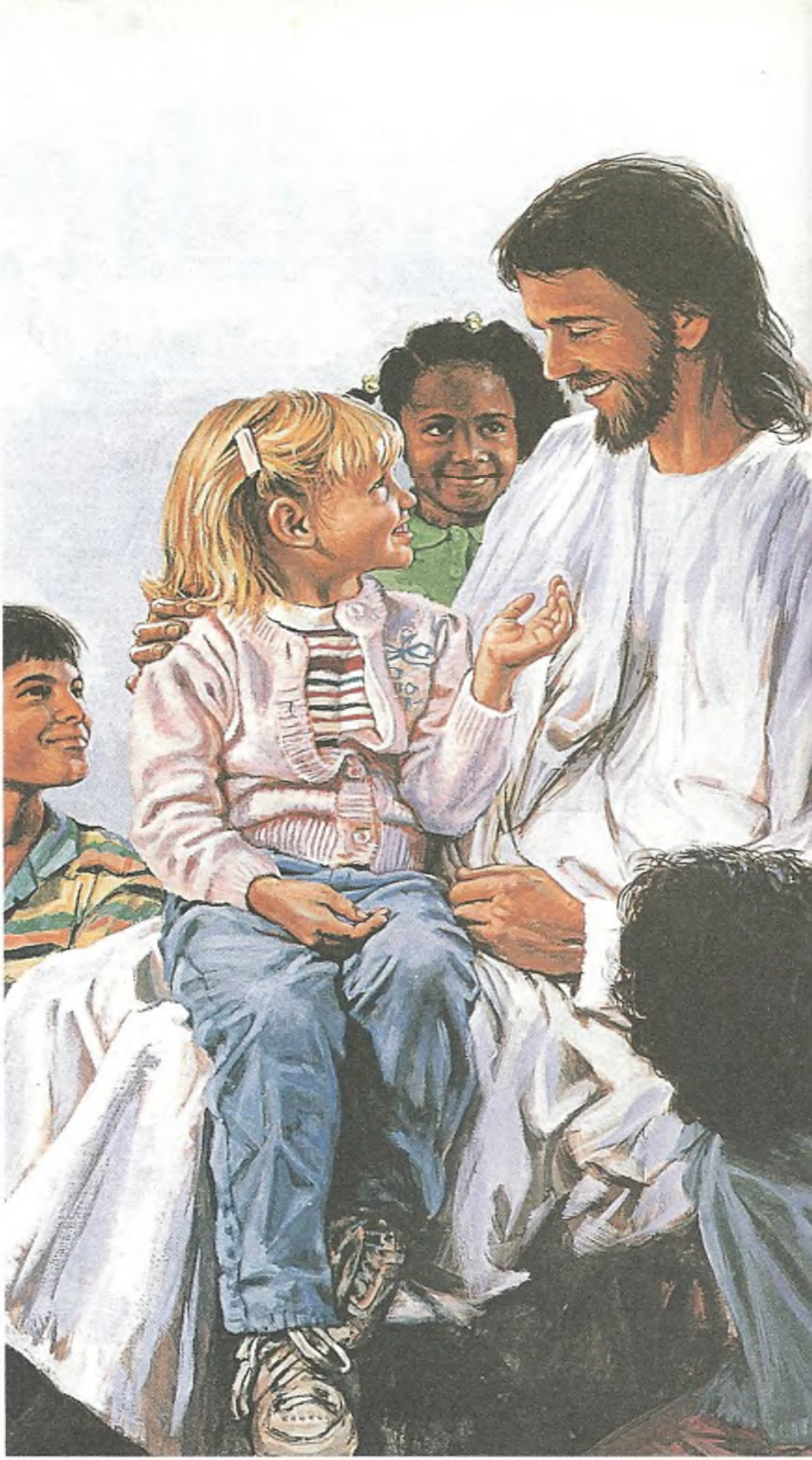
Los pasajes bíblicos de esta obra han sido tomados literalmente de la Nueva Versión Internacional, que contiene un lenguaje claro y fresco que los niños de hoy comprenderán fácilmente.

Más de 400 historias en diez tomos que abarcan la Biblia entera, desde el Génesis hasta el Apocalipsis

Mission Publications

Translation copyright, 2009,
by Mission Publications.
Illustrations copyright, 1994,
by the Review and Herald
Publishing Association.
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de su contenido
literario o pictórico debe ser re-
producido sin permiso de los
editores.

OFFSET IN KOREA



Al igual que antes, Jesús sigue siendo el mejor amigo de los niños. Y todos los que se acerquen a él para oír sus historias y aprender sus enseñanzas pasarán momentos muy felices.

ILUSTRACIÓN DE LARS JUSTINEN

ÍNDICE

Primera Parte: Historias del más Grande de los Médicos

Mateo 9:18-32; 12:10-13; 14:22 a 15:28; 20:30-34;
Marcos 1:40-45; 5:21 a 7:37; 10:46-52; Lucas 7:18-35;
9:12-17; 17:11-19; 18:35 a 19:9; Juan 5:1-19; 6:1-14

1. La mano paralizada es restablecida 9
2. Una mujer es sanada 12
3. Una niña muerta resucita 15
4. La forastera recibe ayuda 19
5. Ánimo para un prisionero solitario 22
6. Un sordo que vuelve a oír 25
7. Un ciego logra ver 28
8. El paralítico sale caminando 33
9. Jesús sana a los leprosos 37
10. La multitud es alimentada 41
11. El que se ahogaba es rescatado 47
12. Un codicioso se vuelve generoso 49

Segunda Parte: Historias del Mayor de los Maestros

Mateo 5:1 a 7:27; 17:1 a 18:35; 20:20-28; Marcos 7:1-23; 10:32-40;
Lucas 6:1-49; 9:28-42; 10:38 a 14:6

1. Los secretos de la felicidad 55
2. Lecciones de las cosas pequeñas 58
3. A la manera de Dios 62

4. Cómo orar 66
5. Tesoros en el cielo 70
6. La casa sobre la roca 73
7. Buenas acciones en un buen día 75
8. Una vislumbre del reino 79
9. Por qué les faltó el poder 84
10. La moneda en un pez 88
11. Setenta veces siete 91
12. La señora de Zebedeo se equivoca 94
13. Primero, lo más importante 98

Tercera Parte: Historias del Mayor de los Narradores

Mateo 13:1-50; 18:23-35; 21:28 a 22:14; Marcos 12:1-44;
Lucas 8:4-15; 10:25-37; 14:16 a 15:32; 18:9-14; 20:9-19
1. Semillas de amor 103
2. No habrá mala hierba en el cielo 106
3. El buen samaritano 108
4. La oveja y la moneda perdidas 113
5. El muchacho perdido es encontrado 116
6. La vestimenta incorrecta para una boda 121
7. Excusas inexcusables 125
8. El hombre más desconsiderado sobre la tierra 128
9. Dos muchachos y su padre 131
10. Asesinato en el viñedo 136
11. Oraciones y ofrendas 141

Cuarta Parte: Historias del más Grande de los Profetas

Mateo 19:27-30; 24:1 a 25:46; Marcos 13:1-37;
Lucas 17:21-37; 19:12-27; 21:1-36; Juan 13:36 a 14:3
1. Un nuevo hogar para los sin techo 147
2. El viaje espacial prometido 151
3. Jesús revela el futuro 155
4. Las señales de su venida 160
5. Más señales que todos pueden ver 165
6. Cómo regresará Jesús 170
7. Se predice la radio y la televisión 174
8. Las diez jóvenes que se durmieron 178
9. La parábola de los talentos 183
10. Pasaporte para el cielo 187

PRIMERA PARTE

Historias del

más Grande de los Médicos

(Mateo 9:18-32; 12:10-13; 14:22 a 15:28; 20:30-34;
Marcos 1:40-45; 5:21 a 7:37; 10:46-52;
Lucas 7:18-35; 9:12-17; 17:11-19; 18:35 a 19:9; Juan 5:1-19; 6:1-14)

La mano paralizada es restablecida

(Lucas 6:6-11)

LAS cosas se habían puesto difíciles para el pobre anciano desde que sintió por primera vez ese dolor en su mano. Incluso podía recordar el día en que había comenzado. Entonces, a medida que pasaban las semanas y los meses, todo fue de mal en peor, hasta que las articulaciones de los huesos se endurecieron y no pudo doblar más la muñeca y sus dedos se encogieron por completo. Finalmente, ya no pudo utilizar más la mano.

Esto significaba que ya no podía trabajar. Por eso había perdido el empleo que le daba su sustento, y por eso se había visto obligado a mendigar alimentos.

Por supuesto, les había pedido a los médicos que lo ayudaran, pero ellos no sabían cómo curar una mano paralizada. Le habían dicho, sencillamente, que debía soportar esa desgracia por el resto de su vida. Era una situación muy triste y desalentadora.

Entonces, fue a la sinagoga de Capernaúm y, al sentarse, escondió su pobre mano paralizada debajo de sus ropas para que nadie pudiera verla. Se sentía muy incómodo cuando la gente comenzaba a mirársela con curiosidad. Luego de sentarse, oró en silencio como

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Jesús fue el más grande de los médicos. Durante su ministerio, visitó el hogar de los pobres y de los ricos, y por donde pasaba dejaba una estela de alegría y felicidad.

había orado muchas veces antes: "¡Dios mío, ayúdame!"

Y repentinamente notó que, por alguna razón, había llegado a ser el centro de interés de los asistentes a la sinagoga. Todos lo observaban. Sintió temor y comenzó a preguntarse qué había hecho. ¡Era improbable que todos quisieran ver su mano paralizada!

No, esa no era la razón, porque advirtió que los presentes lo miraban alternativamente a él y a otro Hombre que estaba detrás de él. Lo llamaban el Carpintero de Nazaret. Pronto notó que el Carpintero mismo lo estaba mirando, y de inmediato experimentó la bondad y simpatía de su mirada.

–"Levántate y ponte frente a todos" –le dijo el Carpintero con voz amable.

–¿Quién? ¿Yo?

Preguntándose en qué terminaría todo eso, el pobre hombre se puso en pie, ocultando todavía su mano paralizada. ¡Ahora sí lo miraban todos!

–"Extiende la mano" –le dijo amablemente el Carpintero.

–¿Mi mano enferma?

–Sí, tu pobre mano enferma.

Pausadamente, el hombre sacó la mano de debajo de su manto. De repente, sus ojos se abrieron en señal de admiración. Luego, se llenaron de lágrimas. ¡Su mano ya no estaba más encogida y paralizada! ¡Era igual que la otra mano, la sana! ¡Ahora podía mover los dedos! ¡Podía doblar la muñeca! ¡Podía tocarse el rostro! Era demasiado bueno para ser verdad, pero aún así era una realidad.

–¡Gracias, gracias, Maestro! –puedo oírlo decir.

Sin embargo, no todas las voces que se escuchaban expresaban agradecimiento.

La Mano Paralizada Es Restablecida

–¡El Carpintero no actuó bien! –murmuró uno.

–¡Cómo se le ocurre hacer una cosa así en el santo sábado! –dijo otro.

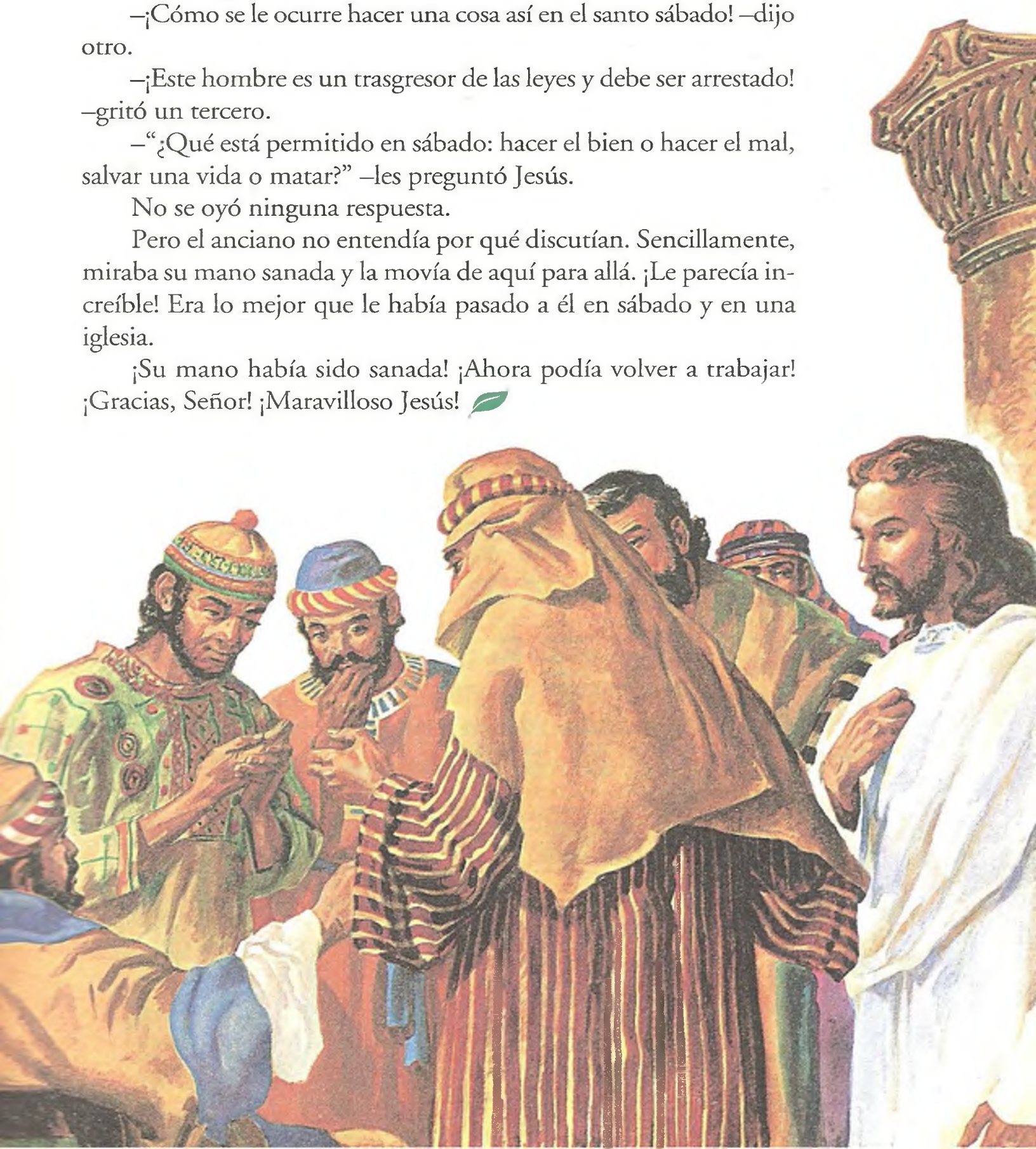
–¡Este hombre es un trasgresor de las leyes y debe ser arrestado! –gritó un tercero.

–"¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o matar?" –les preguntó Jesús.

No se oyó ninguna respuesta.

Pero el anciano no entendía por qué discutían. Sencillamente, miraba su mano sanada y la movía de aquí para allá. ¡Le parecía increíble! Era lo mejor que le había pasado a él en sábado y en una iglesia.

¡Su mano había sido sanada! ¡Ahora podía volver a trabajar! ¡Gracias, Señor! ¡Maravilloso Jesús!



Una mujer es sanada

(Mateo 9:18-22; Marcos 5:21-34)

UN día, cuando Jesús estaba predicando en la playa del mar de Galilea, observó que un hombre se abría paso entre la multitud. El hombre parecía estar muy apurado y preocupado.

–¿Me dejan pasar, por favor? –decía–. Debo hablar ya con Jesús. ¡Déjenme pasar! ¡Por favor, háganme lugar! ¡Es muy urgente!

Era Jairo, era uno de los dirigentes de la sinagoga, y estaba muy angustiado por lo que le ocurría a su hijita. Cayendo de rodillas ante Jesús, le dijo cuál era el problema que lo preocupaba y le rogó que lo ayudara.

–"Mi hijita se está muriendo –clamó–. Ven y pon tus manos sobre ella para que se sane y viva".

Jesús se conmovió. Sabía lo que significaba que uno de los dirigentes de la sinagoga se arrodillara ante él y le pidiera ayuda. ¡Cuánto debía amar este hombre a su pequeña hija!

–Iré contigo –le prometió Jesús, y el rostro de Jairo se iluminó.

Pero cuando comenzaron a marchar, la multitud se agolpó a su alrededor. Parecía imposible avanzar. Eran demasiadas personas las

que querían acercarse a Jesús, observarlo de cerca y tocarlo.

No había avanzado mucho, cuando repentinamente Jesús se detuvo.

–"¿Quién me ha tocado la ropa?" –preguntó.

Esta era una extraña pregunta, dado que había centenares de personas que se apretujaban a su alrededor. Los discípulos también estaban sorprendidos.

–"Ves que te apretuja la gente –le contestaron sus discípulos–, y aun así preguntas: '¿Quién me ha tocado?'"

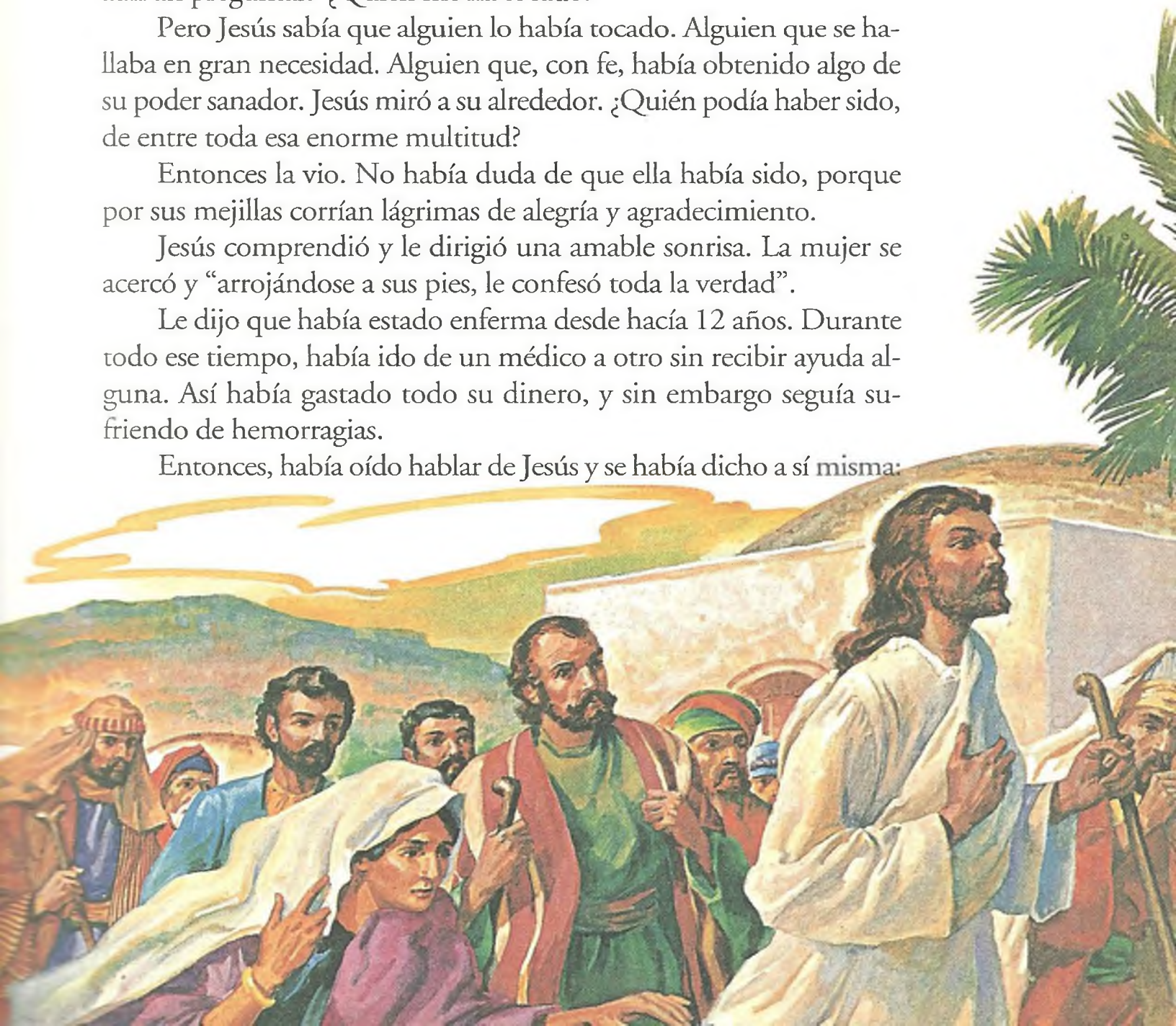
Pero Jesús sabía que alguien lo había tocado. Alguien que se hallaba en gran necesidad. Alguien que, con fe, había obtenido algo de su poder sanador. Jesús miró a su alrededor. ¿Quién podía haber sido, de entre toda esa enorme multitud?

Entonces la vio. No había duda de que ella había sido, porque por sus mejillas corrían lágrimas de alegría y agradecimiento.

Jesús comprendió y le dirigió una amable sonrisa. La mujer se acercó y "arrojándose a sus pies, le confesó toda la verdad".

Le dijo que había estado enferma desde hacía 12 años. Durante todo ese tiempo, había ido de un médico a otro sin recibir ayuda alguna. Así había gastado todo su dinero, y sin embargo seguía sufriendo de hemorragias.

Entonces, había oído hablar de Jesús y se había dicho a sí misma:



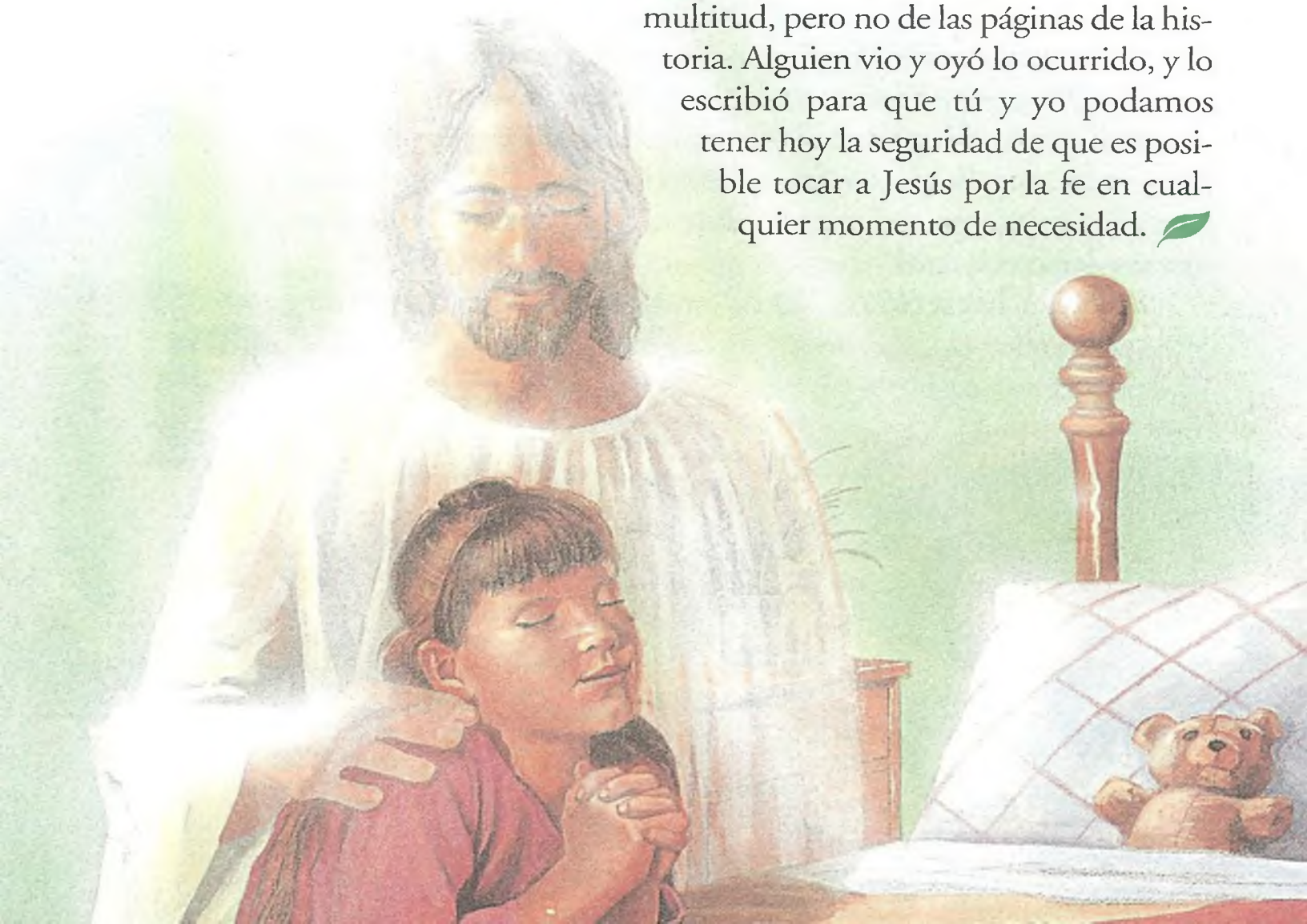
"Si logro tocar siquiera su ropa, quedaré sana". Y así lo había hecho. Le aseguró a Jesús que no había querido molestarlo, porque sabía que estaba ocupado con las necesidades de las demás personas.

Pero entonces, ni bien tocó el borde de su manto, en seguida se había sentido mejor. Su enfermedad había sido sanada. La hemorragia se había detenido. Estaba segura de ello. Y ella estaba muy, muy agradecida.

Jesús también estaba agradecido, porque alguien había tenido una confianza tan grande en él. Me gusta pensar que mientras la mujer se hallaba arrodillada ante él, el Maestro le palmeó suavemente la cabeza y le dijo:

–"¡Hija, tu fe te ha sanado! –le dijo Jesús–. Vete en paz y queda sana de tu aflicción".

Aquella mujer desapareció entre la multitud, pero no de las páginas de la historia. Alguien vio y oyó lo ocurrido, y lo escribió para que tú y yo podamos tener hoy la seguridad de que es posible tocar a Jesús por la fe en cualquier momento de necesidad.



Una niña muerta resucita

(Mateo 9:23-26; Marcos 5:35-43)

MIENTRAS sucedía todo esto, Jairo estaba allí parado, impaciente por volver a donde estaba su hija convaleciente. Quizá haya tirado de la manga a Jesús, instándolo a apresurarse.

–¡Por favor! –puede haber dicho–. ¡Sigamos marchando! ¡Mi hija puede morir en cualquier momento!

Y entonces ella murió.

Un mensajero se abrió paso entre la multitud y le trajo a Jairo la triste noticia:

–"Tu hija ha muerto. ¿Para qué sigues molestando al Maestro?"

Las personas que rodeaban a Jairo lanzaron un suspiro, y en seguida trataron de consolar al pobre padre. Jairo permanecía inmóvil, sin palabras. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. ¡Cuánto había amado a su hijita!

Jesús lo miró con compasión y le dijo:

–"No tengas miedo; cree nada más".

Y entonces, comenzó a caminar otra vez hacia la casa de

Jairo. ¿Qué sentido tiene ir ahora allí?, pensó Jairo. ¡Si esa mujer no lo hubiera detenido, tal vez habrían llegado a tiempo! ¿Y qué había querido decirle Jesús al afirmar: "No tengas miedo; cree nada más"? La niña estaba muerta. ¿Qué otra cosa se podría hacer ahora que enterrar a la niña?

La multitud trató de seguir a Jesús, pero él le pidió amablemente, aunque con firmeza que se dispersara. Pedro, Santiago y Juan podían ir con él, pero nadie más. Él insistió en esto, y las personas obedecieron.

Cuando este grupito se acercaba a la casa de Jairo, pudo contemplar un extraño espectáculo. Muchos de los vecinos trataban de abrirse paso y entrar por la puerta delantera. Sin embargo no podían hacerlo, porque la casa estaba llena de gente. Algunos de los que venían eran amigos de la familia y otros simplemente curiosos.

Desde el interior se podían escuchar los llantos y los lamentos. La costumbre de aquella época era emplear los servicios de plañideras, y esta gente "lloraba y daba grandes alaridos", dice la Biblia.

Jesús entró en la casa, y Jairo y los tres discípulos le siguieron.

–"¿Por qué tanto alboroto y llanto? –preguntó Jesús–. La niña no está muerta sino dormida".

Las plañideras dejaron de hacer que se lamentaban y comenzaron a reír.

–Ella está bien muerta –dijo una de ellas–. Entra y compruébalo tú mismo.

–Por favor, salgan todos de aquí –dijo Jesús.

Una Niña Muerta Resucita

En un instante, todos habían salido por la puerta y la casa quedó en calma otra vez. Entonces, Jesús condujo a los adoloridos padres, junto con Pedro, Santiago y Juan, a la pieza en que la niña yacía pálida y fría sobre la cama.

El padre y la madre sollozaban. Jesús miró a la niña con gran ternura y, con una sonrisa, le dijo:

–"Niña, a ti te digo, ¡levántate!"

Fue como si le hubiera dicho: "Querida, es hora de levantarse". Al instante, la niña abrió los ojos y saltó de la cama como si nunca hubiera estado enferma. Y no sorprendería si lo primero que dijo hubiera sido: "Mamita, ¿por qué estás llorando?"

Pero las lágrimas ya se habían ido. La madre le dio un gran abrazo. No sabía si llorar o reír de tan feliz que estaba. Jairo también se sentía muy feliz; lo mismo que Pedro, Santiago, Juan y, por supuesto, Jesús. A él le gustaba hacer feliz a la gente. ¡Cuánto hubiera querido que cada hogar del mundo fuera tan feliz como la casa de Jairo en ese momento!

Y me gusta pensar que antes de que Jesús saliera de la casa, la niña resucitada se acercó a él y le dijo, con sinceridad, dulzura y sencillez:

–¡Muchas gracias, amable Maestro! ¡Te quiero mucho!

La forastera recibe ayuda

(Mateo 15:21-28; Marcos 7:24-30)

LUEGO de enseñar y sanar durante varios meses en Galilea, Jesús se dirigió hacia la costa del Mediterráneo, y después hacia las ciudades norteñas de Tiro y Sidón.

Estaba allí en territorio extranjero, fuera de las fronteras de Israel. Es probable que los discípulos hayan preguntado por qué Jesús había ido hasta allí. El mensaje que él traía solo era para los judíos, pensaban. Seguramente, no convertiría a ninguno de esos gentiles, extranjeros.

¡Pero se llevaron una sorpresa!

Un día, una mujer comenzó a seguir al pequeño grupo de personas que acompañaba a Jesús en este viaje. De alguna manera, aunque vivía lejos de donde Jesús había obrado milagros, ella debe haber oído hablar de él y de su extraordinario poder para sanar, porque le dijo en voz alta:

–"¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí! Mi hija sufre terriblemente por estar endemoniada".

Al principio Jesús pareció no prestarle atención; pero la mujer continuaba gritando:

–"¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí!"

Los discípulos se sintieron incómodos y le dijeron al Maestro:

–"Despídela, porque viene detrás de nosotros gritando".

Ellos habían visto que la mujer era forastera. Alguien así, ¿cómo podía esperar ayuda del Mesías? Era mejor que dejara de molestar y se fuera.

Jesús se detuvo y la mujer se acercó. Arrodillándose ante él, le dijo a Jesús:

–"¡Señor, ayúdame!"

Un pedido así, no importa de quién venga –sea de un judío o de un gentil, de un peruano o de un inglés, de un alemán o de un mejicano, de un africano o de un australiano– siempre encuentra respuesta en el corazón de Jesús. Pero en esta ocasión, él deseaba que sus discípulos aprendieran una lección. Así que, tratándola como ellos lo hubieran hecho, le dijo a la mujer:

–"No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros.

–"Sí, Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos" –contestó la mujer con humildad, pero con insistencia.

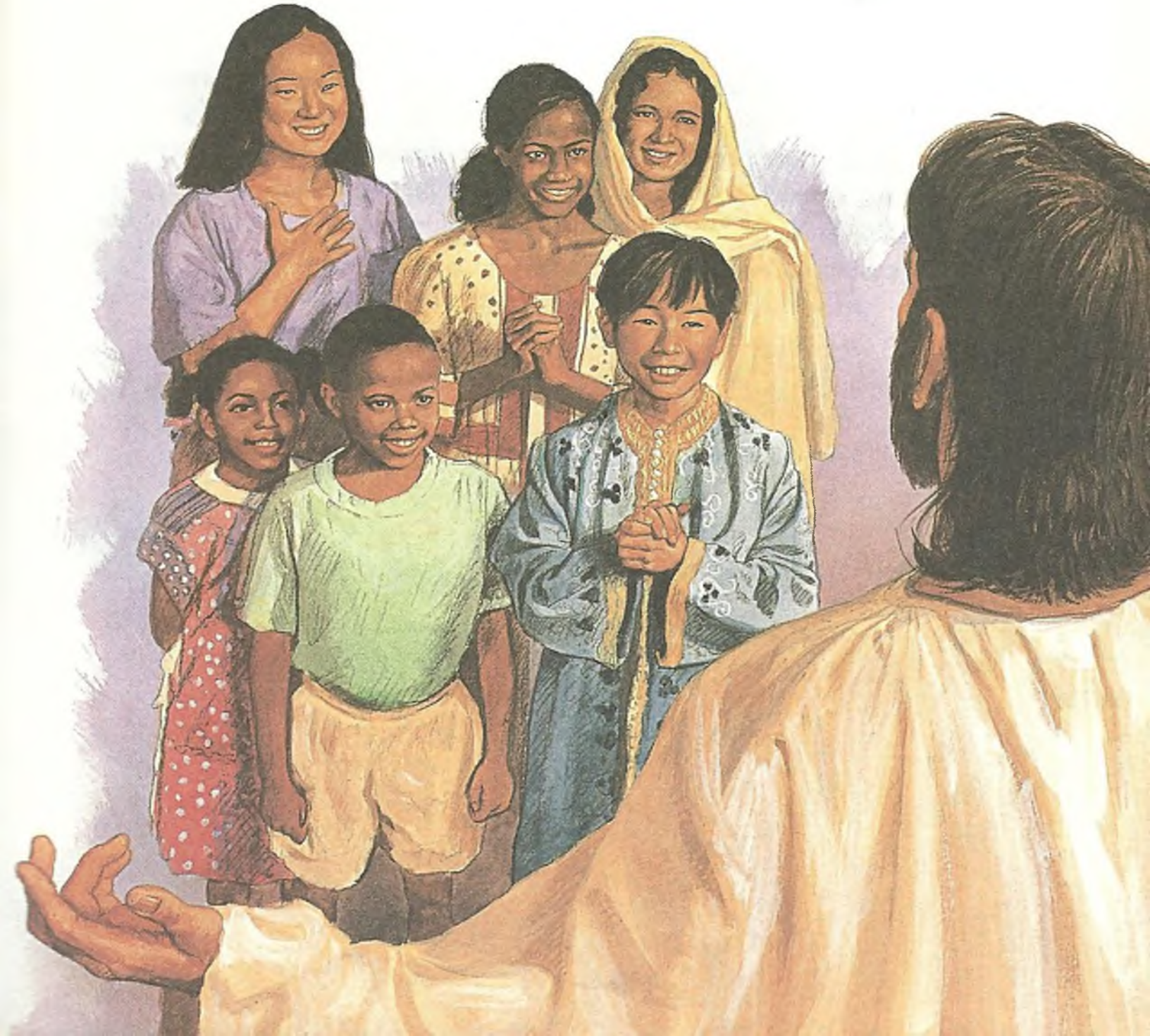
¡Qué hermosa respuesta por tratarse de una persona que no era israelita! Mostraba que ella creía que Jesús podía ayudar a cualquier persona en todo lugar del mundo.

–"¡Mujer, qué grande es tu fe! –contestó Jesús–. Que se cumpla lo que quieres".

En ese mismo instante, su hija fue sanada.

La Forastera Recibe Ayuda

Los discípulos estaban sorprendidos. ¡Su amado Maestro había respondido a la oración de una extranjera! Sin duda, estaba libre de prejuicios. ¿Sería posible que Jesús hubiera venido al mundo para beneficiar no solo "a las ovejas descarriadas del pueblo de Israel", sino también a todos los que necesitaran ayuda en cada una de las naciones de todo el mundo? Esto era solo una reflexión, una hermosa idea, pero a medida que pasaban los días y los años, se fue convirtiendo en convicción en la mente de cada uno de ellos.



Ánimo para un prisionero solitario

(Lucas 7:18-35)

SI bien Jesús estaba ocupado ayudando a las personas necesitadas y enseñándoles de su reino de amor, no se olvidaba de su pobre primo Juan, a quien Herodes había metido en prisión. Su corazón amoroso se compadecía al pensar en ese poderoso predicador que ahora había sido encarcelado con el objetivo de que no pudiera predicar.

Un día, dos hombres le llevaron a Jesús un mensaje de Juan. Al oírlo, era fácil comprender cuán desanimado estaba el pobre prisionero.

–"¿Eres tú el que ha de venir –preguntaba–, o debemos esperar a otro?"

Cuán diferente era esto de lo que él mismo había dicho acerca de Jesús hacía poco tiempo: "¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!"

Es que Juan había comenzado a dudar acerca de Jesús como el Mesías. Quizá se preguntaba por qué no había ido a liberarlo. Pero Jesús no criticó a Juan. Comprendió cómo debía sentirse en su celda.

Por eso, para animar y fortalecer a Juan, Jesús manifestó su ex-

traordinario poder de una manera tal como no lo había hecho hasta entonces. Rápidamente, "en ese mismo momento" se acercó a cada una de las personas enfermas que lo rodeaban, sanándolas a todas. Expulsó demonios, dio vista a los ciegos e hizo que los sordos pudieran escuchar. Incluso resucitó muertos.

¡Nunca antes tantas personas habían sido beneficiadas en tan poco tiempo! Era una revelación poderosa del poder de Dios.

Cuando el último enfermo que se hallaba cerca de él fue sanado, Jesús se volvió hacia los dos mensajeros de Juan, que habían observado con la boca abierta todos estos milagros, y les dijo que regresaran adonde estaba Juan y le contaran lo que habían visto y oído:

–"Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas nuevas. Dichoso el que no tropieza por causa mía".

Es como si Jesús le hubiera dicho a Juan: "¡Anímate! Nuestra causa no está perdida. Tal vez tú seas decapitado y yo muera cruci-

ficado; pero el amor finalmente vencerá".

Cuando los mensajeros de Juan se marcharon, llenos de nuevo entusiasmo, Jesús comenzó a hablar acerca de Juan a las personas que lo rodeaban.

–"¿Qué salieron a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?" –les preguntó.

Ciertamente, Juan no era una caña flexible. Era una roca sólida.

–"¿Qué salieron a ver? ¿A un hombre vestido con ropa fina? Claro que no, pues los que usan ropa de lujo están en los palacios de los reyes".

Claro que Juan no era un cortesano. Era un valiente predicador de la palabra de Dios.

–"Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿A un profeta?"

Sí. Ese era Juan. Y mucho "más que profeta". ¿Y por qué? Porque había cumplido la profecía y preparado el camino para la llegada del Salvador. De él había hablado hacía muchos años Malaquías, diciendo: "Yo estoy por enviar a mi mensajero para que prepare el camino delante de mí".* Y Juan había cumplido esta profecía a la perfección. Era el precursor del Mesías.

Las personas que lo escuchaban estaban felices de que Jesús hablara tan bien de Juan y de su obra, porque muchas de ellas habían sido bautizadas por él y todavía lo respetaban y lo admiraban. Sin duda, algunas de ellas transmitieron a Juan las palabras de Jesús y así animaron aún más al pobre preso solitario.

Cuán bien se debe haber sentido al saber que no se había equivocado con Jesús, ¡y que realmente era "Cordero de Dios", después de todo!

* Malaquías 3:1.

Un sordo que vuelve a oír

(Marcos 7:31-37)

CUANDO Jesús viajó por Galilea desde Tiro y Sidón hasta Decápolis (en la costa este del río Jordán), le trajeron alguien que era "sordo tartamudo", y le imploraron que lo sanara.

Se presentaba un nuevo problema. En aquellos tiempos, nadie sabía cómo ayudar a una persona así. No había clínicas especializadas para tratar a los mudos y los tartamudos. Las pobres personas que sufrían de estas afecciones vivían en el más completo silencio, sin saber lo que era el llanto de un bebé, la risa de un niño o el sonido de la música. Nunca le podían decir a un hijo que lo amaban, o hablar con sus amigos, ni decir oraciones en voz alta.

Incluso ante la presencia de Jesús, el pobre hombre no podía decirle: "¡Señor, ayúdame!", ni podía oír siquiera una palabra de lo que el Maestro decía.

Pero Jesús lo entendía. Aunque no dijo una sola palabra, Jesús oyó el clamor del corazón de ese pobre hombre. Retirándolo de entre la muchedumbre, lo llevó hasta un sitio en que po-

dían estar solos. Entonces, Jesús puso sus dedos en los oídos del hombre y tocó su lengua. Mirando hacia el cielo, dijo: "¡Ábrete!", e inmediatamente el hombre pudo oír y hablar.

¡Qué momento más glorioso debe haber sido ese para él! El mundo en que vivía había sido cambiado en un instante. Atrás quedaban los años de silencio. Ahora podía oír los cánticos de los pájaros, las risas de los niños y las voces de sus amigos que se regocijaban por su curación. Y las primeras palabras que oyó fueron las de Jesús.

¡Qué hermoso debe haberle parecido poder hablar como los demás! Me imagino que por un rato le debe haber resultado imposible dejar de hablar. ¡Todas las cosas que había querido decir durante años y que habían estado encerradas en él, salían ahora como un manantial interminable!

¿Y qué te parece que dijo en primer lugar? ¿Te gustaría saber? ¡A mí también! Se me ocurre que debe haber dicho algo así: "¡Oh, Señor Jesús, muchas gracias! ¡Gracias por abrirme los oídos y hacerme hablar! ¡Siempre te amaré por este milagro!"

¿Y las demás personas? "La gente estaba sumamente asombrada, y decía: 'Todo lo hace bien'".

Y era cierto.

ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

Un ciego logra ver

(Marcos 10:46-52)

BARTIMEO estaba sentado al borde del camino cerca de la ciudad de Jericó, pidiendo limosna a los que pasaban. No podía recordar durante cuántos años había estado sentado en el mismo lugar, día tras día. Sin duda, habían sido muchos años. Quienes viajaban asiduamente entre Jericó y Jerusalén ya lo consideraban parte del paisaje. Aun desde lejos se podía escuchar su triste clamor:

—¡Ayuden a este ciego! Por favor, ¡ayuden a este ciego!

Es probable que Bartimeo haya sido ciego de nacimiento. De ser así, nunca había visto una flor, un árbol, una casa o el rostro de su madre. La gente le había hablado de esas cosas. Y él había tratado de imaginarse, por ejemplo, cómo era la luz del sol; pero le era muy difícil hacerlo. Vivía en un mundo de completa oscuridad y no había modo de remediarlo.

Es cierto que sus sentidos del tacto y del oído eran muy agudos, y que a pesar de todo podía moverse con bastante seguridad, pero jamás había podido ver nada. ¡Absolutamente nada! ¡Cuánto soñaba con poder ver! Era el sueño que más había aca-

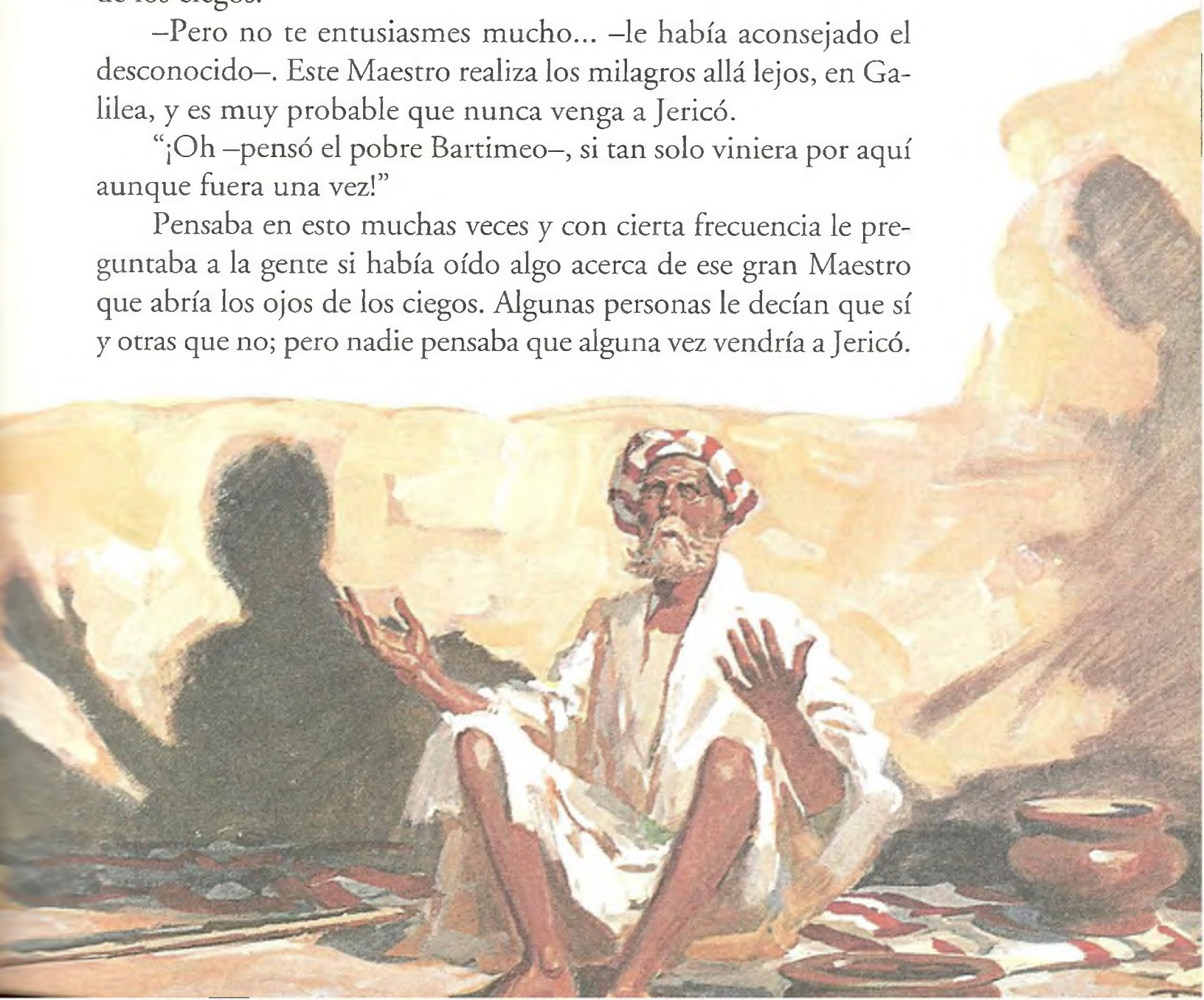
riciado desde su niñez. Cuando era un muchachito, pensaba que tal vez, cuando creciera, sería capaz de ver como las demás personas. Pero ahora que era viejo estaba convencido de que no le quedaba ninguna esperanza. Ninguna.

Bueno, no exactamente. Hacía un tiempo la esperanza había resurgido en su corazón. Eso ocurrió cuando uno de los que pasaban le había hablado acerca de un maravilloso Maestro de Galilea que sanaba incluso a los que sufrían las peores enfermedades. Hasta había sanado a los leprosos y había hecho que los mudos hablaran y que los sordos oyeran. ¡Sí, hasta había abierto los ojos de los ciegos!

–Pero no te entusiasmes mucho... –le había aconsejado el desconocido–. Este Maestro realiza los milagros allá lejos, en Galilea, y es muy probable que nunca venga a Jericó.

"¡Oh –pensó el pobre Bartimeo–, si tan solo viniera por aquí aunque fuera una vez!"

Pensaba en esto muchas veces y con cierta frecuencia le preguntaba a la gente si había oído algo acerca de ese gran Maestro que abría los ojos de los ciegos. Algunas personas le decían que sí y otras que no; pero nadie pensaba que alguna vez vendría a Jericó.



Entonces, un día sucedió. Era una de esas tardes soleadas, calurosas y sofocantes, como las que hay con frecuencia en esa parte del valle del Jordán. Había habido pocos viajeros y, en consecuencia, la mano extendida de Bartimeo había recibido muy pocas monedas. Parecía que, por una razón u otra, todo el mundo se había quedado en la ciudad, y él no sabía por qué. De vez en cuando podía oír una exclamación a la distancia, aunque no sospechaba lo que estaba ocurriendo.

De repente, el sonido de las voces se hizo más fuerte y pronto advirtió que había una gran multitud en movimiento. Calculó que había centenares de personas en la ruidosa muchedumbre que salía de Jericó.

–¿Qué está pasando? –le preguntó a alguien.

–Es Jesús de Nazaret que sale de la ciudad seguido de una multitud –le respondió el desconocido.

–¡Jesús de Nazaret! –exclamó Bartimeo.

Y luego se dijo: "¡Al fin ha venido! ¡Esta sí que es mi única oportunidad!"

A medida que aumentaba el ruido de las pisadas y el sonido

de las voces, llegó a la conclusión de que el gran Maestro debía estar pasando a su lado. Pensó también que, si no hacía algo, pronto se iría. Debía actuar ahora o nunca. Por eso, con todas las fuerzas de sus pulmones, gritó:

–"¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!"

Todas las esperanzas de su corazón estaban concentradas en ese clamor. Todo lo que había soñado durante su larga, pobre y triste vida.

Pero nada ocurrió. Solo notó que más gente pasaba a su lado. Por eso, volvió a gritar tan fuerte como pudo:

–¡Jesús! "¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!"

El pobre ciego estaba desesperado. Tenía que llamar la atención de Jesús en ese momento, o sería demasiado tarde. Pero había tanto ruido... Pasaba tanta gente...

–¡Jesús! –volvió a gritar más fuerte que antes.

–¡Cállate! –lo reprendió uno de los que pasaban–. ¡No grites así! De todos modos el Maestro está muy ocupado.

Pero Bartimeo no le hizo caso. Esa era su única y gran oportunidad. Por eso "se puso a gritar aún más:

–"¡Hijo de David, ten compasión de mí!"

Entonces, fue como si la multitud hubiera dejado de moverse. Y unos instantes después, desde muy cerca, oyó una voz llena de amor y de bondad que decía:

–"Llámenlo".

Luego, oyó que otra voz le ordenaba:

–Acércate Bartimeo; anímate, el Maestro te llama.

Bartimeo no necesitó que nadie lo guiara. La voz de Jesús lo atrajo como un imán.

–"¿Qué quieres que haga por ti? –le preguntó".

¡Jesús lo había oído! ¡Por encima del ruido de la multitud, el clamor de un pobre ciego había llegado a sus oídos!

–"Rabí, quiero ver –respondió el ciego.

–"Puedes irte –le dijo Jesús–; tu fe te ha sanado".

Y así había ocurrido, porque "al momento recobró la vista". Sus ojos fueron abiertos y lo primero que vieron fue el hermoso rostro de Jesús que lo contemplaba con una sonrisa de simpatía.

No sorprende entonces que la Biblia diga que Bartimeo "empezó a seguir a Jesús por el camino". Y estoy seguro de que lo siguió hasta el final de su vida.

El paralítico sale caminando

(Juan 5:1-18)

JESÚS tenía tantos deseos de ayudar a los pobres y necesitados, que iba a cualquier parte para poder encontrarlos. Una tarde de sábado, durante una breve visita a Jerusalén, fue hasta al estanque de Betesda para ver a las decenas de enfermos que se congregaban bajo sus cinco pórticos cubiertos.

Daban un triste espectáculo. Algunos eran cojos, otros ciegos, y otros paralíticos. Todos creían que, si entraban en el estanque en el momento oportuno, serían sanados. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes, cada uno seguía esperando que él fuera el siguiente en ser sanado.

Mientras Jesús contemplaba esta multitud de sufrientes, su amante corazón se conmovió profundamente. Comenzó a hablar con uno de ellos y descubrió que había estado paralítico durante 38 años. ¡Treinta y ocho años! Y durante todo ese largo tiempo había anhelado fervientemente volver a caminar. ¡Qué caso más triste!

–"¿Quieres quedar sano?" –le preguntó Jesús.

¡Claro que quería! Pero él ya había perdido toda esperanza. No había nadie que lo ayudara a echarse en el estanque. Le costaba tanto

trabajo arrastrarse hasta el borde, que cuando llegaba, ya alguien había entrado en el agua. Pero Jesús sabía cómo infundir nueva esperanza a los desesperados. Con ternura, pero a la vez con firmeza, le dijo al pobre paralítico:

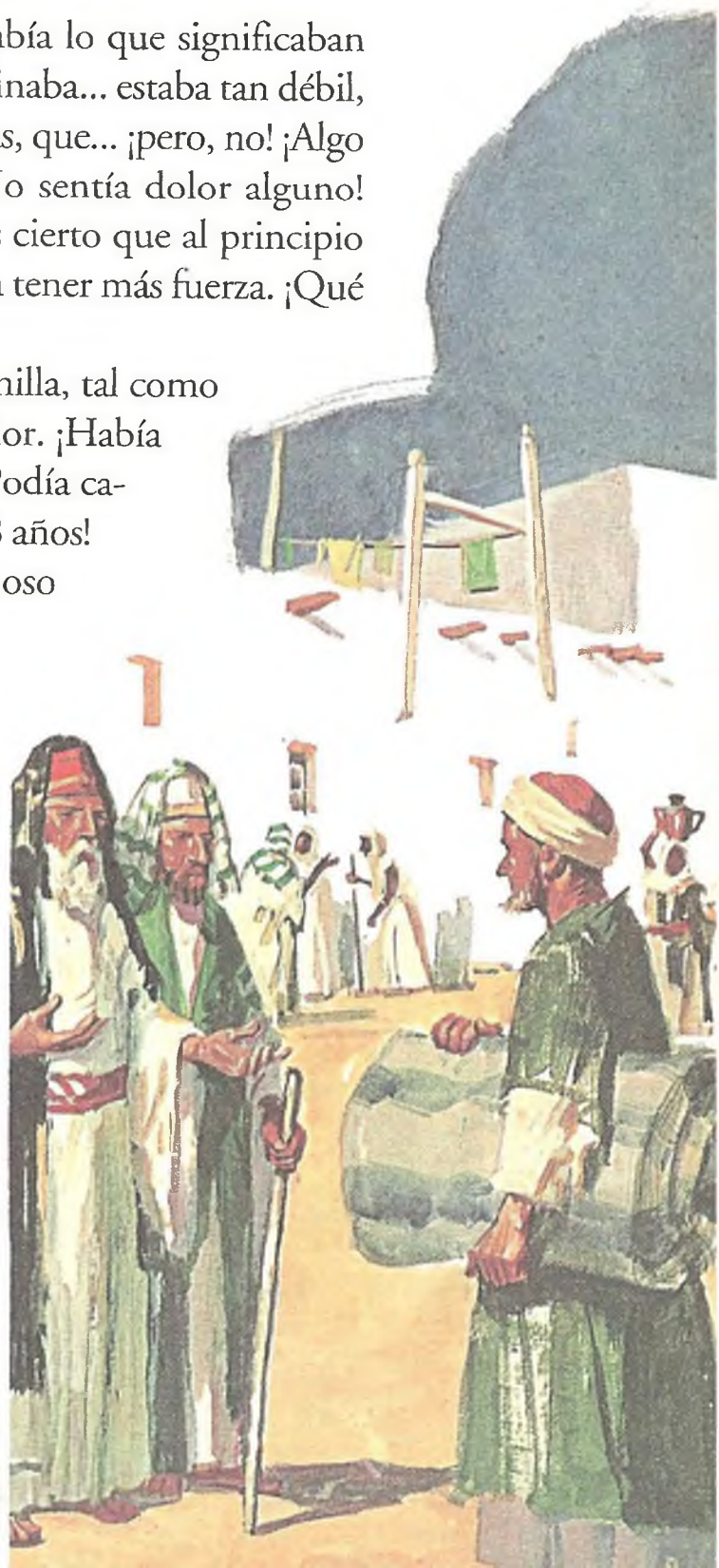
–"Levántate, recoge tu camilla y anda".

¿Caminar? El pobre hombre apenas sabía lo que significaban esas palabras. Hacía tantos años que no caminaba... estaba tan débil, sus articulaciones se hallaban tan endurecidas, que... ¡pero, no! ¡Algo había ocurrido! Trató de incorporarse. ¡No sentía dolor alguno! ¡Podía doblar las rodillas! ¡Podía pararse! Es cierto que al principio se sintió un poco flojo. Pero cada vez parecía tener más fuerza. ¡Qué maravilla!

Entonces se agachó para recoger su camilla, tal como Jesús le había dicho. Y ni eso le produjo dolor. ¡Había sido sanado! ¡Estaba completamente bien! Podía caminar, correr y saltar otra vez, ¡después de 38 años! ¡Qué maravilla! Era algo demasiado hermoso para ser cierto.

Estaba tan entusiasmado por sentirse bien otra vez, que ni siquiera supo quién lo había sanado. Cuando miró a su alrededor para agradecérselo, Jesús ya se había ido. De modo que el hombre se puso la camilla bajo el brazo, pasó por debajo de uno de los pórticos, y se dirigió a su casa.

¡Pero cuando menos lo esperaba, surgió una dificultad! Algunas personas que se hallaban afuera le preguntaron cómo



← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

se atrevía a transportar su cama en sábado. ¿Sábado? Tan feliz se hallaba el hombre, que se había olvidado de que ese día era sábado.

–"El que me sanó me dijo: 'Recoge tu camilla y anda' " –contestó, inocentemente.

–"¿Quién es ese hombre que te dijo: 'Recógela y anda'? –le interpelaron".

–El hombre que me sanó.

–¿Y quién era? –insistieron.

–No lo sé.

Y en verdad, no lo sabía. Sin embargo, poco después, cuando se hallaba en el templo agradeciéndole a Dios por su sanamiento, se encontró otra vez con Jesús. El Maestro le dijo que no volviera a pecar para que no le ocurriera alguna cosa peor.

El hombre entonces reconoció a Jesús como Aquel que lo había sanado.

–¡Ese es el hombre! –les dijo entonces a los que le preguntaban quién le había ordenado llevar su camilla en sábado.

Pero ellos ya tenían la sospecha de que se trataba de Jesús. ¡Cuán necios eran al enojarse de que, como creían, Jesús hubiera "quebrantado" el sábado, en vez de alegrarse porque alguien había recobrado la salud! Necesitaban aprender que "el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado".*

* Marcos 2:27.

Jesús sana a los leprosos

(Marcos 1:40-42; Lucas 17:11-18)

ALGUNA vez te preguntaste por qué Jesús nunca se contagió alguna enfermedad, a pesar de que siempre se relacionaba con gente enferma? Sí, muchas veces se sentía cansado, pero nunca se enfermó. Nunca leemos que haya tenido paperas, sarampión, varicela o alguna otra enfermedad.

Jesús era como un manantial de vida de donde brotaba salud, fortaleza y felicidad para otros. Cierta vez dijo: "Yo he venido para que tengan vida",* y eso es lo que él repartía a manos llenas todos los días y a toda hora.

Por eso había centenares y miles de personas que se congregaban a su alrededor. Todo el mundo deseaba sentirse bien, y allí había Alguien que tenía la fórmula secreta. Era mucho mejor y más rápido que cualquier médico. Ningún mal parecía demasiado difícil de tratar para él. Ni siquiera la lepra.

En aquellos tiempos no había algo que asustara más a la gente que la idea de que podían contraer esa temida enfermedad. Aquellos que se enfermaban de lepra debían salir de sus casas y aldeas para vivir con los demás leprosos, lejos de las poblacio-

nes y de la gente sana. Así iban empeorando más y más hasta que morían.

Cierto día un leproso, al ver a Jesús, se olvidó por un momento de las reglas que le prohibían acercarse a la gente sana, y vino corriendo hacia el Maestro.

–¡Vete! ¡Aléjate! –me parece oír gritar a las personas que estaban con Jesús, mientras retrocedían, terriblemente asustadas–. ¡No te acerques! ¡Eres un leproso! ¡Estás inmundo!

Pero Jesús no se movió. Al contrario, sus ojos miraban compasivamente al pobre hombre enfermo que se había arrodillado cerca de él.

–"Si quieres, puedes limpiarme" –clamó el leproso desde lo profundo de su corazón.

¿Qué crees que hizo Jesús entonces? Tocó al leproso y dijo:

–"Sí quiero. ¡Queda limpio!"

Jesús podría haberse contentado con hablarle, pero hizo algo más: lo tocó. La gente que lo rodeaba debe haberse quedado atónita. ¡Ninguno habría tocado a un leproso por todo el dinero del Imperio Romano! Si lo tocaban, ellos mismo podrían volverse leprosos. Pero Jesús no temía. De él brotó energía vivificante que sanó al leproso. Precisamente cuando Jesús habló, "al instante se le quitó la lepra y quedó sano".

Algún tiempo después, mientras Jesús se hallaba transitando por Samaria, se le acercaron 10 leprosos, que se detuvieron "a cierta distancia", temerosos de acercarse a él. Sin duda, habían oído decir que había sanado a otros leprosos. Por eso exclamaron:

–"¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!"

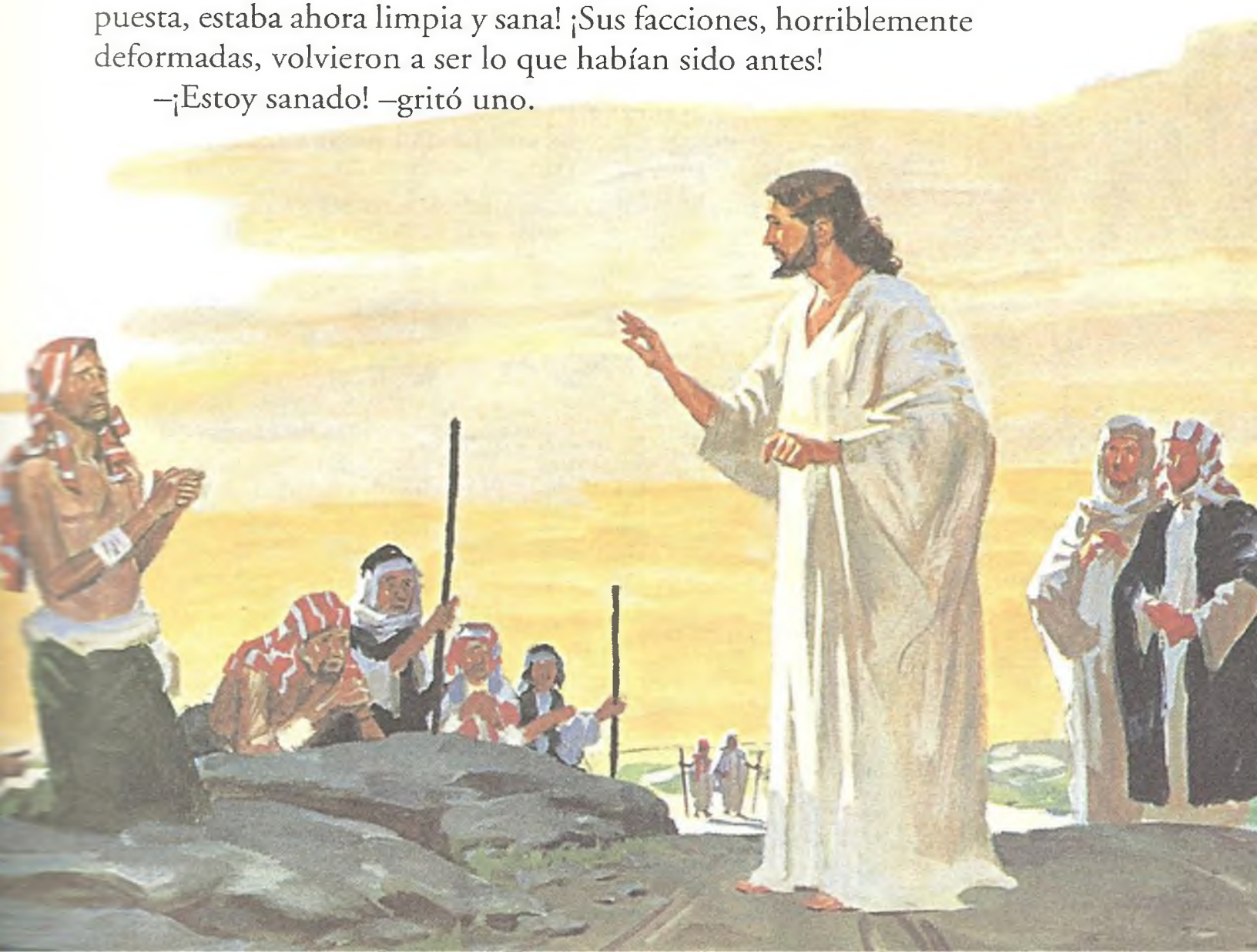
Jesús se detuvo. Su amante corazón se enterneció.

–"Vayan a presentarse a los sacerdotes" –les dijo.

Aparentemente, era una orden extraña, pero ellos comprendieron. Ningún leproso podía volver a vivir en las ciudades a menos que un sacerdote certificara que estaba curado. De manera que lo que Jesús les había dicho era que, cuando llegaran adonde estaba el sacerdote, se encontrarían sanados.

Los leprosos obedecieron la orden y de inmediato se pusieron en marcha. Se me ocurre que, mientras caminaban, iban mirándose mutuamente para ver si advertían algún cambio en la piel. Y de repente, lo soñado ocurrió. ¡Todas las horribles manchas blancas habían desaparecido! ¡Su carne, medio descompuesta, estaba ahora limpia y sana! ¡Sus facciones, horriblemente deformadas, volvieron a ser lo que habían sido antes!

–¡Estoy sanado! –gritó uno.



–¡Yo también! –exclamó otro.

–¡Y yo! –gritaron sucesivamente todos los demás mientras comenzaban a correr rumbo al lugar más cercano donde pudieran encontrar a un sacerdote.

Jesús los vio irse y luego, con gran alegría, contempló a uno de ellos que corría de regreso hacia él. Postrándose a los pies de Jesús, este hombre, que era un samaritano, exclamó:

–¡Gracias, querido Maestro, muchas gracias!

Jesús se sintió feliz. ¡Qué hermoso era oír esas palabras de agradecimiento! Volviéndose a los demás que estaban con él, les dijo:

–"¿Acaso no quedaron limpios los diez? –preguntó Jesús–. ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios?"

Esto nos muestra que Jesús toma en cuenta las cosas pequeñas. Nunca nos olvidemos de agradecerle su bondad hacia nosotros.

---

* Juan 10:10.

La multitud es alimentada

(Juan 6:1-14)

CIERTA mañana, Juan había ido al lago con su caña de pescar y había sacado dos pescaditos.

–¡Mira, mamá! –exclamó mientras entraba corriendo en la cocina de su casa–. ¡Mira lo que pesqué!

Su mamá miró los pescaditos y se sonrió.

–No son muy grandes, ¿verdad? –le dijo–. ¿Qué vas a hacer con ellos?

–Los comeré en el almuerzo, si tú me los preparas.

–¿Para el almuerzo? ¿Qué planes tiene para hoy?

–Quisiera ir a escuchar otra vez a Jesús. ¡Me gusta tanto como habla! Tú también tendrías que ir a escucharlo... ¿Podría llevarme también tres o cuatro panecillos de cebada, mamá?

–¡Cómo no, querido! Llévate cinco. Estoy segura de que tendrás hambre al final del día.

–Muchas gracias, mamá –exclamó Juan, y mientras se marchaba rápidamente.

No le fue difícil encontrar a Jesús. Todo el mundo parecía saber dónde estaba... Por el camino principal, a campo traviesa, a lo largo de los senderos de la montaña, había centenares que

iban en la misma dirección.

A medida que avanzaba, la muchedumbre se apretujaba cada vez más. Se abrió paso de a poco, para poder alcanzar los primeros lugares y, de esa manera, poder estar frente al gran Maestro.

Pronto, Jesús comenzó a hablar. Y dijo cosas tan bellas, que todos estaban pendientes de cada palabra suya. Hablaba con una voz tan clara y fuerte, que incluso los que se encontraban más lejos podían escucharlo.

Las horas pasaron volando. Él continuaba hablando, y el pueblo seguía escuchándolo. Tan interesados estaban en lo que decía, que se olvidaron del almuerzo. Incluso el pequeño Juan olvidó comer su almuerzo.

Por fin, el sol comenzó a declinar y una brisa fría empezó a soplar desde el lago.

–¿No crees, Maestro, que es hora de que le digamos a la gente que se vuelva a su casa? –le preguntó uno de los discípulos a Jesús.

–Por lo menos, diles que vayan a comprar alimentos a las aldeas de alrededor –sugirió otro–. Han estado sin comer durante todo el día.

–"No tienen que irse –contestó Jesús–. Denles ustedes mismos de comer".

Los discípulos se quedaron sorprendidísimos.

–¿Que les demos nosotros de comer? ¡Si no tenemos nada de comida! –dijeron.

–"Ni con el salario de ocho meses podríamos comprar suficiente pan para darle un pedazo a cada uno –respondió Felipe".

Juancito vio que los discípulos y el Maestro estaban conversando y se preguntó de qué hablarían. Tal vez Jesús tuviera hambre, se dijo; y no sería nada extraño, después de haber estado hablando durante

todo el día. Entonces, pensó en lo que había traído para comer.

–Si el Maestro tiene hambre –le dijo a Andrés, que se hallaba cerca de él–, estoy dispuesto a darle lo que traje para comer.

Andrés le agradeció con una sonrisa y comunicó el ofrecimiento a Jesús.

–"Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente?"

–"Hagan que se sienten todos –ordenó Jesús", y ellos obedecieron.

–¿Sentarnos? ¿Para qué? –preguntaba la gente.

–Vamos a comer.

–¿A comer? ¿Cómo es posible? ¿Dónde había alimento?

–No se preocupen. Ya verán...

Mientras tanto, Juancito le había alcanzado a Jesús la comida que había traído y el Maestro se lo agradeció efusivamente:

–¡Gracias, Juancito! ¡Muchas gracias!

Y la amable sonrisa con que acompañó estas palabras emocionó al niño. Le pareció que eso valía mucho más que el almuerzo que

había perdido. Pero no se quedaría sin comer, después de todo. Muy pronto iba a suceder algo maravilloso.

Primero, Jesús bendijo los panecillos y los dos pescaditos. Después, comenzó a partirlos en trozos y a entregarlos a los discípulos. Y lo extraño era que, sin importar en cuántos pedazos los partiera, siempre sobraba algo en sus manos.

A los pocos instantes todos los discípulos se hallaban ocupados llevando alimento a la gente, con la rapidez con que podían subir y bajar por la ladera de la montaña. Vez tras vez volvieron en busca de más comida, y siempre había más trozos de pan y de pescado que salían de las manos del Maestro.

Juancito observaba la escena asombradísimo. No podía comprender lo que ocurría. Y no me extrañaría si, de vez en cuando, Jesús se inclinaba hacia él y le daba algunos trozos de pescados y pan para que comiera. ¡Juancito nunca había tenido tanto para comer! En verdad, tenía mucho más de lo que hubiera comido si se habría guardado

sus panecillos y sus pescaditos.

La Biblia dice que, esa tarde, fueron alimentados 5.000 hombres, sin contar las mujeres y los niños. Y todo el mundo comió hasta saciarse. La prueba está en que, cuando todo terminó, Jesús les dijo a sus discípulos:

–"Recojan los pedazos que sobraron, para que no se desperdicie nada".

¡Y así se juntaron 12 cestas llenas! ¡A tal punto habían sido bendecidos todos!

Pero hay algo especial acerca de este relato. Lo encontramos en el evangelio de Juan 6:6, donde se nos dice que Jesús "ya sabía lo que iba a hacer". Esto quiere decir que, desde el mismo comienzo, el Señor Jesús ya lo tenía todo planeado. Había tomado en cuenta a Juancito y sabía lo que iba a traer para su almuerzo. También sabía lo que iba a hacer si Juancito le entregaba su comida.

Había observado al muchacho durante todo el día. Había notado cuán interesado estaba en lo que decía. Sabía también que Juancito deseaba hacer algo por él. ¡De modo que el Maestro había planeado todo este maravilloso milagro teniendo en cuenta a ese muchacho!

Hoy Jesús te tiene en cuenta a ti. ¡Es probable que esté planeando realizar algo extraordinario con tu colaboración! Él sabe muy bien lo que puede hacer contigo si tú se lo permites, si colocas en sus manos lo mejor de ti, tu más preciado tesoro.

El que se ahogaba es rescatado

(Mateo 14:22-33)

LA tarea de alimentar a toda esa multitud debe haber sido muy cansadora para Jesús y los discípulos. Tan cansados estaban los discípulos después de haber llevado alimentos a más de 5.000 personas, que Jesús les aconsejó que se subieran a una barca y navegaran hacia el otro lado del lago para descansar.

Mientras tanto, él trataba de enviar a la gente de regreso a sus hogares. Esa era una tarea difícil, porque muchos querían coronarlo rey allí mismo. Un hombre que puede alimentar gratuitamente a una multitud tan grande, se decían, es la persona ideal para ser rey de Israel. Pero Jesús no deseaba ser esa clase de rey. Por eso les pidió que se marcharan y lo dejaran solo. Finalmente se fueron, no sin antes resistirse un rato. Entonces, el Maestro subió otra vez a la montaña y se puso a orar.

Más tarde en la noche, se levantó una tormenta. Acordándose de que sus discípulos se hallaban navegando en el lago, Jesús decidió ir hacia ellos. Bajó hasta la playa y siguió caminando sobre el agua. Nadie sabe cómo pudo hacerlo, pero no hay duda de que lo hizo, porque todos sus discípulos lo vieron.

–"¡Es un fantasma!" –exclamaron aterrados al ver aparecer la

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Cuando Pedro vio a Jesús caminando sobre el mar, salió de la barca para ir a su encuentro. Pero cuando dejó de mirar al Maestro, empezó a hundirse y clamó: ¡Señor, sálvame!

forma blanca del Maestro, que avanzaba hacia ellos.

–"¡Cálmense! Soy yo. No tengan miedo" –les dijo Jesús.

Los discípulos no podían creer lo que les decían sus ojos y sus oídos. ¿Cómo era posible que Jesús se encontrara allí, en el medio del lago, sin hallarse sobre un bote? Pedro siempre tenía a mano una idea brillante. Dijo:

–"Señor, si eres tú... mándame que vaya a ti sobre el agua.

–"Ven –dijo Jesús".

Es muy probable que Pedro no esperara recibir una respuesta así. Pero el hecho es que se bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia su amado Maestro. ¡Debe haberse necesitado mucha valentía para caminar sobre el agua agitada en una noche tan oscura! Pero Pedro fue bien recompensado.

¡Era maravilloso! Le parecía increíble caminar sobre el agua, tal como lo había hecho Jesús. ¿Por qué no lo había intentado antes?

Pero su alegría y su valentía no duraron mucho. Al dejar de mirar a Jesús, empezó a observar las temibles olas que lo rodaban. ¿Qué ocurriría si una de ellas lo tumbaba? ¿Qué sucedería si tropezaba y se caía? Comenzó entonces a dudar. Y en ese mismo instante empezó a hundirse.

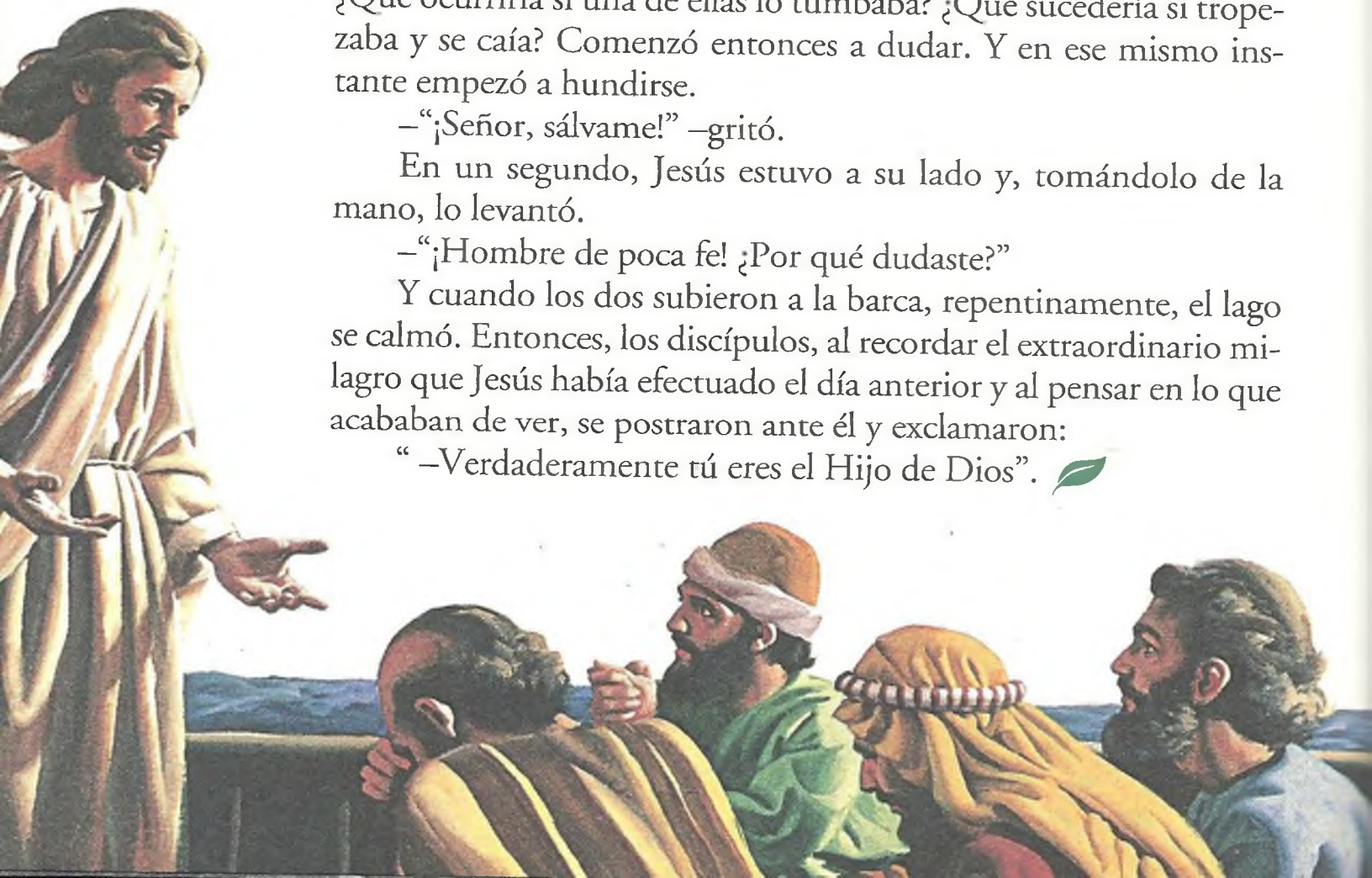
–"¡Señor, sálvame!" –gritó.

En un segundo, Jesús estuvo a su lado y, tomándolo de la mano, lo levantó.

–"¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?"

Y cuando los dos subieron a la barca, repentinamente, el lago se calmó. Entonces, los discípulos, al recordar el extraordinario milagro que Jesús había efectuado el día anterior y al pensar en lo que acababan de ver, se postraron ante él y exclamaron:

" –Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios".



Un codicioso se vuelve generoso

(Lucas 19:1-10)

JESÚS no solo sanaba a los enfermos, sanaba a los leprosos, restauraba a los lisiados, daba vista a los ciegos, hacía oír a los sordos, alimentaba a los hambrientos, salvaba a los que se estaban ahogando y resucitaba a los muertos, sino que también alcanzaba la mente y el corazón de las personas, con el objetivo de transformar su vida. Era el más grande de los médicos.

Mientras transitaba por la ciudad de Jericó acompañado por un gran grupo de gente, sus atentos ojos observaron que había un hombre bajito que corría delante de la multitud. Era Zaqueo, el jefe de los cobradores de impuestos de la región, un hombre muy rico.

Zaqueo siguió corriendo hasta un árbol sicómoro. Allí, olvidándose de cuán importante era, trepó por el árbol como un muchacho y se sentó en una de las ramas. Jesús se sintió feliz de que un hombre así estuviera tan deseoso de verlo como para molestarse en subir a un árbol.

La muchedumbre siguió avanzando lentamente; algunas personas forcejeaban para acercarse a Jesús, y otras gritaban desde

lejos pidiéndole ayuda. Pero cuando llegaron al sicómoro, Jesús se detuvo, levantó la cabeza y miró a Zaqueo.

El cobrador de impuestos se sintió contentísimo. ¡Nada menos que el gran Maestro de Galilea estaba allí abajo, mirándolo! ¡Sí, hasta le sonreía!

Zaqueo sintió dentro de sí una extraña emoción. No era posible, pensó, que Jesús estuviera interesado en él. ¡En un cobrador de impuestos! ¡Si todo el mundo lo odiaba! Pero Jesús estaba muy interesado en él.

Entonces, para gran sorpresa de Zaqueo y de todas las personas que lo oyeron, Jesús dijo:

–"Zaqueo, baja en seguida. Tengo que quedarme hoy en tu casa".

–¿En mi casa? –preguntó Zaqueo con los ojos abiertos de sorpresa y mientras una sonrisa de alegría e in-

credulidad le iluminaba el rostro–. ¿En mi casa?

En un segundo, se lanzó del árbol y estuvo en pie junto a Jesús.

–¡Oh, sí, ven! ¡Estaré gustoso de recibirte! –dijo y comenzó a guiar con orgullo a Jesús hacia su casa.

Las personas de la multitud no podían comprender lo que pasaba. Comenzaron a quejarse de que Jesús los haya abandonado para irse en compañía nada menos que de un cobrador de impuestos.

Pero Jesús sabía bien lo que hacía. Había podido ver todas las buenas cualidades que se ocultaban en ese hombre bajito, que estaban esperando que el amor las hiciera salir a la luz.

La casa a la que se dirigieron era realmente hermosa, una de las mejores de los alrededores de Jericó. Sin duda, desde ella se observaba el hermoso panorama del valle del Jordán. Zaqueo se sentía tan feliz de que el gran Maestro se hubiera dignado a venir a su casa, que de inmediato ordenó a sus criados que trajeran bebidas frescas y la mejor comida para su honrado Huésped.

¡Cómo me gustaría saber todo lo que Jesús le dijo a Zaqueo mientras los dos estaban sentados en la sala o tal vez en la galería de la casa! Pero nadie lo sabe. Lo que sí sabemos es que, desde aquella tarde, Zaqueo fue un hombre completamente distinto.

–Maestro –dijo en cierto momento–, ya sé lo que voy a hacer. "Ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes, y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces la cantidad que sea".

HERBERT RUDEEN

¡Cuán feliz se sentía Jesús!

–"Hoy ha llegado la salvación a esta casa –le dijo Jesús".

Y luego pronunció aquellas palabras que han animado a tantos millones de personas desde aquel día:

–"Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido".

Sí. A los ricos y a los pobres. A los encumbrados y a los humildes. A los enfermos y a los sanos. A los jóvenes y a los ancianos. A los cobradores de impuestos y a los que pagan los impuestos. Todo el que se siente perdido, el que desea hallar el camino hacia Dios y hacia el cielo, puede tener la seguridad de que Jesús lo busca y lo salvará si es que desea ser salvado.

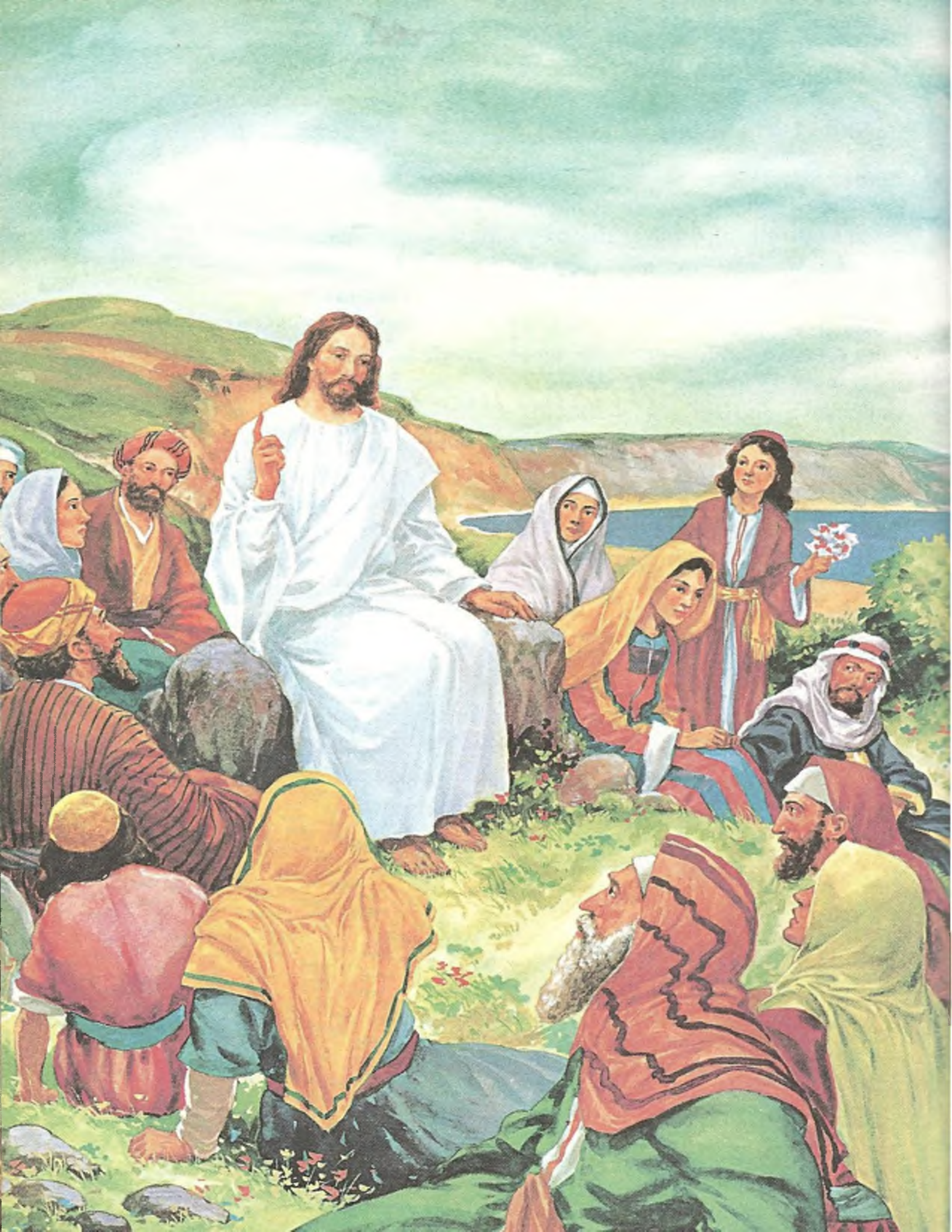
Donde sea que estés ahora –trepado a un árbol, en una barca, en la calle o en tu pequeño dormitorio– Jesús está buscándote.

SEGUNDA PARTE

Historias del

Mayor de los Maestros

(Mateo 5:1 a 7:27; 17:1 a 18:35; 20:20-28;
Marcos 7:1-23; 10:32-40; Lucas 6:1-49; 9:28-42; 10:38 a 14:6)



Los secretos de la felicidad

(Mateo 5:3-12)

JESÚS no solo fue el más grande de los médicos, sino también el mayor de los maestros. Guardaba en su corazón algo que quería compartir con las personas, y se los transmitía de manera tan clara y sencilla, que la mayoría de ellas atesoraba cada palabra. Podían estar todo el día escuchándolo.

Había venido del cielo para hablarles a los hombres acerca de Dios. Anhelaba que todos supieran que el Señor es un Dios de amor; que es tierno, paciente y perdonador, y que a la vez es un Dios santo que espera que sus hijos sean buenos, puros, veraces y obedientes.

Muchas veces les hablaba de su reino venidero y de lo hermoso que será vivir en él; allí todos se amarán y nadie dirá o hará jamás algo malo, hiriente o indigno.

Sí, en verdad todo el mundo podía pertenecer a ese reino, si es que cada uno creía en Jesús y estaba dispuesto a obedecerle. Y lo cierto es que no necesitaba esperar un largo tiempo para disfrutar de la felicidad de ese reino. Podía gozarla en seguida.

Confiando en el amor de Dios y sintiéndose seguro de su

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Mientras la gente lo escuchaba, sentada en la ladera de la montaña, Jesús les contó de su reino venidero y del hogar que estaba siendo preparado para los que serían redimidos por fe en su sacrificio en el Calvario.

cuidado, el que cree en Jesús puede vivir feliz y sin preocuparse, con el corazón lleno de alegría y paz.

Esto es precisamente lo que Jesús quiso expresar cierto día cuando, sentado en la ladera de una montaña, dijo a la gente que estaba a su alrededor:

"Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece.

"Dichosos los que lloran, porque serán consolados.

"Dichosos los humildes, porque recibirán la tierra como herencia.

"Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

"Dichosos los compasivos, porque serán tratados con compasión.

"Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

"Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

"Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque el reino de los cielos les pertenece.

"Dichosos serán ustedes cuando por mi causa la gente los insulte, los persiga y levante contra ustedes toda clase de calumnias. Alégrense y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo. Así también persiguieron a los profetas que los precedieron a ustedes".

Con estas hermosas palabras, Jesús enseñó los secretos de la verdadera felicidad. Ser bienaventurados, verdaderamente feli-

ces, depende de cómo vivamos delante de Dios, dijo Jesús.

Si nosotros –tú y yo– nos conservamos humildes y no permitimos que el orgullo entre jamás en nuestro corazón, heredaremos el reino de los cielos, no solo en el futuro, sino ahora.

Si nos sentimos verdaderamente tristes por nuestros pecados y nos afligimos por haber ofendido a Dios, el Señor nos consolará al darnos su perdón.

Si deseamos ser buenos de todo corazón, Dios nos bendecirá dándonos la victoria sobre todas las tentaciones.

Si somos amables y misericordiosos con los demás, veremos que ellos también serán bondadosos con nosotros.

Si conservamos nuestro corazón puro y nos resistimos a albergar pensamientos malos, nuestra mente podrá comprender a Dios y, como resultado, seremos felices.

Si nos esforzamos porque haya paz entre la gente, si amamos a otros en lugar de pelear con ellos, recibiremos muchas bendiciones y, por sobre todo, sabremos con seguridad que somos hijos de Dios.

Si nos vemos en dificultades por haber obrado bien y si la gente no nos comprende a pesar de que hemos obedecido a Dios, no debemos afligirnos. Todo terminará bien. Su reino es nuestro ahora y para siempre.

Sí, podemos ser felices aun cuando la gente trate de hacernos mal. Y aun cuando se enoje mucho, podemos alegrarnos porque Dios sabe todo lo que nos ocurre, y está preparándonos una magnífica recompensa en el cielo.

Lecciones de las cosas pequeñas

(Mateo 5:13-16; 6:25-34; 7:7-11)

GRAN parte de las personas que iban a escuchar a Jesús nunca habían asistido a la escuela. Muchos de ellos no sabían leer ni escribir. En las multitudes que los seguían había sacerdotes y levitas, y unos pocos ricos que habían asistido a la escuela de los rabinos. Pero los granjeros, los pastores, los ganaderos, los viñateros, los constructores, los carpinteros y las amas de casa sabían muy poco, salvo lo que le habían enseñado sus padres o habían escuchado en la sinagoga durante los sábados.

Por eso, Jesús enseñaba con tanta sencillez, y por eso también la gente "lo escuchaba con agrado". Les hablaba de la sal y las lámparas, de los cestos y las flores, de los cerdos y las perlas, de la semillas y las malas hierbas, de las uvas y los higos, de los gorriones y las águilas, de las puertas angostas y las anchas. Y de estas cosas tan sencillas y cotidianas, Jesús extrajo algunas de sus más grandes lecciones.

En el valle del Jordán había mucha sal. Tal vez desde el lugar en que estaba sentada, la gente podía verla brillar bajo los rayos

del sol. Todos sabían que era utilizada para dar sabor a las comidas y también para conservarlas. Por eso Jesús les dijo:

–Ustedes deben ser como ella. Dios desea que sean la sal de la tierra, que hagan felices a otros, que den un buen ejemplo a los demás al hacer y defender siempre lo recto.

Todo el mundo sabía a qué se refería Jesús cuando habló de una lámpara. Esa era la única luz que tenían en su casa porque, por supuesto, no había entonces electricidad ni gas. Y cuando Jesús les preguntó si, después de encender una lámpara, la cubrían con un cesto, me imagino que todos se sonrieron y contestaron:

–¡Claro que no!

–¡Por supuesto! –siguió diciendo Jesús–. La ponen sobre el candelero o sobre la mesa para que ilumine la casa.

Y luego agregó:

–"Así lumbre su luz delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y den gloria a su Padre, que está en los cielos".

Ellos comprendieron. Debían ser buenos y obrar bien no para glorificarse a sí mismos, sino a Dios. De esa manera, su bondad alumbraría como una luz en la oscuridad, y entonces serían "la luz del mundo".

Algún tiempo después, les habló acerca de las aves que revoloteaban en los alrededores.

–"Fíjense en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas?"

Luego, señaló las flores que crecían a sus pies en la ladera de la montaña, y les dijo:

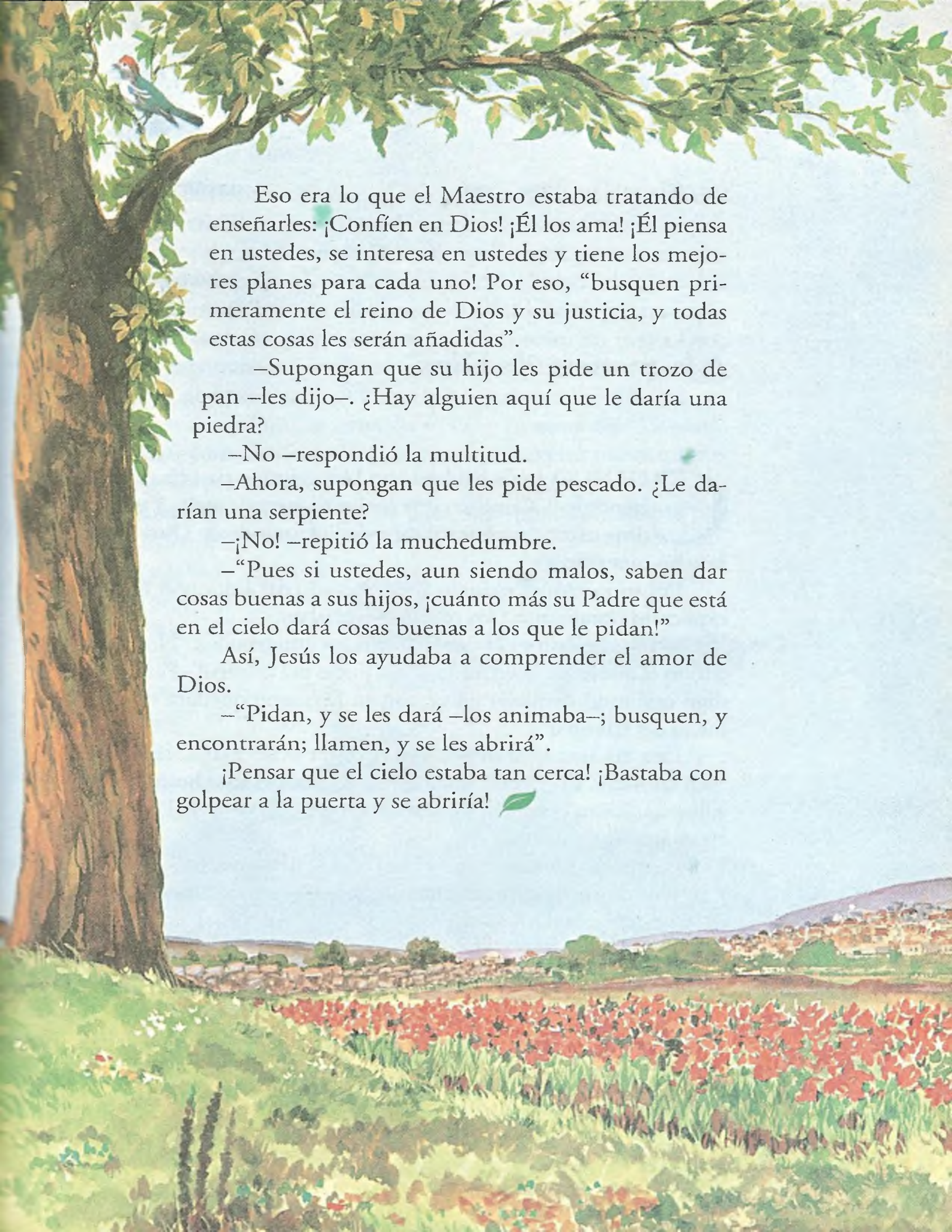
–"Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos".

Y añadió la enseñanza:

–"Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe?"

Jesús estaba tratando de librarlos de todas las preocupaciones, porque en aquella época la gente se preocupaba tanto como en la de nuestros días. No debían afligirse, preguntándose: "¿Qué comeremos o qué beberemos o con qué nos vestiremos?" ¿Y por qué debían dejar de afligirse?

–"Porque el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan".



Eso era lo que el Maestro estaba tratando de enseñarles: ¡Confíen en Dios! ¡Él los ama! ¡Él piensa en ustedes, se interesa en ustedes y tiene los mejores planes para cada uno! Por eso, "busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas".

–Supongan que su hijo les pide un trozo de pan –les dijo–. ¿Hay alguien aquí que le daría una piedra?

–No –respondió la multitud.

–Ahora, supongan que les pide pescado. ¿Le darían una serpiente?

–¡No! –repitió la muchedumbre.

–"Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a los que le pidan!"

Así, Jesús los ayudaba a comprender el amor de Dios.

–"Pidan, y se les dará –los animaba–; busquen, y encontrarán; llamen, y se les abrirá".

¡Pensar que el cielo estaba tan cerca! ¡Bastaba con golpear a la puerta y se abriría!

A la manera de Dios

(Mateo 5:17-45)

CUANDO Jesús hablaba con las personas, parecía estar diciéndoles: "Conozco una mejor manera de vivir. Y si están dispuestos a probar mi método –el método de Dios– serán mucho más felices".

Por supuesto, su método era el método del amor, y él trató de explicarlo claramente a los que lo escuchaban.

–"Ustedes han oído que se dijo a sus antepasados: 'No mates, y todo el que mate quedará sujeto al juicio del tribunal'. Pero yo les digo que todo el que se enoje con su hermano quedará sujeto al juicio del tribunal".

Esta era una idea nueva. No solo era malo matar, sino también enojarse. En efecto, Jesús dijo que hasta el solo hecho de insultar a nuestro hermano desagrada a Dios. ¿Y por qué? Porque va en contra de su método de amor.

El amor es amable, bondadoso, cortés, perdonador. Los chicos y las chicas que tengan verdadero amor en el corazón nunca dirán ni harán algo malo a los demás, sino que, al contrario, harán y dirán lo que los hará felices.

Y Jesús siguió hablando:

–"También han oído que se dijo a sus antepasados: 'No faltes a tu juramento...' Pero yo les digo: No juren de ningún modo: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey".

Esta también era una idea nueva. Todos sabían que era incorrecto jurar en falso, pero nunca se les había ocurrido que a Dios tampoco le gustaba que los hombres lanzaran juramentos o maldiciones por cualquier razón. A Dios no le agrada esto, y todos los que lo amen de verdad nunca tomarán en vano su nombre.

Luego, Jesús mencionó una idea completamente nueva que los dejó muy sorprendidos:

–"Ustedes han oído que se dijo: 'Ojo por ojo y diente por

diente'. Pero yo les digo: No resistan al que les haga mal. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. Si alguien te pone pleito para quitarte la capa, déjale también la camisa. Si alguien te obliga a llevarle la carga un kilómetro, llévasela dos".

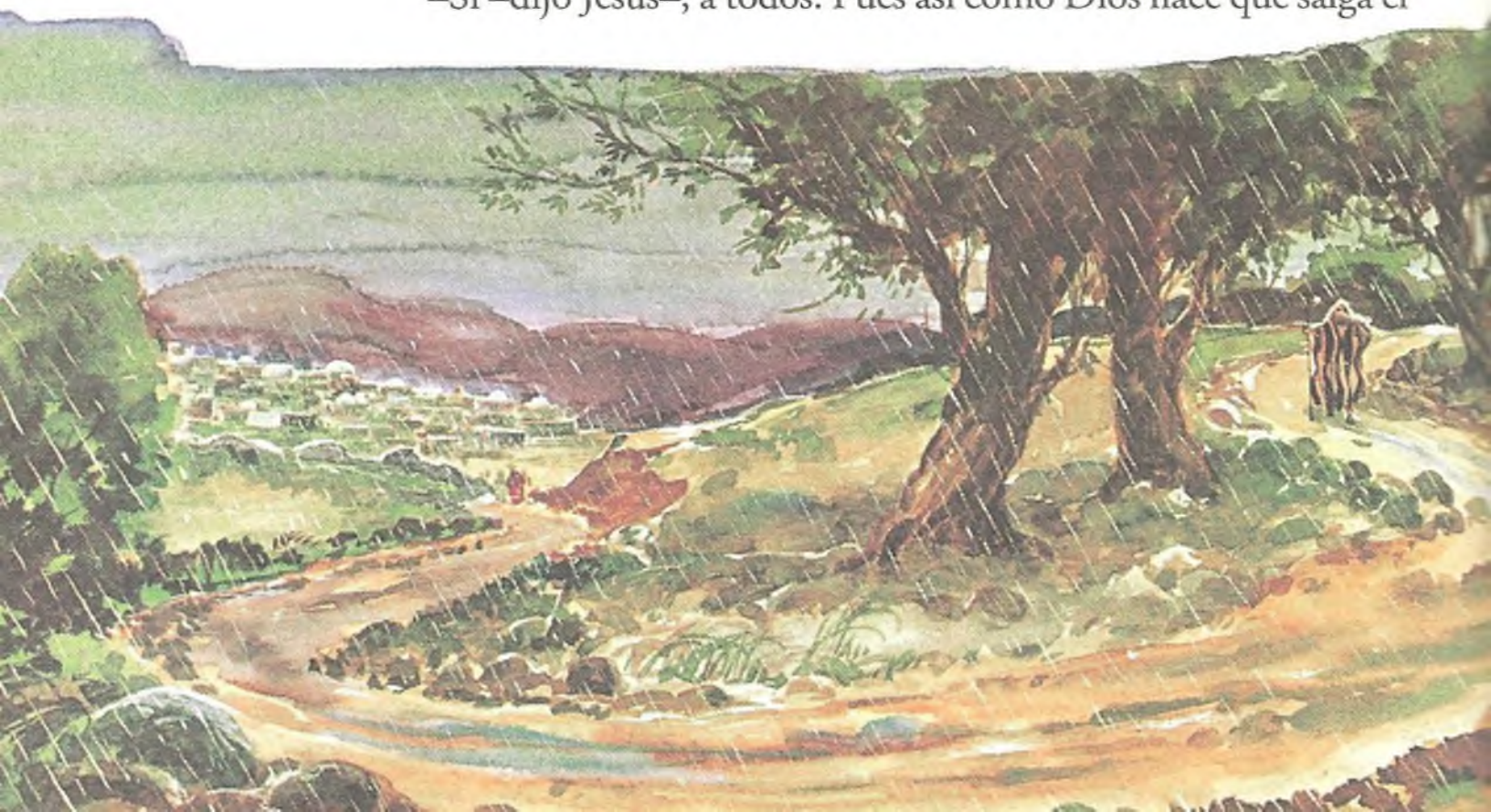
¡Este sí que era un consejo difícil de aceptar! Me imagino que en la multitud había más de uno que había estado pensando poco antes: "Si llego a encontrarme con esa persona que me perjudicó, ¡la trataré como ella me trató!" Pero desde ese momento sabían que nunca más tenían que pensar así. El método que Dios sugiere es el del perdón, el de "poner la otra mejilla", el de dar "la capa junto con la camisa", y el de "caminar el segundo kilómetro".

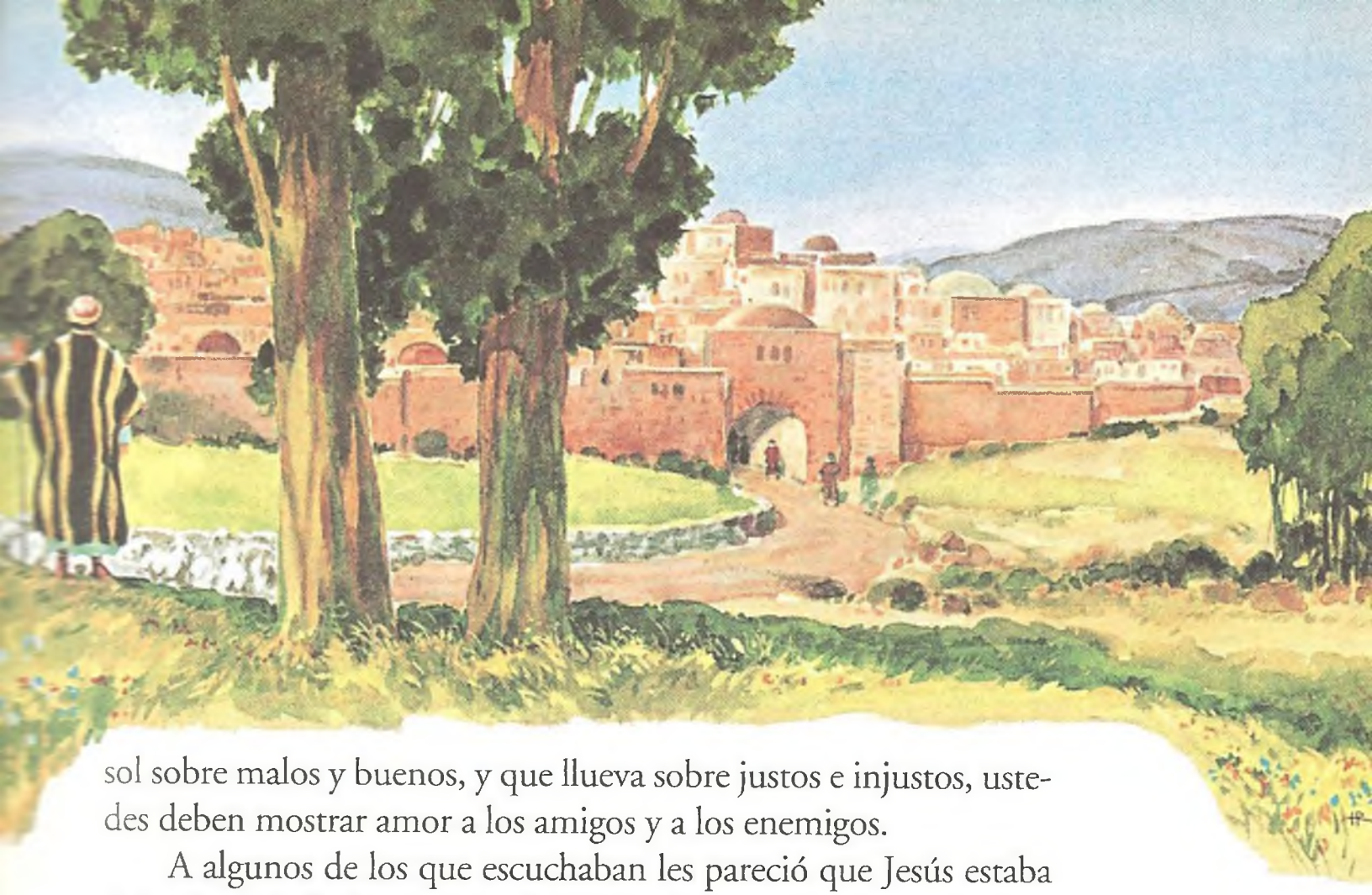
Pero Jesús no se detuvo allí, sino que siguió diciendo:

"Ustedes han oído que se dijo: 'Ama a tu prójimo y odia a tu enemigo'. Pero yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo".

–¿Qué? –me imagino que alguien preguntó–. ¿Quieres decir, Maestro, que debemos amar a los romanos, a los cobradores de impuestos y a todos los que tratan de robarnos y hacernos daño?

–Sí –dijo Jesús–, a todos. Pues así como Dios hace que salga el





sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos, ustedes deben mostrar amor a los amigos y a los enemigos.

A algunos de los que escuchaban les pareció que Jesús estaba dejando de lado las antiguas leyes que habían aprendido en la sinagoga.

–¡Claro que no! –les dijo–. "No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento".

El problema no estaba en la ley, sino en la manera en que ellos trataban de cumplirla. La única manera en que puede cumplirse la ley de Dios es con el espíritu de amor. Jesús quería explicarles que si el amor llenaba el corazón de cada uno; si amaban a Dios con toda su mente, su alma y sus fuerzas; y si amaban a las demás personas tanto como se amaban a sí mismos, entonces harían todo lo que la ley requería de ellos.

El amor es lo más importante para Dios. Esta es la manera de Dios, la verdadera y duradera manera de alcanzar la felicidad.

Debemos tratar de seguirla hoy.

Cómo orar

(Mateo 6:5-13)

MUCHAS de las personas que escuchaban a Jesús no sabían cómo orar. Algunos de ellos nunca habían orado en toda su vida.

Esta era la causa de sus tristezas, sus preocupaciones y sus fracasos. Jesús lo sabía. Por lo tanto, intentó que pensaran en Dios como su amigo, y que le hablaran como uno le hablaría a un ser querido que se interesa por nosotros. ¿Cómo podrían vivir rectamente y andar en los caminos de Dios si nunca le pedían ayuda a Dios?

Jesús mismo oraba con frecuencia. A veces se pasaba toda la noche en oración, hablando con su Padre celestial y pidiéndole ayuda para cumplir la gran tarea que había venido a realizar.

Una vez, cuando levantó la cabeza al terminar una oración, vio que a su alrededor se hallaban varios de sus discípulos. Habían estado observándolo y escuchando las sencillas pero hermosas palabras que habían empleado al hablar con su Padre, y deseaban poder orar como él lo hacía.

–"Señor, enséñanos a orar" –le dijeron.

Jesús se sintió feliz al escuchar este pedido. Había estado es-

perando que sus discípulos se lo pidieran. Ahora, podía contarles el secreto de su manera de orar y sus discípulos lo recordarían siempre.

En primer lugar, les dijo, no debían orar para que las demás personas pensaran que ellos eran muy buenos y piadosos. Las oraciones largas, dichas en voz alta en público, "para que la gente los vea", no son buenas oraciones. No llegan al cielo; Dios no las escucha.

–"Tú, cuando te pongas a orar –aconsejó–, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre".

Orar es un asunto muy personal, que tiene que ver solo contigo y con Dios.

–"Y al orar, no hablen sólo por hablar como hacen los gentiles, porque ellos se imaginan que serán escuchados por sus muchas palabras".

No tiene sentido repetir las mismas palabras; debemos hablar como lo haríamos con un amigo.

Entonces, les enseñó esta sencilla oración conocida hoy por millones de personas en todas partes del mundo: el Padrenuestro. "Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación, sino líbranos del maligno".

Desde la primera palabra hasta la última, estas es una ora-

ción perfecta. Dirige nuestros pensamientos hacia el cielo. Nos hace pensar en Dios, en su santidad, en su reino, en su poder y su gloria. Y solo pide para nosotros el pan de cada día, un espíritu perdonador y fortaleza para vencer el mal.

No encontramos siquiera un pedido egoísta, porque aun los que mencionan nuestras necesidades tienen en cuenta la gloria de Dios y el progreso de sus planes para el establecimiento de su reino de amor.

Debiéramos aprender esta oración y repetirla a menudo. Sin embargo, no es la única manera en que podemos hablar con Dios. Él es nuestro Amigo y desea que le digamos todo lo que sentimos: cuánto lo amamos, cuán grandes es nuestro deseo de agradarle, cuánto necesitamos de su ayuda para hacer lo que es bueno y correcto, y cuán deseosos estamos de obedecerle todos los días de nuestra vida.

Tesoros en el cielo

(Mateo 6:19-21)

EN la antigüedad, cuando Jesús enseñaba en Galilea, no existían bancos como los que hay hoy en cualquier ciudad. Si un hombre tenía algo valioso que quería resguardar, lo escondía en algún foso en la tierra o en un sótano bajo su casa.

Pero incluso los lugares más recónditos no resultaban seguros. Si eran húmedos, el objeto valioso se oxidaba o perdía su brillo. Si eran secos y el tesoro era una hermosa vestimenta, o un cuadro muy valioso, o algún mueble de mucho valor, podían quedar arruinados por las polillas u otros insectos. Y siempre se corría el riesgo de que algún ladrón entrara a robar o que algún ejército invasor se lo llevara como botín.

La verdad es que no había lugar lo suficientemente seguro, y Jesús les indicó a las personas cuán necio era que dedicaran tanto tiempo a ahorrar dinero para comprar cosas que no durarían o que no podrían conservar durante mucho tiempo, o que serían tan fáciles de robar.

–"No acumulen para sí tesoros en la tierra –les dijo–, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni

el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar".

La gente debe haber mirado a Jesús con una expresión de asombro en el rostro. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Cómo era posible guardar tesoros en el cielo? Tal vez alguien preguntó:

–¿Quieres decir que yo puedo depositar mi dinero en el cielo y que allí estará a salvo de los ladrones?

–Sí.

–Pero ¿cómo?

–Al dar ese dinero a alguien que lo necesita.

Seguramente todos se habrán reído. ¡Eso sí que parecía increíble! Y sin embargo, no lo era. Porque cuando damos con amor algo de lo que poseemos para ayudar a otros, en realidad se lo estamos dando a Dios. Y el Señor, que nunca pasa por alto el acto más pequeño de amor que hacemos en su nombre, nos devuelve lo que hemos dado y muchas veces más de lo que hubiéramos soñado.

–"Den, y se les dará –dijo Jesús–: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes".

Es el amor el que coloca los tesoros en el cielo y también es el amor el que da la recompensa. Por supuesto, se necesita fe para poner

dinero o cualquier cosa de valor en esa clase de banco. Pero en realidad necesitamos fe para depositar dinero en cualquier banco, ¿no es verdad? ¡Claro que sí! ¡Aun el dinero que ponemos en nuestra alcancía!

De modo que, para iniciar nuestro depósito en este banco especial, debemos creer en Dios, en el cielo y en el amor, que es la única clase de moneda que el cielo conoce.

–"Porque donde esté tu tesoro –dijo Jesús–, allí estará también tu corazón".

Si guardas tu tesoro en el sótano o en cualquier otro lugar de la tierra, estarás preocupado por su seguridad. Pero si lo empleas con amor para la gloria de Dios, lo estarás depositando en el cielo; y tu corazón, al pensar en cuán seguro se encuentra tu tesoro, hallará la paz y la felicidad que solo el cielo puede dar.

La casa sobre la roca

(Mateo 7:24-27; Lucas 6:47-49)

CUANDO Jesús se estaba acercando al fin de su largo sermón acerca del amor de Dios, presentó otra impactante parábola que era tan sencilla y clara, que todos comprendieron inmediatamente su significado.

Era la historia de dos casas: una construida sobre la roca; la otra, sobre la arena. Las dos eran semejantes; ambas parecían buenas para vivir en ellas. Entonces, sobrevino una tormenta, y pronto una inundación repentina inundó las zonas cercanas al río. Una casa quedó en pie, pero la otra cayó y fue arrastrada.

Cada uno de los que lo escuchaban, dijo Jesús, estaba construyendo el edificio de su vida sobre una clase de fundamento o sobre otra. Los que decidían seguir sus enseñanzas y permitir que el amor de Dios llenara su corazón y dirigiera su vida, eran como el hombre que "cavó bien hondo y puso el cimiento sobre la roca".

Por otro lado, algunos habían rechazado obedecer sus enseñanzas y decidido continuar en sus antiguos caminos, con toda su maldad y su egoísmo. Ellos eran como aquel "que construyó una casa sobre tierra y sin cimientos".

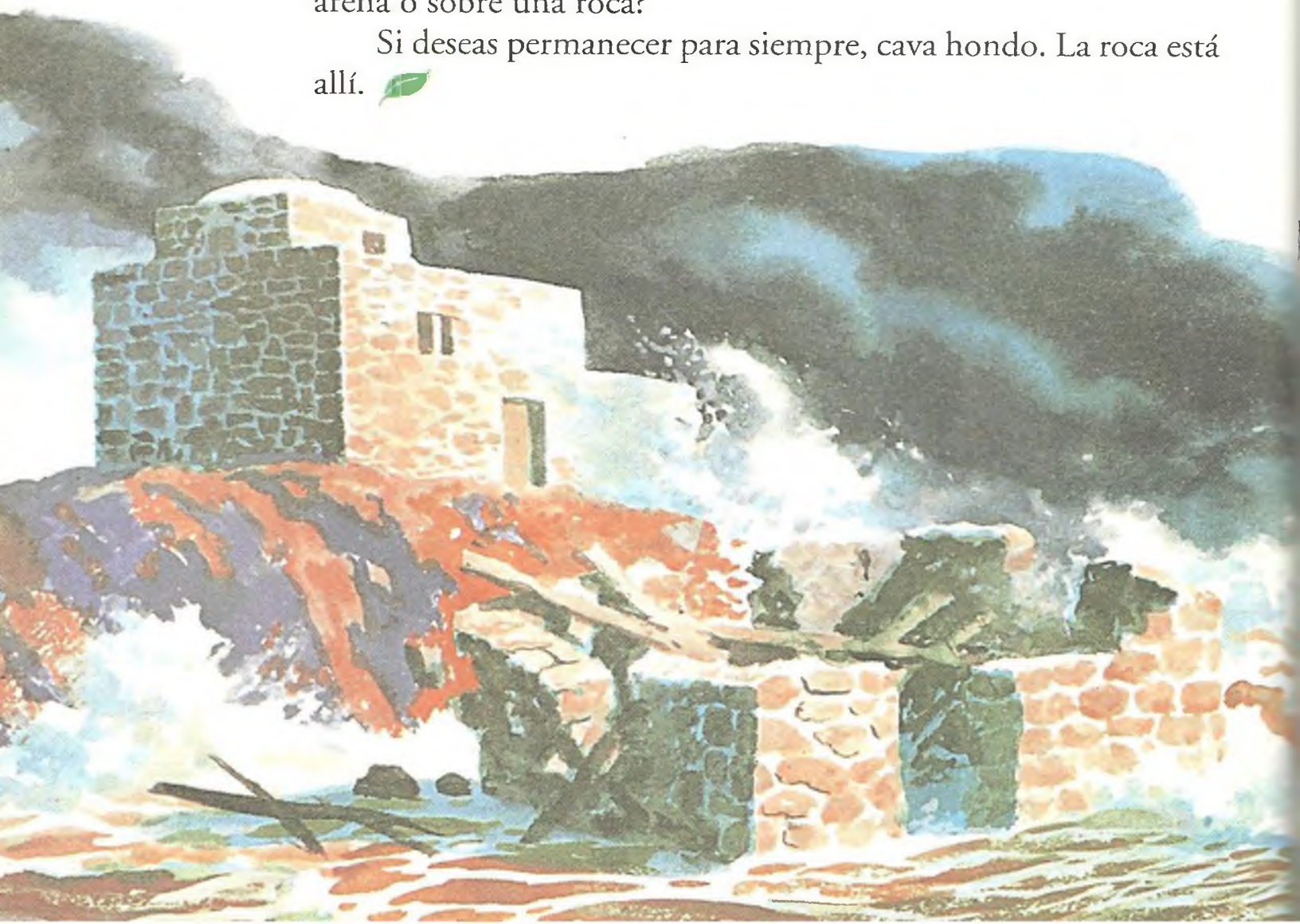
En el futuro, terribles tormentas sacudirían la casa de todos los presentes. Grandes inundaciones de dificultades se abatirían sobre ellos. Ese tiempo de prueba demostraría sobre qué clase de cimientos habían construido.

Nada podrá dañar al hombre que construye su vida sobre el amor, porque el amor –aunque no puede verse ni palparse– es como una roca sólida. El amor verdadero es eterno, como Dios mismo. La persona que ama de veras y profundamente, que vive no para sí sino para otros, se ve envuelta de tal manera en los planes de Dios, que permanece con él para siempre.

Por otra parte, la persona egoísta y orgullosa, que solo piensa en sí misma, no puede sobrevivir a las pruebas. Estas las deshacen. No tiene futuro porque no tiene amor.

¿Sobre qué planeas construir el edificio de tu vida? ¿Sobre la arena o sobre una roca?

Si deseas permanecer para siempre, cava hondo. La roca está allí.



Buenas acciones en un buen día

(Marcos 2:23-28; Lucas 13:10-17; 14:1-6)

MIENTRAS más hablaba Jesús acerca de su reino de amor, más parecía meterse en dificultades con los líderes religiosos de su tiempo.

Dado que afirmaba que amar a las personas y ser amable con ellas era más importante que todas las normas de conducta que alguien podría inventar, ellos lo acusaban de rebelde. Y los dirigentes hicieron circular la calumnia de que Jesús se oponía a toda la religión, simplemente porque iba contra la clase de religión que ellos vivían. Por supuesto, ¡lo vigilaban muy bien para ver si quebrantaba alguna de sus reglas!

Cierto sábado, Jesús se encontraba caminando con sus discípulos a través de un sembrado. Como tenían hambre, los discípulos comenzaron a arrancar algunas espigas, a restregarlas entre las manos y a comerse los granos.

–¡Quebrantadores del sábado! –murmuraron en seguida algunos fariseos que los estaban observando.

Para ellos, arrancar esas espigas y comerse sus granos era tan malo como cosechar y trillar todo el sembrado en sábado.

–"Mira –le preguntaron los fariseos a Jesús–, ¿por qué hacen

ellos lo que está prohibido hacer en sábado?

Pero Jesús estaba preparado para enfrentarlos.

–"¿Nunca han leído lo que hizo David en aquella ocasión, cuando él y sus compañeros tuvieron hambre y pasaron necesidad?" –les preguntó.

Y en seguida les recordó la ocasión en que David, huyendo de Saúl, entró en el tabernáculo y comió del pan consagrado a Dios y dio también de él a los que lo acompañaban. Los fariseos recordaron en seguida el caso y no supieron qué decir. Pero Jesús agregó:

–"El Hijo del hombre es Señor incluso del sábado".

Esta declaración debe haberlos escandalizado, porque equivalía a que Jesús hubiera dicho: "Yo creé el sábado y por lo tanto soy el que debe decidir cómo debe ser observado".

Si hubiera estado mal que los discípulos arrancaran esas espi-

gas en sábado, Jesús se lo habría dicho; pero para él no era una trasgresión de la ley. Los discípulos no estaban trabajando, sino obteniendo el alimento necesario de una manera sencilla, como cuando nosotros desayunamos o almorzamos el sábado de mañana.

Pero esa no fue la última ocasión en que surgió la misma pregunta. Otro sábado, mientras estaba hablando en una sinagoga, notó que había presente una mujer totalmente encorvada debido a una terrible enfermedad. La pobre había estado sufriendo así durante 18 años, y nadie la había podido ayudar. Tocándola suavemente, Jesús le dijo:

–"Mujer, quedas libre de tu enfermedad".

De inmediato, la mujer se enderezó con el rostro radiante de alegría y gratitud. Pero el jefe de la sinagoga se puso furioso. Dirigiéndose a la gente que estaba presente, gritó:

–"Hay seis días en que se puede trabajar, así que vengan esos días para ser sanados, y no el sábado".

Jesús miró a su alrededor.

–"¡Hipócritas! –dijo con severidad–. ¿Acaso no desata cada uno de ustedes su buey o su burro en sábado, y lo saca del establo para llevarlo a tomar agua? Sin embargo, a esta mujer, que es hija de Abraham, y a quien Satanás tenía atada durante dieciocho largos años, ¿no se le debía quitar esta cadena en sábado?"

Ante estas preguntas, todos los que habían criticado el milagro se avergonzaron. Pero el resto de "la gente estaba encantada de tantas maravillas que él hacía".

Otro sábado, mientras se hallaba comiendo en la casa de uno de los principales fariseos, Jesús advirtió que cerca de él había un hombre enfermo de hidropesía. Entonces les preguntó a los fariseos y los doctores de la ley que estaban presentes:

–"¿Está permitido o no sanar en sábado?"

Nadie respondió. Entonces, Jesús sanó inmediatamente al hombre.

Y luego les hizo otra pregunta:

–"Si uno de ustedes tiene un hijo o un buey que se le cae en un pozo, ¿no lo saca en seguida aunque sea sábado?"

Nuevamente, nadie respondió.

Tal vez Jesús paseó su mirada por la hilera de rostros perplejos y enojados como si les estuviera preguntando: "¿Qué me dices tú, y tú, y tú?"

¡Por supuesto, todos ayudarían a sus animales aunque fuera sábado! Y algunos ya lo habían hecho muchas veces. ¡Sin embargo, consideraban que era un pecado sanar a un pobre hombre enfermo! ¡Cuán confundidos estaban!

¡Claro que es correcto hacer bien en sábado! Como Jesús dijo una y otra vez: "El sábado se hizo para el hombre –para su bien, su alegría y su bienestar–, y no el hombre para el sábado".

Una vislumbre del reino

(Mateo 16:28 a 17:13; Lucas 9:27-36)

UN día, Jesús dijo algo muy extraño a sus discípulos:

–"Les aseguro que algunos de los aquí presentes no sufrirán la muerte sin antes haber visto al Hijo del hombre llegar en su reino".

Puedes imaginarte cómo se deben haber mirado, preguntándose qué había querido decir y quiénes serían los afortunados. ¿Eso quería decir que, antes que todos los discípulos murieran, Jesús establecería su reino de amor en todo el mundo? De ser cierto, ¡qué maravilla!

Pero esa no era lo que Jesús había querido decirles. Tenía otra idea en mente. Los favorecidos resultaron ser Pedro, Santiago y Juan. Jesús los condujo hacia una montaña alta, posiblemente el monte Hermón, que casi siempre se hallaba coronado de nieve.

Paso a paso fueron subiendo por la empinada ladera, siguiendo a su amado Maestro, hasta que los tres se sintieron fatigados por la ascensión. Cuando por fin llegaron cerca de la cumbre, y Jesús se detuvo, lo único en que pensaban era en acostarse y dormir. Sus ojos tan "rendidos de sueño" que casi se perdieron el más hermoso

espectáculo que los ojos humanos vieran alguna vez.

Ellos habían visto orando a Jesús en otras ocasiones, ¡pero nunca de esa manera! ¡Su rostro resplandecía con una luz gloriosa, celestial! ¡Sus vestiduras brillaban como cuando el sol alumbra la nieve purísima! Jesús parecía un rey; en realidad, más que un rey. ¡Sí, parecía Dios mismo!

Entonces, los tres discípulos observaron algo que los dejó atónitos. De alguna parte –ellos no sabían cómo– aparecieron dos personajes desconocidos que se pararon junto a Jesús. Los discípulos los observaron. ¿Serían ángeles? No, eran hombres. No había duda acerca de ello. Pero ¿quiénes eran? ¿Y cómo habían aparecido tan sorpresivamente en ese lugar tan desolado, en la cumbre de la montaña?

Los discípulos no tenían manera de saber quiénes eran esos dos personajes, pues jamás los habían visto. Pero Jesús los conocía y habló con ellos como si hubieran sido viejos amigos suyos. Y en verdad lo eran. Uno era Moisés, y el otro Elías.

Pero ¿acaso no estaban muertos desde hacía mucho tiempo?

No. Después que Moisés murió en el monte Nebo, Dios lo resucitó de los muertos, tal como entendemos al leer la epístola de Judas. Y en cuanto a Elías, sabemos que nunca murió sino que fue trasladado al cielo en un carruaje de fuego.

De modo que allí, sobre la cumbre de la montaña, Jesús dio a sus tres discípulos más cercanos una vislumbre de lo que iba a ocurrir en aquel glorioso día cuando él volviera a esta tierra para establecer su reino eterno.

Algún día, Jesús aparecerá con toda su gloria como Rey de reyes y Señor de señores. Entonces todos los que han muerto creyendo en él serán resucitados, como Moisés los fue; y todos los que

← ILUSTRACIÓND E HERIBERTO RUDEEN

De manera repentina, mientras Pedro, Santiago y Juan oraban con Jesús cerca de la cumbre de la montaña, el Maestro apareció rodeado de una luz gloriosa junto con Moisés y Elías.

se encuentren vivos cuando él venga serán arrebatados en las nubes para encontrarse con él en el aire, como Elías.

Después de algunos momentos, Moisés y Elías desaparecieron. Y cuando se fueron, Pedro le dijo a Jesús:

–"Maestro, ¡qué bien que estemos aquí! Podemos levantar tres albergues: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías".

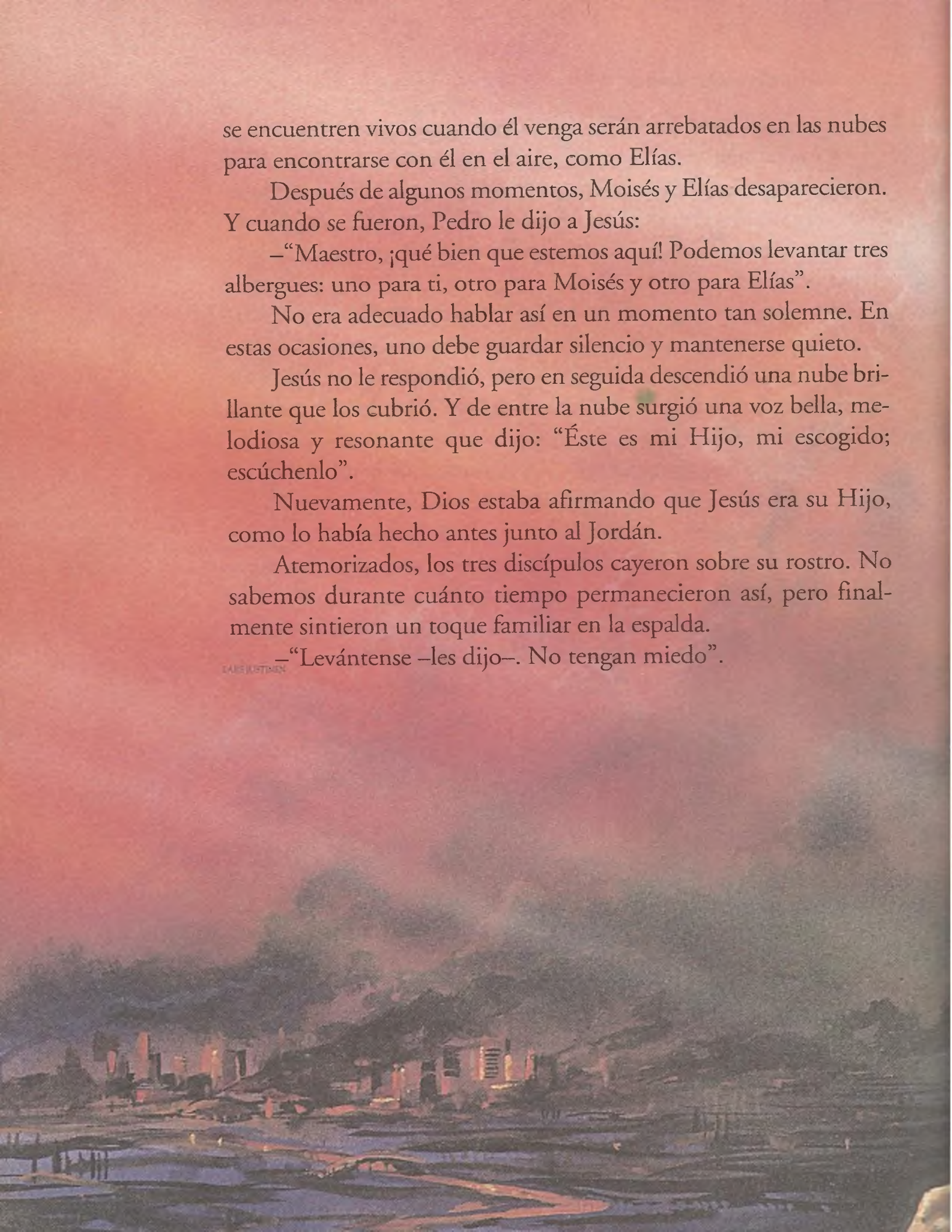
No era adecuado hablar así en un momento tan solemne. En estas ocasiones, uno debe guardar silencio y mantenerse quieto.

Jesús no le respondió, pero en seguida descendió una nube brillante que los cubrió. Y de entre la nube surgió una voz bella, melodiosa y resonante que dijo: "Éste es mi Hijo, mi escogido; escúchenlo".

Nuevamente, Dios estaba afirmando que Jesús era su Hijo, como lo había hecho antes junto al Jordán.

Atemorizados, los tres discípulos cayeron sobre su rostro. No sabemos durante cuánto tiempo permanecieron así, pero finalmente sintieron un toque familiar en la espalda.

–"Levántense –les dijo–. No tengan miedo".



Y al levantar la vista, "no vieron a nadie más que a Jesús".

¿Por qué habrá querido Jesús que Pedro, Santiago y Juan presenciaran este maravilloso espectáculo? Porque sabía que les sería de gran ayuda en los años difíciles que les esperaban. Los daría valor cuando todo pareciera ir mal y cuando tuvieran la impresión de que la causa que defendían estaba destinada al fracaso.

El Príncipe de los maestros estaba en lo cierto. Los discípulos nunca olvidaron el maravilloso espectáculo que presenciaron ese día en la montaña. Muchos años después, Pedro escribió: "Estábamos... dando testimonio de su grandeza, que vimos con nuestros propios ojos".[1] Y Juan, en el primer capítulo de su evangelio, dice: "Hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre".[2]

Durante el resto de sus días, los tres atesoraron esa experiencia como el recuerdo más precioso y sagrado de su vida.

---

[1] 2 Pedro 1:16.

[2] Juan 1:14.

Por qué les faltó el poder

(Mateo 17:14-20; Lucas 9:37-43)

DESAFORTUNADAMENTE, cuando los cuatro llegaron nuevamente el pie de la montaña, no encontraron nada de gloria allí. En su lugar, descubrieron que los demás discípulos estaban en una situación muy difícil. Habían fracasado por primera vez y no sabían qué hacer.

Sucede que, hacía muy poco, Jesús había llamado a sus 12 discípulos y les había dado poder "para expulsar a todos los demonios y para sanar enfermedades". Luego, los había enviado "a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos".*

Al principio, se habían sentido muy felices con este nuevo poder. Era admirable descubrir que eran capaces de sanar milagrosamente, como el Maestro lo hacía. Y cuando descubrieron que hasta los demonios obedecían sus órdenes, su alegría no conoció límites.

¡Aquello era sencillamente extraordinario! ¡Ellos, pobres pescadores de Galilea, obligaban a los demonios a que dejaran tranquilas a las personas!

Los milagros se multiplicaban días tras día y los discípulos se

volvían cada vez más audaces a medida que recorrían la nación llevando salud y felicidad a los necesitados. Pero llegó el día en que, repentinamente, el poder que les había sido conferido pareció perder su eficacia. ¡Y los pobres discípulos se sintieron entonces tan impotentes como las personas a las que trataban de sanar!

Un hombre había traído a su hijo poseído del demonio para que lo sanaran. Los discípulos habían ordenado al espíritu malo que abandonara al muchacho... pero nada había ocurrido. Probaron vez tras vez; sin embargo, nada sucedía. El muchacho seguía bramando, completamente enloquecido.

El pobre padre estaba amargamente desilusionado. Y también lo estaban los discípulos. ¿Qué ocurría?, se preguntaban. ¿En qué se habían equivocado? ¿Por qué les había fallado el poder de Dios en esa ocasión?

Precisamente en ese momento, algunos de los que se habían congregado en torno a los discípulos vieron que Jesús venía bajando la montaña junto con Pedro, Santiago y Juan.

–¡Allí está el Maestro! –exclamaron–. ¡Él sabrá qué hacer!

Y, por supuesto, lo sabía.

El padre del muchacho estaba tan desesperado por obtener ayuda, que corrió hacia Jesús.

–"Maestro –clamó–, te ruego que atiendas a mi hijo, pues es el único que tengo".

Y entonces, le contó a Jesús cuánto había estado sufriendo el muchacho: cómo los demonios lo arrojaban en el fuego o en el agua; y cómo nadie podía hacer nada por él. Ni siquiera los discípulos.

–"Les pedí a tus discípulos que expulsaran al espíritu –dijo–, pero no lo lograron".

–"Tráiganme al muchacho" –ordenó Jesús.

Pero cuando el padre tomó a su hijo de la mano y trató de conducirlo hacia donde estaba Jesús, el muchacho sufrió un ataque y cayó en tierra. Jesús echó una mirada al triste espectáculo y en seguida ordenó al demonio que saliera. Este obedeció, y quedó "sano desde aquel momento".

Todos los que observaron el milagro "se quedaron asom-

brados de la grandeza de Dios", pero los discípulos estaban muy disgustados. Jesús había resuelto un problema en el que ellos habían fracasado. ¡Cuán avergonzados se sentían! Pero ¿por qué habían fallado?, seguían preguntándose. ¿Sería, acaso, que no habían empleado las palabras adecuadas?

Cuando todos se fueron, le preguntaron a Jesús:

–"¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?"

–"Porque ustedes tienen tan poca fe –les respondió".

Si ellos llegaran a tener un poquito de fe, una cantidad tan pequeña como un grano de mostaza, podrían decirle a toda una montaña de dificultades: "Trasládate de aquí para allá", y así ocurriría. Nada sería imposible para ellos.

¿No sería hermoso tener una fe tal para hacer cosas "imposibles" para Dios? ¡Ya lo creo! Tú puedes tenerla, si oras y lo haces para la gloria de Dios.

Lo que había pasado ese día era que los discípulos habían estado discutiendo acerca de quién era el más importante de todos. ¡No me sorprendería si cada uno hubiera estado mencionando los milagros que Dios había realizado por medio de ellos, y si hubieran estado comparándolos entre sí para ver quién había hecho cosas más grandes!

¡No en vano habían dejado de tener poder! ¡No sorprende que su fe haya disminuido tanto, que Dios no haya podido usarlos para librar a ese pobre muchachito, poseído por el demonio!

El canal de nuestro corazón debe estar libre de todo orgullo, egoísmo y vanagloria antes de que el poder de Dios pueda fluir por él a raudales.

---

* Lucas 9:1, 2.

La moneda en un pez

(Mateo 17:24-27; 22:15-22)

SI bien Jesús siempre hacía sus mejores esfuerzos por amar a las personas y ser amable con ellas, permanentemente había algunos que no querían ser amados. Estaban enojados con él porque eran tan famoso, y lo odiaban porque era tan bueno.

A veces ocurre eso en la escuela. Los alumnos malos molestan a aquellos que se comportan bien, y los vagos tratan de dañar a los que se esfuerzan por estudiar y aprender.

Los enemigos de Jesús se la pasaban inventando trampas para hacerle decir o hacer algo que le metiera en dificultades. Cierto día, un grupo de estas personas se acercó a él y uno de ellos preguntó:

–"¿Está permitido pagar impuestos al César o no?"

Jesús descubrió la trampa de inmediato. Si decía que no, los romanos podían arrestarlo; y si decía que sí, el pueblo, que odiaba a los romanos, se volvería contra él.

Por eso, no dijo ni sí ni no. Sencillamente, pidió que le mostraran una moneda y, señalando una de las caras de ella, les preguntó:

–"¿De quién son esta imagen y esta inscripción?"

–"Del césar" –le respondieron, intrigados por su pregunta.

–"Entonces denle al césar lo que es del césar –les dijo– y a Dios

lo que es de Dios".

De modo que dejaba que ellos decidieran qué cosas pertenecían al César y qué cosas pertenecían a Dios. Ante una respuesta tan acertada, los que habían venido para hacerle caer en una trampa "se quedaron asombrados. Así que lo dejaron y se fueron".

En otra ocasión, los encargados de cobrar impuestos en Capernaúm le preguntaron a Pedro si su Maestro pagaba tributo.

–Sí –les aseguró Pedro, y se dirigió hacia la casa en que el Maestro se hospedaba para contarle lo ocurrido.

Jesús no necesitaba pagar este impuesto especial, dado que era un maestro. Si lo pagaba, su autoridad como maestro sería cuestionada. Si no lo hacía, quedaría como alguien desleal hacia el Templo. Sus enemigos estaban seguros de haberlo arrinconado.

Pero Jesús no sería engañado tan fácilmente. Por eso, le dijo a su discípulo que hiciera una cosa muy extraña.

–"Para no escandalizar a esta gente, vete al lago y echa el anzuelo".

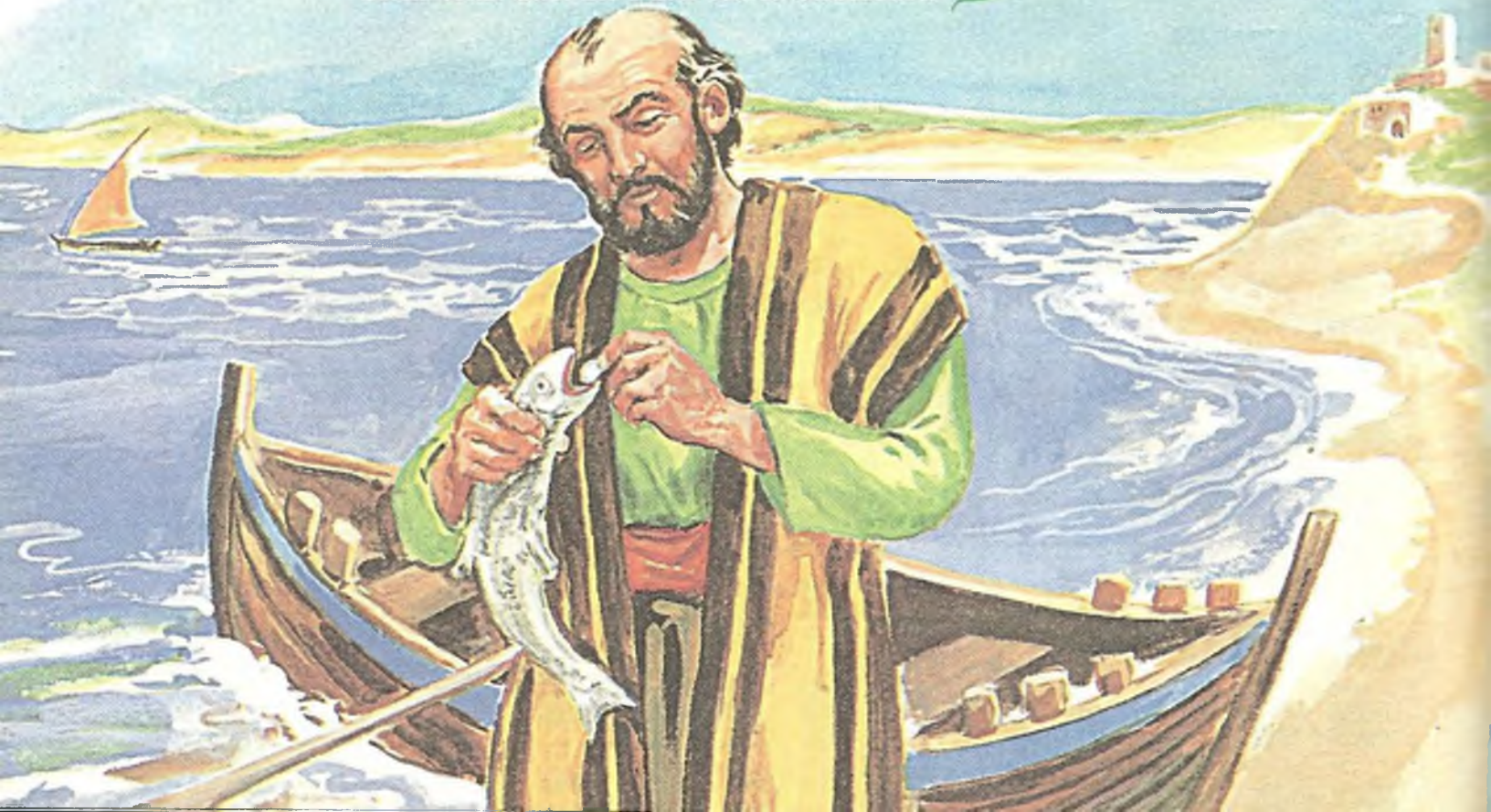
Jesús le prometió que en la boca del primer pez que sacara encontraría una moneda.

Pedro tomó una caña de pescar y se fue. Aunque había pescado durante toda su vida, esa era la primera vez que iba a pescar con tanta curiosidad. Al llegar a la costa, puso una carnada en el anzuelo y lo arrojó tan lejos de la orilla como pudo. Entonces esperó. Al poco tiempo, sintió un tirón en la línea. Notando que algo había picado, comenzó a recoger cuidadosamente el hilo. Pronto, pudo ver que un pez saltaba en el agua, sintiéndose atrapado.

–¡Este debe ser! –se dijo–. El Maestro me dijo que encontraría la moneda en el primero.

Tomando el pescado con ambas manos, le abrió la boca, y dentro de ella encontró una moneda de cuatro dracmas, ¡exactamente lo que necesitaba para pagar el impuesto de Jesús y el suyo propio!

Al pagar el impuesto del Templo, Jesús demostró su lealtad al Templo. Pero, al mismo tiempo, la manera milagrosa en que lo había pagado evidenció su autoridad como maestro y profeta de Dios. Los sacerdotes y los líderes deberían haber aprendido la lección y no discutir más con él. Pero no lo hicieron.



Setenta veces siete

(Mateo 18:15-22; Lucas 17:3, 4)

TU hermano o tu hermana, ¿te hace muchas bromas? ¿Sientes que ya no puedes soportarlo más? ¿Qué haría Jesús si estuviera en tu lugar?

Preguntémosle al mejor de los maestros y veamos qué tiene para decir. Escucha:

–"Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Aun si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte 'Me arrepiento', perdónalo".

¡Siete veces !, dices. ¡Son muchas!

Pero no. Cuando Pedro le preguntó a Jesús cuántas veces debía perdonar a su hermano, y si estaba bien que le perdonara siete veces, el Maestro le contestó que debía seguir perdonándolo "aun hasta setenta veces siete".

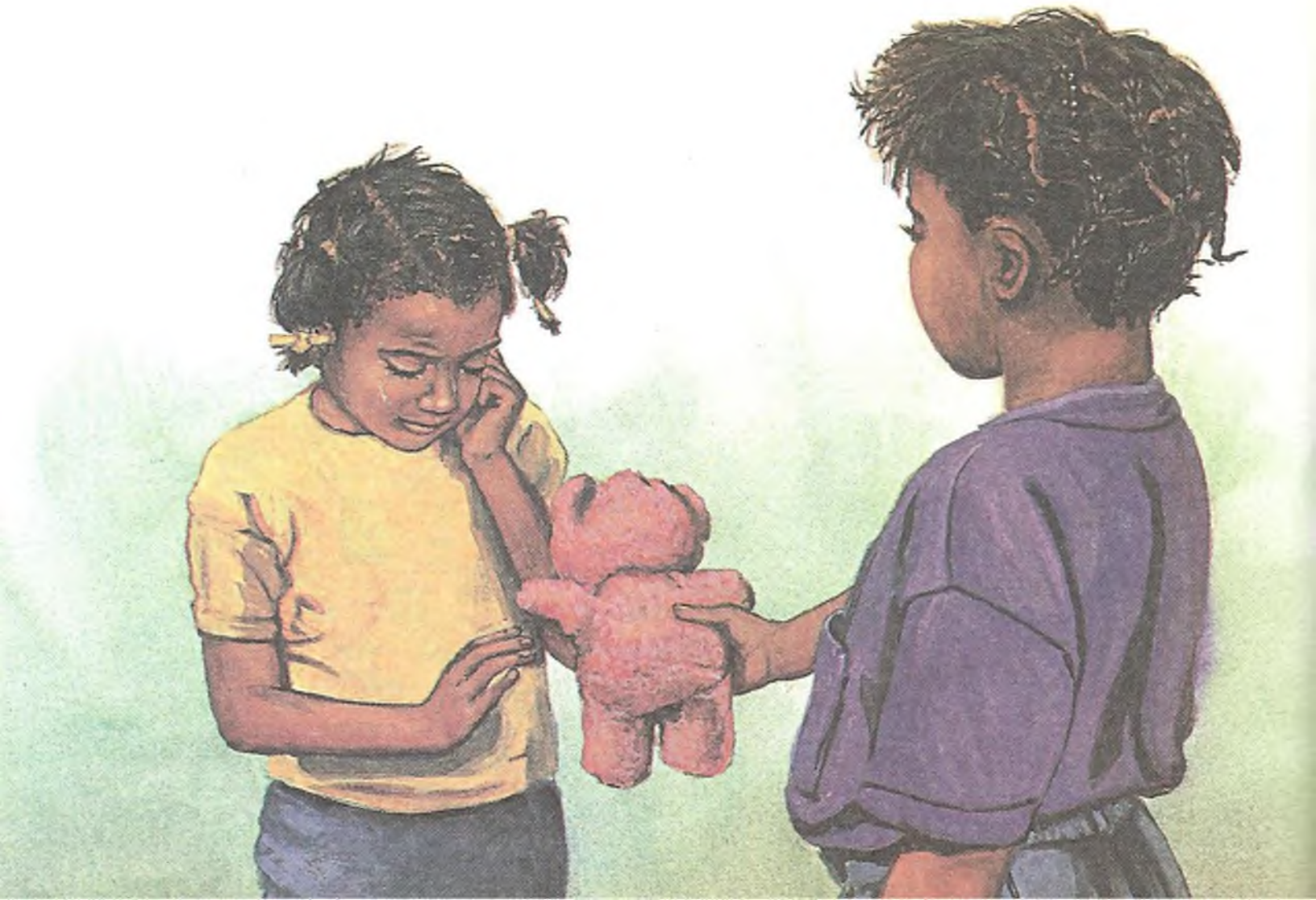
¿Cuántas veces? ¡Cuatrocientas noventa! "Pero no podría llevar la cuenta", dices. ¡Por supuesto que no! Y Jesús lo sabía perfectamente bien cuando lo dijo. Ni siquiera él guarda un registro de las veces que nos perdona.

¡Cuatrocientas noventa veces significa perdonar una vez por

día durante más de un año! ¿Has tratado alguna vez de perdonar a alguien tantas veces? Si no lo has hecho y si en este preciso momento te sientes enojado con alguien, toma lápiz y papel y comienza a escribir. En primer lugar, escribe la lista de todas las cosas que ese "alguien" ha hecho para enojarte. Después, escribe la palabra "perdonado" atravesando toda la lista. Luego, haz una marquita junto a esa preciosa palabra cada vez que tú le digas a esa persona que la perdonas cuando vuelva a molestarte.

Te aseguro que cuando hayas hecho 20 o 30 marcas, ese "alguien" probablemente haya llegado a ser tu mejor amigo. Pruébalo y observa los resultados.

Perdonar forma parte del método de Dios, del método de amor que Jesús vino a enseñarnos. Y el perdonar a alguien vez tras vez –50 veces, 100 veces, 490 veces– es amor en acción, amor puro y verdadero, amor que brota de nuestro corazón y se dirige



al corazón de otra persona, con todo su poder.

Jamás podemos esperar pertenecer al reino de amor de Cristo a menos que aprendamos a perdonar a las personas que nos hacen daño. Jesús no podría permitirnos entrar en él. En seguida nos veríamos envueltos en dificultades.

"Perdónanos... como también nosotros hemos perdonado",[1] decimos cada vez que repetimos el Padrenuestro. Pero ¿cómo debemos perdonar? ¿Solo en parte? ¿Solo de vez en cuando? ¿Solo cuando tenemos ganas? Nosotros no quisiéramos que Dios nos perdonara de esa manera.

No, Jesús desea que estemos tan llenos de su amor como para que el espíritu perdonador sea algo natural en nosotros. Cuando eso ocurra, nunca nos sentiremos ofendidos. No importa lo que alguien nos diga o nos haga, seguiremos amándolo lo mismo.

Tan importante es que tengamos en nuestro corazón un espíritu perdonador, que Jesús dijo que, si alguna vez llevamos una ofrenda a la iglesia y, al llegar a ella, nos acordamos de que un hermano nuestro está enojado con nosotros, debemos dejar allí la ofrenda y buscarlo. "Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda",[2] agregó.

Para Jesús, un espíritu amante y perdonador es de mucha más importancia que el dinero. Preferiría mil veces que hagamos las paces con un antiguo enemigo que recibir una gran donación de nuestra parte para el fondo de construcción de la iglesia.

Por eso es tan importante que comencemos a perdonar ahora mismo. ¡Piensa! ¿Hay alguien a quien debes perdonar hoy?

---

[1] Mateo 6:12.

[2] Mateo 5:24.

La señora de Zebedeo se equivoca

(Mateo 20:20-28)

LA Biblia se explaya bastante en los 12 discípulos que siguieron a Jesús, pero no dice mucho acerca de sus hogares y sus familias.

Sabemos que Pedro estaba casado, porque su suegra una vez tuvo fiebre, y Jesús la sanó. Pero eso esto todo, salvo por la señora de Zebedeo, la madre de Santiago y de Juan. A diferencia de los demás, al menos su nombre quedó impreso. Y fue por causa de un grave error que cometió.

Como todas las madres, anhelaba que sus hijos alcanzaran el éxito. Deseaba lo mejor para sus dos preciosos muchachos, y no hay nada de malo en ello. Cuando supo que Santiago y Juan se habían vuelto seguidores del gran Maestro de Galilea, se alegró mucho, porque estaba segura de que era un hombre bueno, y los ayudaría.

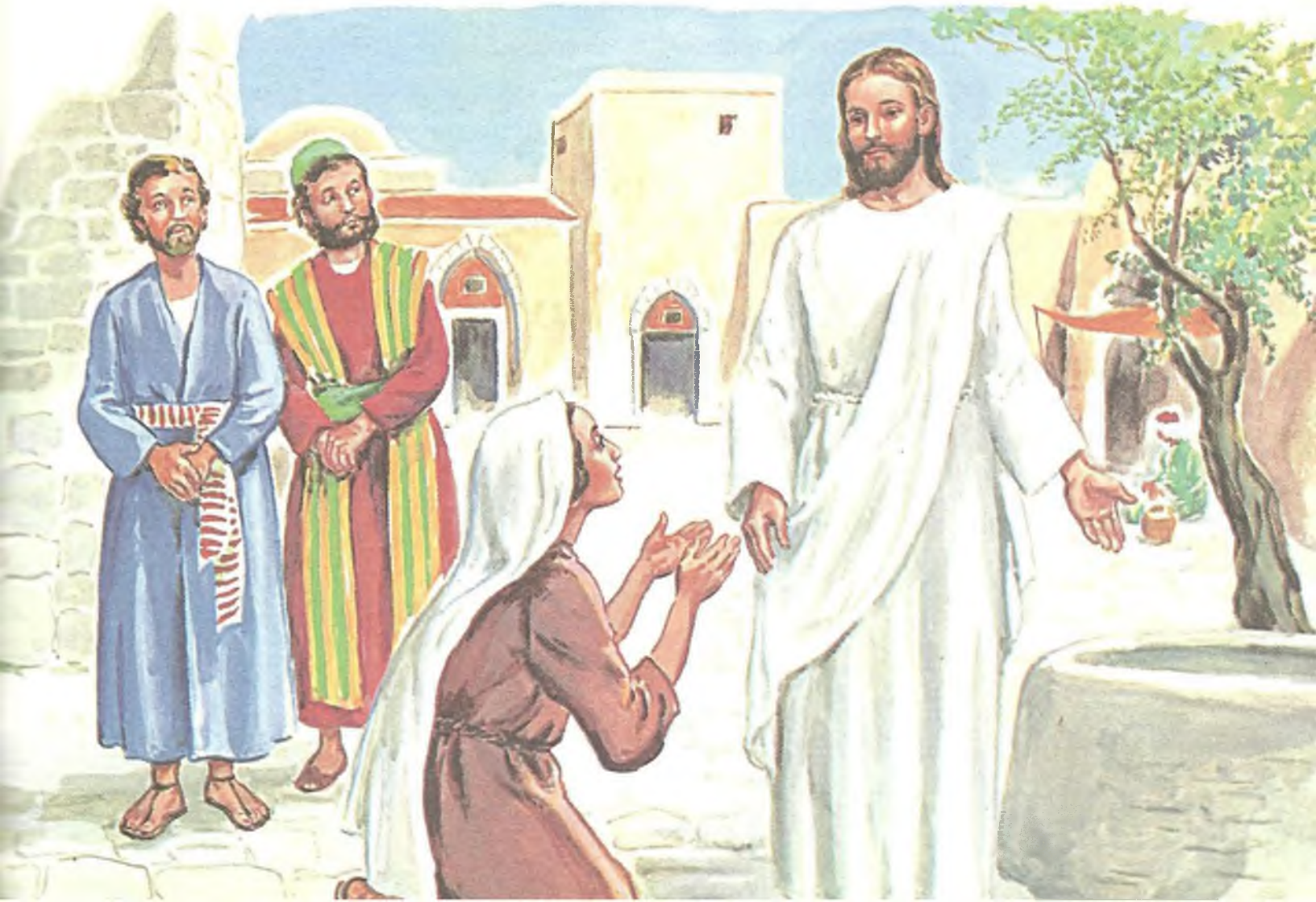
Al notar cómo miles de personas se apiñaban para escucharlo, y al tener la seguridad de que llegaría a ser algún día el rey de Israel, se le ocurrió una idea que le pareció brillante. La próxima vez que encontrara a Jesús solo, pensó, le susurraría al oído algunas palabras acerca de sus hijos. Tal vez él no se había

dado cuenta de cuán capaces eran los dos para desempeñar cargos importantes en su futuro reino. En realidad, eran jóvenes verdaderamente notables, mucho más hábiles que los demás discípulos; y Jesús tenía que saberlo.

Por fin llegó su oportunidad. Viendo que Jesús estaba solo, lo abordó. Santiago y Juan, que se veían algo avergonzados, estaban detrás.

Postrándose ante él, le dijo a Jesús cuánto lo admiraba, lo alabó por su gran obra y le expresó cuán feliz se sentía porque había elegido a sus dos queridos muchachos para que fueran sus discípulos más allegados. Le dijo también que esperaba que sus hijos fueran una verdadera ayuda para él y que... bueno, deseaba pedirle un favor pequeñito.

–"¿Qué quieres?" –le preguntó bondadosamente Jesús.



Echando una mirada rápida a su alrededor, para estar segura de que nadie la escuchaba, la señora de Zebedeo le pidió:

–"Ordena que en tu reino uno de estos dos hijos míos se siente a tu derecha y el otro a tu izquierda".

Jesús no la regañó por su pedido. Tal vez le dirigió una sonrisa triste. Comprendió que ella no tenía la más mínima idea de lo que sería su reino ni de lo que iba a costar a los que quisieran entrar en él.

Volviéndose hacia Santiago y Juan, el Maestro les preguntó si se sentían en condiciones de compartir con él el futuro, no importa cuán difícil fuera.

–"Sí, podemos" –dijeron con entusiasmo.

–"El sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo. Eso ya lo ha decidido mi Padre".

Y no pasó mucho tiempo antes de que todo lo que había ocurrido llegara a oídos de los otros discípulos. No sabemos cómo ocurrió eso, pero los secretos mejor guardados llegan a saberse de alguna manera.

Los 10 discípulos estaban verdaderamente enojados. ¡Pensar que la señora de Zebedeo era capaz de hacer una cosa tal!, se decían unos a otros. ¡Empujar a sus hijos para que ocuparan los mejores puestos, eso es lo que había hecho! ¡Sí, había tratado de sacar ventaja sobre todos ellos! ¡Y pensar que ellos mismos habían trabajado tanto o más que Santiago y Juan para establecer el reino de Jesús!

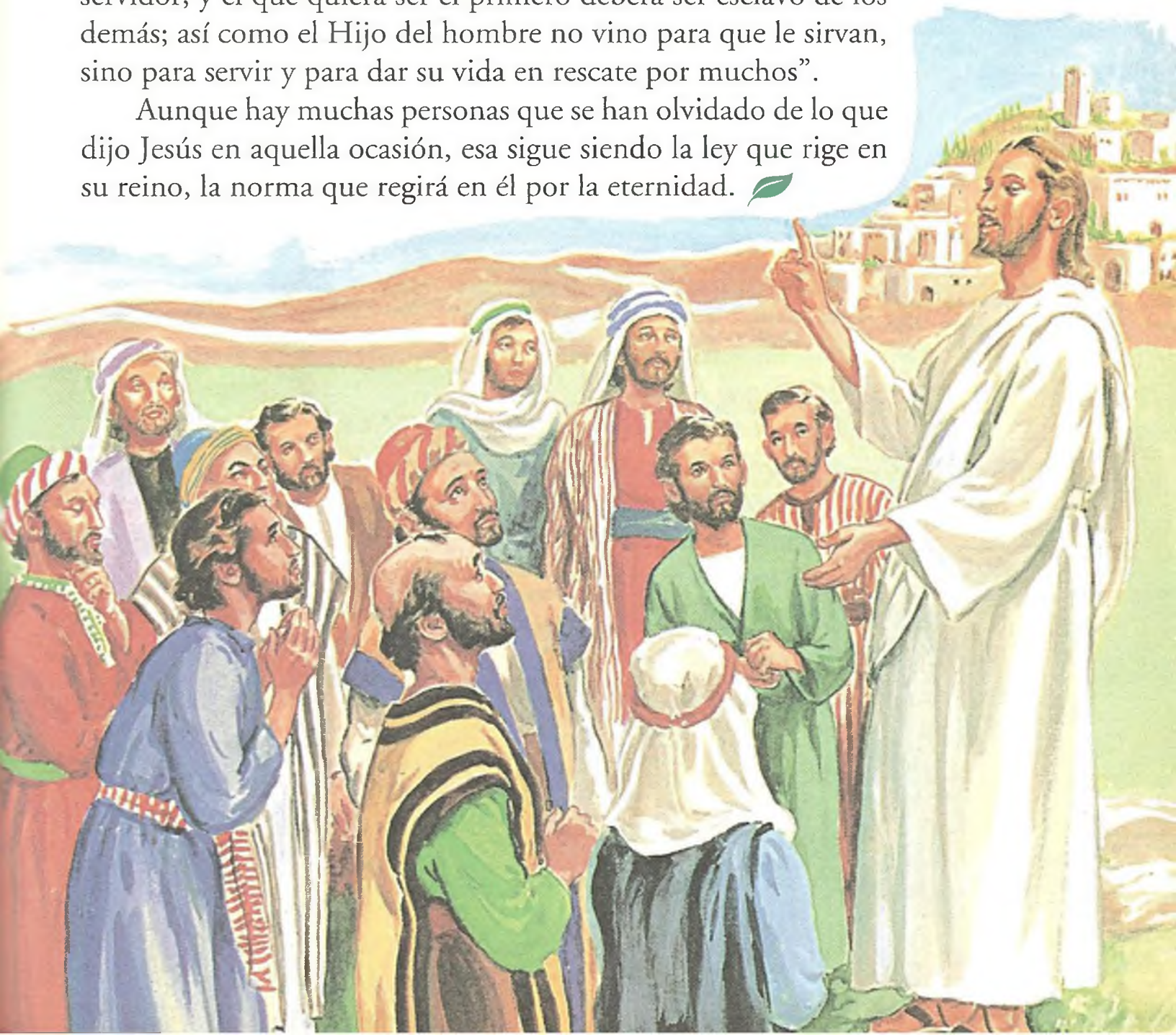
Jesús sabía lo que estaba ocurriendo. Aunque hubieran querido, los discípulos no habrían podido ocultarle sus malos pensamientos. De modo que Jesús los llamó y les dijo que era hora

de que todos comprendieran qué clase de reino había venido él a establecer con su ayuda.

En los reinos de este mundo, les dijo, los reyes mandan a sus súbditos; los poderosos obligan a los demás a que les obedezcan. Pero ese no era el método de Cristo. En su reino de amor, la única ley sería la ley del amor. Por eso, los que ocuparan los puestos más importantes serían aquellos que ayudaran a otros con más humildad y desinterés.

–"El que quiera hacerse grande entre ustedes deberá ser su servidor, y el que quiera ser el primero deberá ser esclavo de los demás; así como el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos".

Aunque hay muchas personas que se han olvidado de lo que dijo Jesús en aquella ocasión, esa sigue siendo la ley que rige en su reino, la norma que regirá en él por la eternidad.



Primero, lo más importante

(Lucas 10:38-42)

AL llegar a la aldea de Betania un día, Jesús golpeó a la puerta de un hogar humilde.

–¡Adelante! ¡Pase! –dijo la mujer de ojos brillantes y aspecto vigoroso que abrió la puerta.

Era Marta y se sentía muy alegre y orgullosa de que el famoso Maestro de Galilea hubiese venido a su casa para descansar y comer.

–¡María! –me parece oírla decir con excitación–. ¡María! ¡Es el Maestro! ¡Apresúrate! ¡Pon la mesa! ¡Aviva el fuego! ¡Pon a cocinar el guiso!

En un instante, la casa entera pareció convertirse en una colmena, porque Marta se movía de aquí para allá a toda velocidad, tratando de hacer todas las cosas que ella pensaba debían estar listas para recibir a un visitante de tanta importancia.

Pronto, comenzaron a llegar desde la cocina sonidos que revelaban gran actividad. Era evidente que Marta estaba esforzándose al máximo para prepararle al Maestro la mejor comida.

De repente, hubo un gran silencio que interrumpió Marta al gritar:

–¡María! ¿Dónde estás? ¡María! ¡Te necesito para que revuelvas

la sopa! ¡María, ven, por favor!

Entonces se oyeron rápidas pisadas de alguien que venía desde la cocina hasta la sala.

–Pero ¿será posible? –exclamó Marta al ver a María que se hallaba sentada en el suelo, escuchando a Jesús.

Y volviéndose hacia su Huésped le dijo, con un poco de mal humor:

–"Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sirviendo sola? ¡Dile que me ayude!"

Jesús la miró, mientras le dirigía una amable sonrisa.

–"Marta, Marta –le contestó Jesús–, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero sólo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará".

Yo no creo que esto signifique que Jesús no apreciaba lo que Marta estaba haciendo. No, por supuesto. Pero el Maestro advirtió que Marta necesitaba aprender una lección espiritual muy importante .

Ocurre que Jesús había ido a visitarlas solo por un día. Tal vez únicamente por una hora. Marta consideró que esta era una ocasión ideal para preparar una estupenda comida y hacer que su casa reluciera de limpia en honor de su Huésped; pero María, en cambio, pensó que esa era su única y gran oportunidad de hablar con el más grande de los maestros. Allí estaba, justo en su propia casa. Hasta donde sabía, eso no volvería a suceder.

Siempre habría pisos para barrer, platos para lavar y comida para cocinar, pero ese día –ese día maravilloso– Jesús estaba allí. ¡Y tenía tantas preguntas para hacerle acerca de sus enseñanzas y de su reino! No tendría tiempo para preguntarle todo, pero mientras estuviera allí, ella aprovecharía cada segundo en su presencia.

Esa era "la mejor" cosa que María había escogido. Ella hubiera podido ir a la cocina para preparar un guiso o una tortilla; pero en cambio, había decidido sentarse a los pies de Jesús para aprender lo que él deseaba enseñarle mientras estuviera allí.

La mayoría de nosotros debiéramos hacer la misma elección que María. Lo que ocurre es que nos comportamos como Marta: corremos de aquí para allá a toda velocidad. Por eso estamos demasiado ocupados como para orar, demasiado ocupados como para leer la Biblia, demasiado ocupados como para ir a la iglesia.

Por supuesto, hay tareas diarias que no podemos eludir. Pero ¿qué te parece si ponemos en primer lugar las cosas más importantes y luego las que no son tan importantes?

Si escogemos la mejor parte, nadie nos la podrá quitar. Nadie, si es que la deseamos con todas nuestras energías.

TERCERA PARTE

Historias del

Mayor de los Narradores

(Mateo 13:1-50; 18:23-35; 21:28 a 22:14; Marcos 12:1-44; Lucas 8:4-15; 10:25-37; 14:16 a 15:32; 18:9-14; 20:9-19)

Semillas de amor

(Mateo 13:1-9, 18-23)

EL más grande de los maestros también era el más grande narrador de historias. Algunas de sus lecciones más preciosas fueron transmitidas mediante historias de la vida real, que a veces también son llamadas "parábolas".

Un día, mientras hablaba a una gran multitud de personas que se habían congregado a orillas del mar de Galilea, trató de hacerles comprender por qué era tan importante que prestaran cuidadosa atención a lo que les decía. Él había venido a mostrarles una nueva forma de vivir, pero si ellos no querían escuchar ni tratar de comprender, no sería bueno para ellos.

Mientras el Maestro hablaba, en un campo cercano, a la vista de todos, un sembrador estaba llevando a cabo su solitario trabajo. Esto le dio a Jesús la idea para narrar una historia.

–"Un sembrador salió a sembrar –les dijo–. Mientras iba esparciendo la semilla, una parte cayó junto al camino, y llegaron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso... Esa semilla brotó pronto porque la tierra no era profunda; pero cuando salió el sol, las plantas se marchitaron y, por no tener raíz, se secaron. Otra parte de la semilla cayó entre espinos que, al crecer, la

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Al ver a un campesino que sembraba cerca de allí, Jesús relató una interesante parábola. "Un sembrador salió a sembrar –comenzó diciendo–. Mientras iba esparciendo la semilla... llegaron los pájaros".

ahogaron. Pero las otras semillas cayeron en buen terreno, en el que se dio una cosecha que rindió treinta, sesenta y hasta cien veces más de lo que se había sembrado".

La semilla, les dijo después, representa la palabra de Dios. De modo que bien podríamos llamarla la semilla del amor, porque esa fue la palabra que Jesús había traído de parte de Dios.

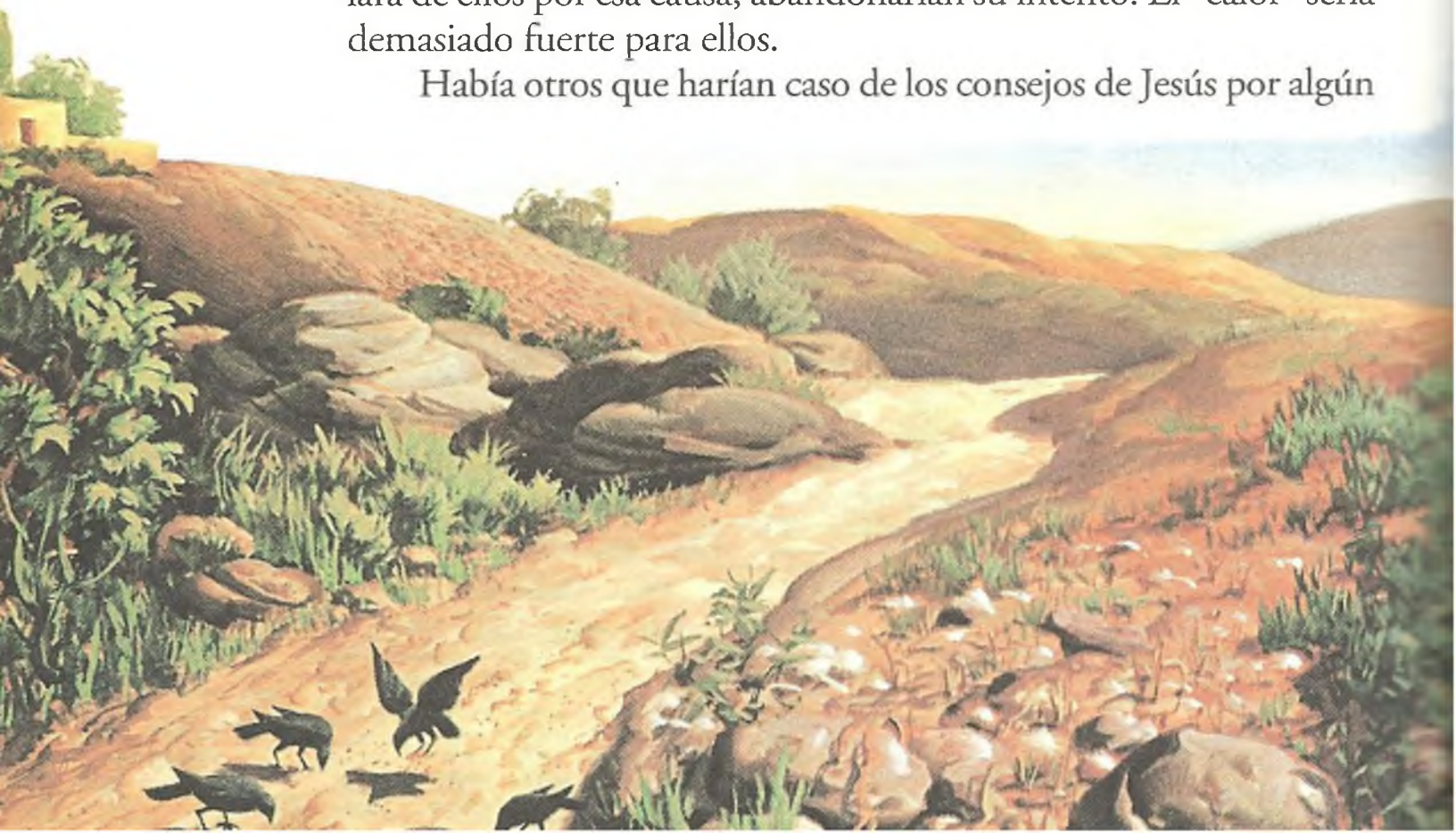
–Dios los ama –repitió el Maestro de diversas maneras–. Los ama tanto, que ha dado a su único hijo para que todos puedan ser salvos. Y solo desea, como recompensa, que lo amen a él y que se amen unos a otros, para poder pertenecer a su reino de amor.

Esa era la esencia del mensaje de Jesús, la hermosa "semilla" que él estaba sembrando. Pero esa enseñanza no los beneficiaría si no la comprendían ni creían en ella.

Algunos de los que lo escuchaban tenían un corazón tan duro como el de la tierra que se halla junto a los caminos. Jesús lo sabía. Y sabía también que, tan pronto como una semilla de amor entrara en la mente de ellos, el diablo la arrebataría.

Había otros que estaban de acuerdo con sus enseñanzas y habían comenzado a ponerlas en práctica. Pero cuando alguien se burlara de ellos por esa causa, abandonarían su intento. El "calor" sería demasiado fuerte para ellos.

Había otros que harían caso de los consejos de Jesús por algún



tiempo, pero las preocupaciones de la vida, "las riquezas y los placeres de esta vida" ahogarían sus buenas decisiones, así como los cardos habían ahogado las plantitas tiernas.

Había otros, sin embargo, que no solo escucharían su mensaje, sino que también tratarían de comprenderlo. Al estudiarlo, pensar en él y orar por él, obtendrían una visión del maravilloso plan de Dios para salvarlos, y esta semilla de amor produciría una gran cosecha de bien.

Aunque la historia era sencilla, no todos comprendieron su significado. Pero algunos sí la entendieron. Me imagino que aquí y allá, en medio de la multitud, un hombre o una mujer, un muchachito o una niña se habrá dicho en voz baja: "El Maestro está hablando de mí".

Y así era. Jesús estaba sembrando semillas de amor con la esperanza de que cayeran en muchos corazones dispuestos, donde su amor echaría raíces, produciría una cosecha que rendiría "hasta cien veces más de lo que se había sembrado", para la gloria de Dios.

No habrá mala hierba en el cielo

(Mateo 13:24-30, 36-43)

POSTERIORMENTE, en su gran sermón que pronunció junto al lago, Jesús volvió sobre la idea del sembrador y las semillas. Sin embargo, esta vez tenía una nueva lección que enseñar, así que contó la historia de una manera diferente.

Un sembrador, dijo, "sembró buena semilla en su campo". A la noche siguiente, vino un enemigo y sembró mala hierba en él. Cuando crecieron todas las semillas, el agricultor vio las malezas y dijo: "Esto es obra de un enemigo".

Sus siervos quisieron arrancar en seguida las malezas, pero el agricultor no les permitió hacerlo para que no dañaran también las plantas de trigo.

–"Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha" –les ordenó.

Esta era otra historia sencilla, y sin embargo tenía un profundo significado. Jesús la explicó de esta manera:

–"El que sembró la buena semilla es el Hijo del hombre –les respondió Jesús–. El campo es el mundo, y la buena semilla representa a los hijos del reino. La mala hierba son los hijos

del maligno, y el enemigo que la siembra es el diablo. La cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. Así como se recoge la mala hierba y se quema en el fuego, ocurrirá también al fin del mundo. El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su reino a todos los que pecan y hacen pecar. Los arrojarán al horno encendido".

Esta era una muy seria advertencia, y muchos de los que la escucharon ese día se sorprendieron. Habían comenzado a pensar que, si Dios amaba tanto al mundo como Jesús decía, pasaría por alto los pecados y permitiría que todos los hombres, por malos que fueran, entraran en su reino.

No, dijo Jesús. No sería así. Dios perdonaría de buena gana a todos los que se arrepintieran de sus pecados y se volvieran hacia él. Sin embargo, sin arrepentimiento, no había perdón. Por eso, no hay esperanza para los que rehúsan aceptar el amor de Dios y no se esfuerzan para evitar el pecado. Solo les aguarda el solemne día de juicio, la separación de la buena semilla en el día de la cosecha final, y el fuego.

No habrá mala hierba en su reino.

El buen samaritano

(Lucas 10:25-37)

UN día, un experto en la ley se acercó a Jesús y le hizo lo que parecía una pregunta muy adecuada:

–"Maestro –le dijo–, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?"

Sabiendo que el hombre solo estaba tratando de generar una discusión, Jesús le respondió haciéndole otra pregunta:

–"¿Qué está escrito en la ley?"

–"'Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente', y: 'Ama a tu prójimo como a ti mismo'" –contestó el experto.

–"Bien contestado –le dijo Jesús–. Haz eso y vivirás".

Pero el hombre no se sintió satisfecho.

–"¿Y quién es mi prójimo?" –insistió.

Esta nueva pregunta dio lugar a que Jesús enseñara al experto en la ley una lección que de veras necesitaba. Y para hacerlo, el Maestro narró una de sus más famosas historias, una parábola que ha sido contada miles de veces desde aquella ocasión.

El Buen Samaritano

–"Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó –comenzó diciendo Jesús–, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. 'Cuídemelo –le dijo–, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva'".

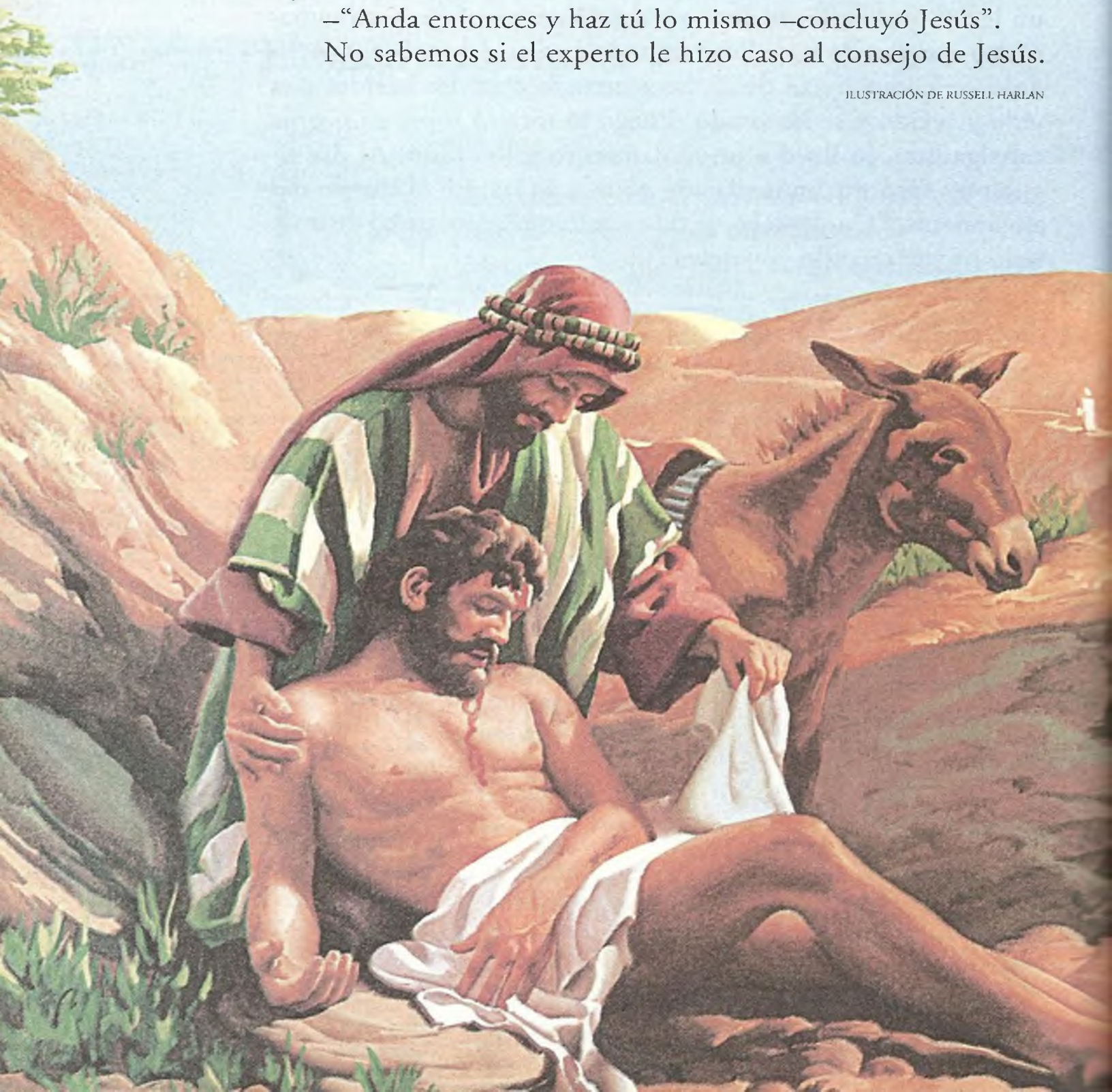
–Y ahora dime –añadió Jesús, mirando de frente al experto en la ley–, "¿cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?"

–"El que se compadeció de él –contestó el experto en la ley".

–"Anda entonces y haz tú lo mismo –concluyó Jesús".

No sabemos si el experto le hizo caso al consejo de Jesús.

ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN



Si lo desoyó, jamás alcanzará la vida eterna que él dijo haber estado buscando. Porque esta rica recompensa se dará solo a aquellos cuyo corazón se halla rebosando de amor hacia Dios y hacia el hombre, de ese amor que se manifiesta en acciones bondadosas y desinteresadas.

Este amor proviene solo de Dios, pero él está más que dispuesto a dárnoslo. Todo lo que tenemos que hacer es pedírselo, y él hará que nuestro corazón sienta compasión por los pobres, los enfermos, los necesitados y los oprimidos. Mediante nuestras acciones bondadosas, debemos demostrar que somos buenos prójimos, buenos samaritanos, verdaderos hijos de Dios.

La oveja y la moneda perdidas

(Lucas 15:1-10)

DADO que Jesús hablaba tanto del amor de Dios y de su disposición a perdonar a los pecadores más empedernidos, con mucha frecuencia iban a escucharlo las personas más pecadoras de la ciudad.

Hombres y mujeres de mala reputación iban a escucharlo. También muchachitos y niñas que causaban problemas a sus padres. Ladrones, mentirosos, maleantes, rufianes; en fin, toda la mala calaña de la sociedad. Y todos iban porque Jesús era la primera persona de quien escuchaban palabras de esperanza.

Hondo en el corazón de cada uno de ellos se hallaba el deseo de vivir una vida mejor; pero no sabían cómo. Como se habían desviado del buen camino, creían que ya no podrían volver a él. Les parecía imposible regresar... ¡hasta que vino Jesús! ¡Por eso se apiñaban para escucharlo! Y por eso también los fariseos, los escribas, los expertos en la ley y otras personas "respetables" se escandalizaban.

–"Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos" –exclamaban, levantando en alto los brazos, escandalizados.

Pero, aunque no se lo proponían, eso era lo mejor que po-

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

Jesús se comparó con el fiel pastor que, aunque tenía noventa y nueve ovejas seguras en el redil, salió a buscar con urgencia a la oveja que se había extraviado.

drían haber dicho de Jesús. Porque la mayor gloria de Jesús es que recibe a los pecadores. Los ha venido aceptando desde hace mucho tiempo, y todavía lo hace. Hasta los peores pecadores pueden estar seguros de que Jesús los aceptará bondadosamente. Y si tú crees ser un pecador, acércate a él con la seguridad de que te recibirá en seguida.

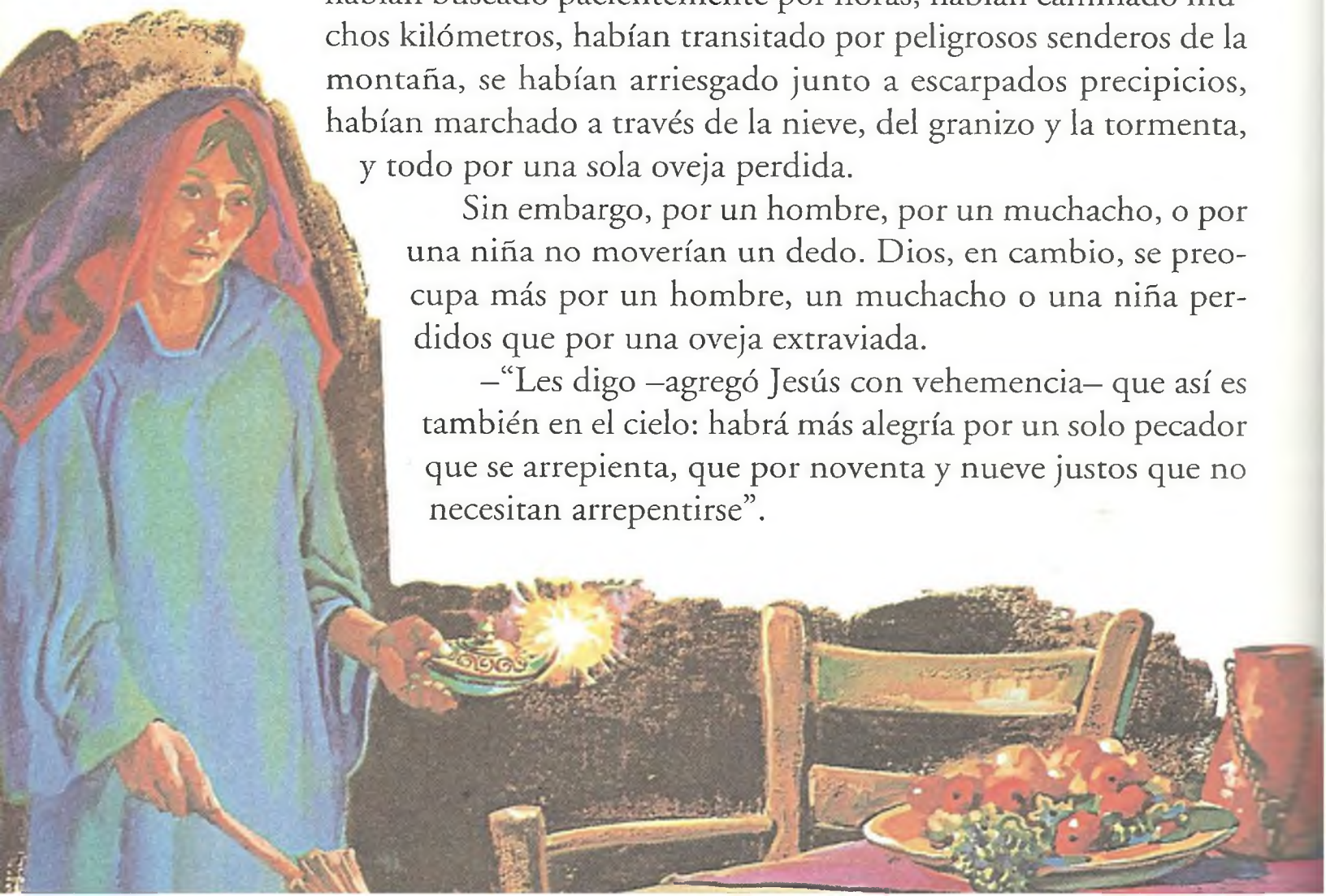
¿Cómo lo sé? Por lo que un día dijo a los escribas y fariseos.

–"Supongamos que uno de ustedes tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo, y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, lleno de alegría la carga en los hombros y vuelve a la casa. Al llegar, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: 'Alégrense conmigo; ya encontré la oveja que se me había perdido'".

Cada uno de los que escuchaban a Jesús reconoció en silencio que hubiera hecho lo mismo. Algunos ya lo habían hecho: habían buscado pacientemente por horas, habían caminado muchos kilómetros, habían transitado por peligrosos senderos de la montaña, se habían arriesgado junto a escarpados precipicios, habían marchado a través de la nieve, del granizo y la tormenta, y todo por una sola oveja perdida.

Sin embargo, por un hombre, por un muchacho, o por una niña no moverían un dedo. Dios, en cambio, se preocupa más por un hombre, un muchacho o una niña perdidos que por una oveja extraviada.

–"Les digo –agregó Jesús con vehemencia– que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse".



Entonces, comenzó a hablarles a las mujeres, y les recordó lo que hacían cuando perdían una moneda.

–"O supongamos que una mujer tiene diez monedas de plata y pierde una. ¿No enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: 'Alégrense conmigo; ya encontré la moneda que se me había perdido'".

Y agregó Jesús:

–¿No hacen ustedes así?

Me imagino que todas las mujeres que lo escuchaban se sonrieron y asintieron con la cabeza. ¡Cuán bien las conocía!

–"Les digo que así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente".

¡Cuán hermoso es pensar en que tenemos un Amigo que amó tanto a los pecadores que se sacrificó para salvarlos, y que el cielo resuena de alegría cuando un pecador se arrepiente!

Es que el poderoso amor de Jesús, como un fuerte imán, atrae los corazones humanos, vence el pecado y nos lleva de regreso a Dios.

El muchacho perdido es encontrado

(Lucas 15:11-32)

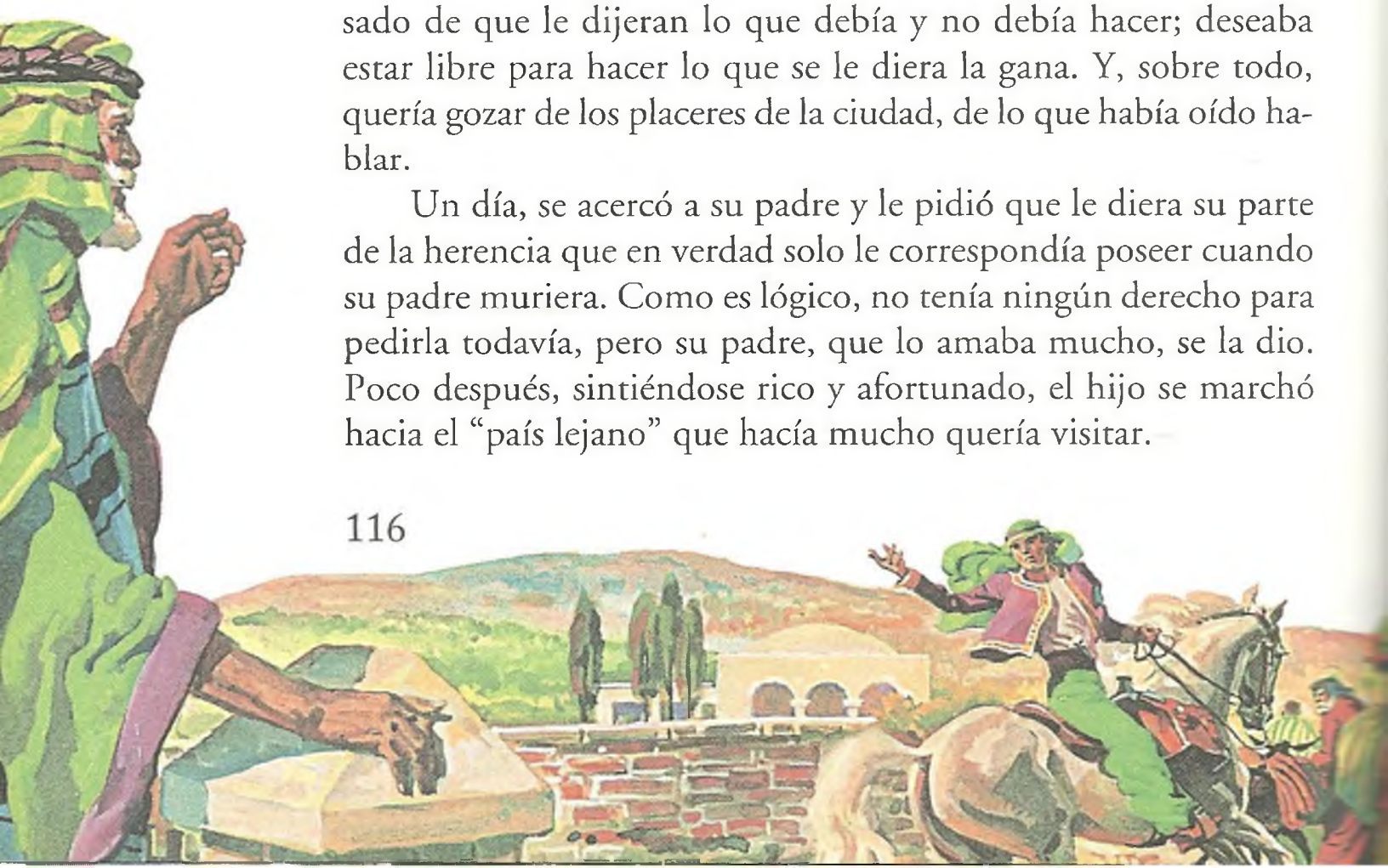
DE todas las historias que contó Jesús, la más impactante y bella es la del muchacho que había huido de su casa y, finalmente, regresa a su hogar. Se la conoce como "La parábola del hijo pródigo".

–"Un hombre –comenzó diciendo Jesús– tenía dos hijos".

Los dos vivían en la hacienda de su padre; ambos tenían todo lo que querían y eran igualmente amados.

Pero el más joven era un muchacho inquieto. Estaba cansado de que le dijeran lo que debía y no debía hacer; deseaba estar libre para hacer lo que se le diera la gana. Y, sobre todo, quería gozar de los placeres de la ciudad, de lo que había oído hablar.

Un día, se acercó a su padre y le pidió que le diera su parte de la herencia que en verdad solo le correspondía poseer cuando su padre muriera. Como es lógico, no tenía ningún derecho para pedirla todavía, pero su padre, que lo amaba mucho, se la dio. Poco después, sintiéndose rico y afortunado, el hijo se marchó hacia el "país lejano" que hacía mucho quería visitar.



Por un tiempo lo pasó muy bien. Como tenía muchas riquezas, también tenía muchos amigos. Y entre todos, se encargaron de malgastar el dinero tan rápido como pudieron.

Pero un día, el joven descubrió que ya no tenía más dinero. ¡Se había quedado sin un centavo! Además, ni siquiera tenía amigos, pues todos lo habían abandonado.

En ese momento, "sobrevino una gran escasez en la región". Los alimentos comenzaron a escasear. Pronto todo el mundo estaba pasando hambre. El joven empezó a buscar trabajo, y el único que pudo conseguir fue el de cuidador de cerdos. Tanta hambre llegó a tener, que hasta sintió la tentación de comer el alimento de los puercos.

Un día, mientras estaba solo con los animales, se puso a pensar en lo bien que lo pasaban los jornaleros en la casa de su padre. ¡Ellos "tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre!", se dijo.

Repentinamente, tomó una decisión: "Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno

de tus jornaleros".

Dejando los puercos, el joven se encaminó a su hogar. Ese fue un viaje largo, muy largo para él, porque lo hizo caminando y porque estaba muy debilitado a causa del hambre y la fatiga. A cada rato se preguntaba qué le diría a su padre. A cada rato se preguntaba qué le diría su padre. Tal vez hasta rehusaría verlo.

Pero no necesitaba preocuparse, porque todos los días, desde que él había salido de su casa, su padre había estado esperándolo, confiando en que volvería. Y ahora, cuando el hijo "todavía estaba lejos", su padre lo vio y lo reconoció a pesar de sus ropas andrajosas, su hombros encorvados y su barba descuidada.

Volvía sin los hermosos caballos, las ropas lujosas y las bolsas de dinero que se había llevado, pero ¿qué le importaba eso a su padre? ¡Su hijo estaba, por fin, de vuelta! Lanzando una exclamación de gozo, corrió hacia él, y no se detuvo hasta que abrazó a su hijo firme y cariñosamente.

–"Papá –comenzó a decir el joven, mirando el rostro húmedo de lágrimas de quien lo abrazaba–, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo".

Pero no pudo seguir. Varios criados habían venido corriendo desde la casa.

–"¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado".

De esa manera, Jesús trató de explicar a los pobres pecadores cuán gozoso se sentía Dios si ellos, también, volvían a él. Pero la historia no termina aquí.

← ILUSTRACIÓN DE HARRY ANDERSON

El hijo pródigo desperdició su dinero y su salud en diversiones. Pero un día, mientras cuidaba los cerdos, reconoció sus errores y se decidió a volver a la casa de su padre.

Cuando el hijo mayor escuchó que se le había dado semejante bienvenida a su hermano, aun cuando se había comportado tan mal y desperdiciado tanto dinero, se enojó mucho.

–"¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!

–"Hijo mío –le dijo su padre–, tú siempre estás conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado".

El hermano mayor, que había permanecido en la casa y que nunca se había visto en dificultades, debiera haber estado tan feliz como su padre al enterarse del regreso del muchacho. Y nosotros también, como Dios, debemos alegrarnos por cada pecador que regresa a él.

La vestimenta incorrecta para una boda

(Mateo 22:1-14)

HABÍA una vez un rey, dijo Jesús, que planeó una fiesta de bodas para su hijo. Envió invitaciones a todas las personas importantes de su reino y esperaba que todos se sintieran felices y honrados de asistir.

Pero no asistieron. Uno tras otro, le mandaron decir: "Lamento mucho, pero no podré ir".

Entonces, el rey envió a dos sirvientes para invitarlos personalmente e instarlos a cambiaran de idea; pero ni aun así se decidieron a ir. Cualquier otro rey se hubiera enojado mucho al verse tratado así, pero este era bondadoso y paciente. Por eso decidió darles una oportunidad más.

Al acercarse el día de la fiesta, envió a otros criados para que dijeran a los invitados: "He preparado mi comida... y todo está listo. Vengan al banquete de bodas".

Pero nuevamente todos rechazaron la invitación. De hecho, actuaron como si no les importara para nada la fiesta. Uno se fue a su granero, y el otro a ocuparse de sus negocios. Algunos de ellos llegaron a apresar a los siervos del rey, y hasta

los azotaron y los mataron.

Eso ya era demasiado para el rey. Y aunque era bondadoso y paciente, no lo pudo soportar. Ordenó entonces a sus soldados que mataran a los asesinos y que quemaran la ciudad en que vivían.

Pero todavía la fiesta estaba sin invitados. Así que ahora el rey llamó a sus siervos y les dijo:

–"El banquete de bodas está preparado, pero los que invité no merecían venir. Vayan al cruce de los caminos e inviten al banquete a todos los que encuentren".

Y así lo hicieron los criados.

–¿Quisieras asistir al banquete que habrá esta noche en el palacio del rey? –le preguntaron a un mendigo que había junto al camino.

–¿Quién? ¿Yo? –dijo el pobre hombre, sin poder creer lo que oía.

–¡Sí! ¡Tú! No faltes. Serás bienvenido. El rey quiere que asistas. Pero, eso sí, no dejes de ponerte el traje de bodas.

Y así fueron invitando a todas las personas con quienes se encontraban, a "buenos y malos". Muy pronto, centenares de

personas pobres y necesitadas comenzaron a dirigirse hacia el palacio del rey desde todas direcciones.

Cuando todos estuvieron en la sala del banquete, el rey apareció para saludar a los invitados. Me imagino que todo el mundo se puso de pie y aplaudió, porque estaban muy contentos de estar allí.

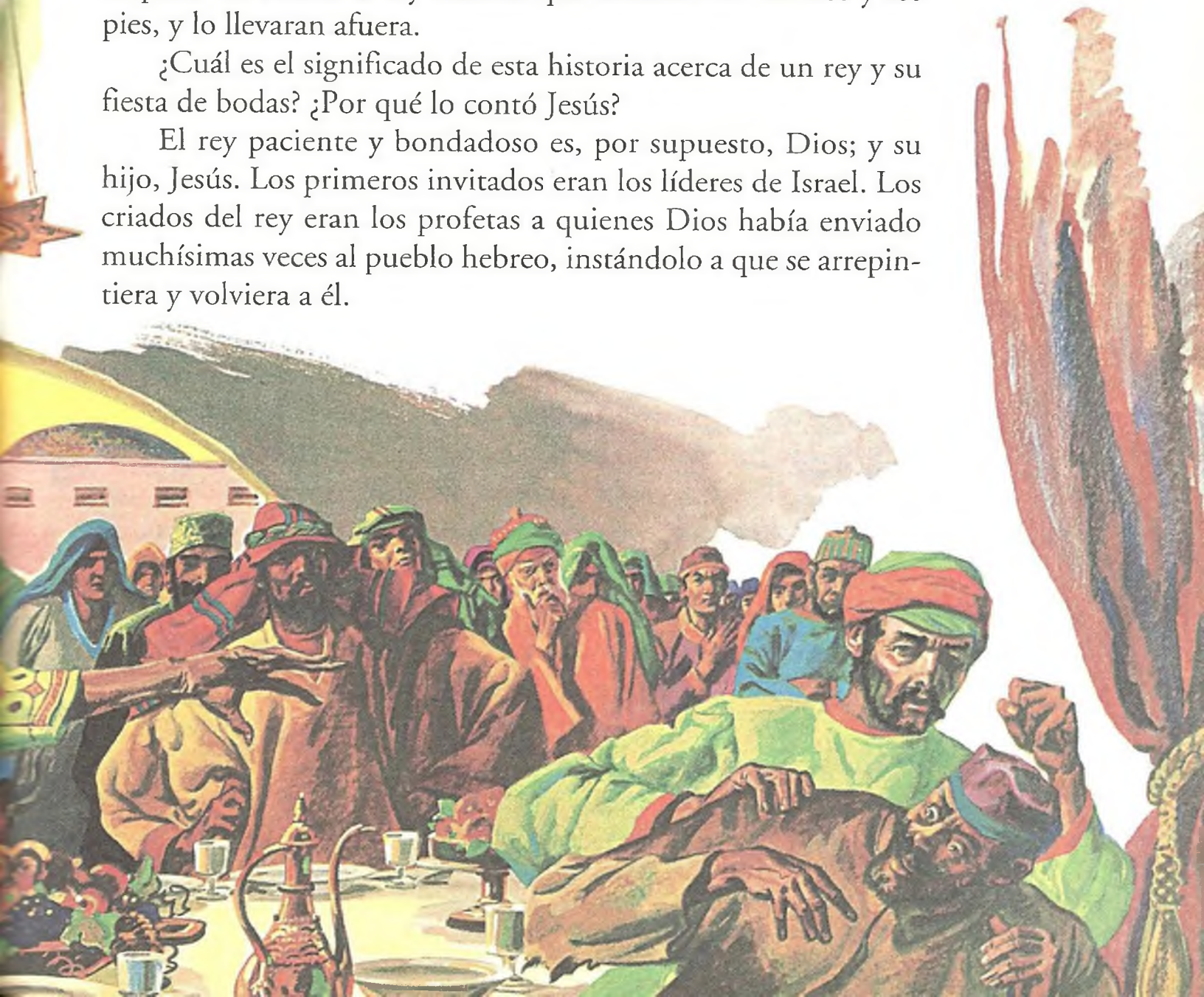
De repente, sin embargo, se hizo silencio. Algo andaba mal. Dirigiéndose a uno de los invitados, el rey le preguntó:

–"Amigo, ¿cómo entraste aquí sin el traje de boda?"

Atemorizado, el hombre no dijo nada. Y entonces, para gran sorpresa de todos, el rey ordenó que le ataran las manos y los pies, y lo llevaran afuera.

¿Cuál es el significado de esta historia acerca de un rey y su fiesta de bodas? ¿Por qué lo contó Jesús?

El rey paciente y bondadoso es, por supuesto, Dios; y su hijo, Jesús. Los primeros invitados eran los líderes de Israel. Los criados del rey eran los profetas a quienes Dios había enviado muchísimas veces al pueblo hebreo, instándolo a que se arrepintiera y volviera a él.



¿Y a quiénes representaban los otros invitados, los que habían sido encontrados en las calles, los pobres y los necesitados, los buenos y malos? Ellos eran los hombres y mujeres, los niños y niñas que estaban escuchando a Jesús en esa ocasión, y también todos los que escucharan su invitación desde aquella época hasta nuestros días. Sin duda, el Maestro les contó la historia para hacerles saber que eran bienvenidos, diez veces bienvenidos en el reino de su Padre.

Podían ser los más pobres entre los pobres. Quizá nunca habían asistido a la escuela. Es probable que nunca hayan tenido un hogar confortable ni una sola oportunidad en la vida. Pero si aceptaban la amorosa invitación de Dios, podrían participar de lo mejor que el Señor les ofrecía. El banquete de bodas del Rey del cielo estaba abierto para todos.

Había solo una condición: debían ponerse "el traje de boda". Pero ¿dónde encontraría esta pobre gente una vestimenta tan cara? Ciertamente no tenían dinero para hacer tal gasto. El rey tendría que habérselas provisto.

¿De qué clase de vestimenta especial estaba hablando Jesús? Debía ser algo inmaculadamente limpio y extraordinariamente hermoso.

Mucho tiempo antes de que Jesús contara esta historia, el profeta Isaías había escrito que Dios quiere vestir a su pueblo con vestidos de bondad y salvación.* Estas son las gloriosas vestimentas que debe ponerse todo el que planea asistir a su boda, y Dios está más que dispuesto a dárnoslas. Sí, a ti y a mí.

* Isaías 61:10.

Excusas inexcusables

(Lucas 14:15-24)

JESÚS contó otra historia muy parecida a la de la boda real. Solo que esta vez se trataba de una gran fiesta.

–"Cierto hombre preparó un gran banquete e invitó a muchas personas" –comenzó diciendo.

A costa de mucho dinero, este hombre hizo que sus siervos prepararan un magnífico festín. En el gran salón de banquetes, las largas mesas blancas brillaban con sus cubiertos de plata y gemían bajo el peso de la enorme cantidad de manjares que las cubrían. Había luces brillantes y música suave que hacían aún más atractiva la escena. Lo único que faltaba eran los invitados.

Habían sido invitados, pero no habían llegado. Se estaban tardando. Así que el hombre envió a sus siervos para que le dijeran:

–"Vengan, porque ya todo está listo".

Pero ninguno de los invitados tenía deseos de asistir al banquete. Al contrario, todos comenzaron a presentar excusas.

–"Acabo de comprar un terreno y tengo que ir a verlo. Te ruego que me disculpes" –dijo uno.

–"Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes, y voy a probar-

las. Te ruego que me disculpes" –dijo otro.

–"Acabo de casarme y por eso no puedo ir" –dijo un tercero.

La cena no les importaba en absoluto. Sus mentes estaban ocupadas en otra cosa. Ni siquiera les preocupaba el hecho de que el buen hombre se había esforzado y había gastado mucho dinero para agasajarlos con el banquete.

Pronto, el criado volvió y le dijo a su amo lo que había sucedido. El buen hombre se sintió muy herido, como tú o yo nos hubiéramos sentido en su lugar. Entonces echó una mirada al gran salón de banquetes vacío, con todas sus mesas largas y cubiertas de alimentos, y le dijo al criado:

–"Sal de prisa por las plazas y los callejones del pueblo, y trae acá a los pobres, a los inválidos, a los cojos y a los ciegos".

Así lo hizo el criado, y pronto se vio que centenares de mendigos ansiosos, felices y hambrientos, entraban en el salón del banquete.

¡Qué espectáculo debe haber sido aquel! No había allí damas ni caballeros encumbrados, ni siquiera personas ricas o famosas; tan solo gente común, de la calle. Ninguno de los que habían llegado vestía trajes lujosos, ni había joyas que brillaban en sus dedos; solo sus rostros resplandecían que reflejaba la alegría y la gratitud de los corazones.

Después de un rato, la cantidad de gente que entraba comenzó a disminuir y el criado le dijo a su amo:

–"Señor... todavía hay lugar".

Feliz al ver que tanta gente había venido, el amo le dijo:

–"Ve por los caminos y las veredas, y oblígalos a entrar para que se llene mi casa".

Nuevamente, el criado obedeció la orden. Pero esta vez insistía en que fueran al banquete:

–¡Vengan! –les decía–. ¡Vengan, por favor! La cena está lista y el salón está casi repleto.

Con esta historia, Jesús destacó una vez más el maravilloso amor que Dios siente por este mundo. El Señor ha realizado grandes sacrificios para hacernos felices. Nos ha preparado un maravilloso festín de cosas buenas, y ha invitado a todos para que lo aprovechen. Pero a algunos no les importa.

Esta historia de los invitados descorteses también podría llamarse "la historia de las excusas inexcusables", y nos enseña una importante lección.

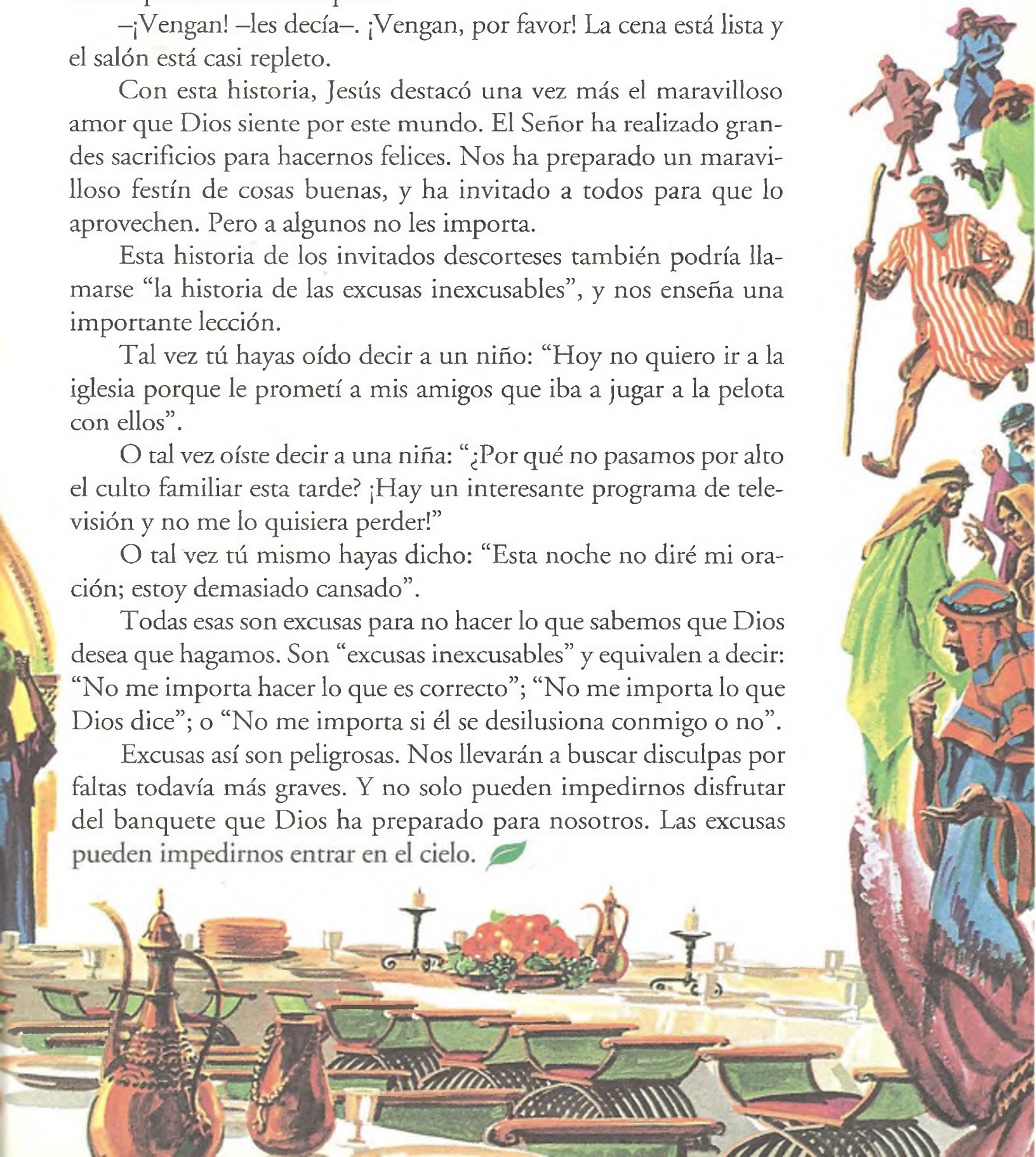
Tal vez tú hayas oído decir a un niño: "Hoy no quiero ir a la iglesia porque le prometí a mis amigos que iba a jugar a la pelota con ellos".

O tal vez oíste decir a una niña: "¿Por qué no pasamos por alto el culto familiar esta tarde? ¡Hay un interesante programa de televisión y no me lo quisiera perder!"

O tal vez tú mismo hayas dicho: "Esta noche no diré mi oración; estoy demasiado cansado".

Todas esas son excusas para no hacer lo que sabemos que Dios desea que hagamos. Son "excusas inexcusables" y equivalen a decir: "No me importa hacer lo que es correcto"; "No me importa lo que Dios dice"; o "No me importa si él se desilusiona conmigo o no".

Excusas así son peligrosas. Nos llevarán a buscar disculpas por faltas todavía más graves. Y no solo pueden impedirnos disfrutar del banquete que Dios ha preparado para nosotros. Las excusas pueden impedirnos entrar en el cielo.



El hombre más desconsiderado sobre la tierra

(Mateo 18:23-35)

SOLO para mostrar cuán mala puede ser la gente, Jesús contó la historia de un hombre a quien se le había perdonado una inmensa deuda.

Cierto rey, contó Jesús, decidió revisar las cuentas de sus siervos. Descubrió que un hombre le debía 10.000 talentos de plata; una cantidad enorme de dinero, equivalente a muchos millones de dólares.

Así que envió a llamar al hombre y le preguntó cuánto podía pagar de su deuda.

–Nada –dijo el hombre–. No tengo un solo centavo.

Se lo había gastado todo. Así que el rey dio órdenes de que el hombre, su esposa y sus hijos fueran vendidos como esclavos para "saldar la deuda".

Al oír esto, el hombre cayó de rodillas y le rogó al rey que tuviera misericordia.

–"Tenga paciencia conmigo –le rogó–, y se lo pagaré todo".

El rey sintió compasión por el pobre hombre. Y allí mismo decidió perdonarle toda esa enorme deuda y dejarlo ir libre.

¡Cuán sorprendido y feliz debe haberse sentido el hombre! Pero al salir del palacio, se encontró por casualidad con un amigo que le debía a él cierta cantidad de dinero. No era mucho. Solo 100 denarios, equivalentes a unos pocos dólares. Pero el hombre decidió que debía exigirle la devolución de la deuda en ese mismo momento.

–¿Cuándo me vas a pagar la deuda? –le preguntó.

–Lo lamento, pero no puedo pagarte ahora –dijo el amigo, que debe haber sido verdaderamente pobre–. Lo que pasa es que no tengo dinero.

–"¡Págame lo que me debes!" –gritó el acreedor, mientras agarraba a su amigo del cuello.

–¡No puedo! ¡No puedo! –jadeaba el pobre deudor.

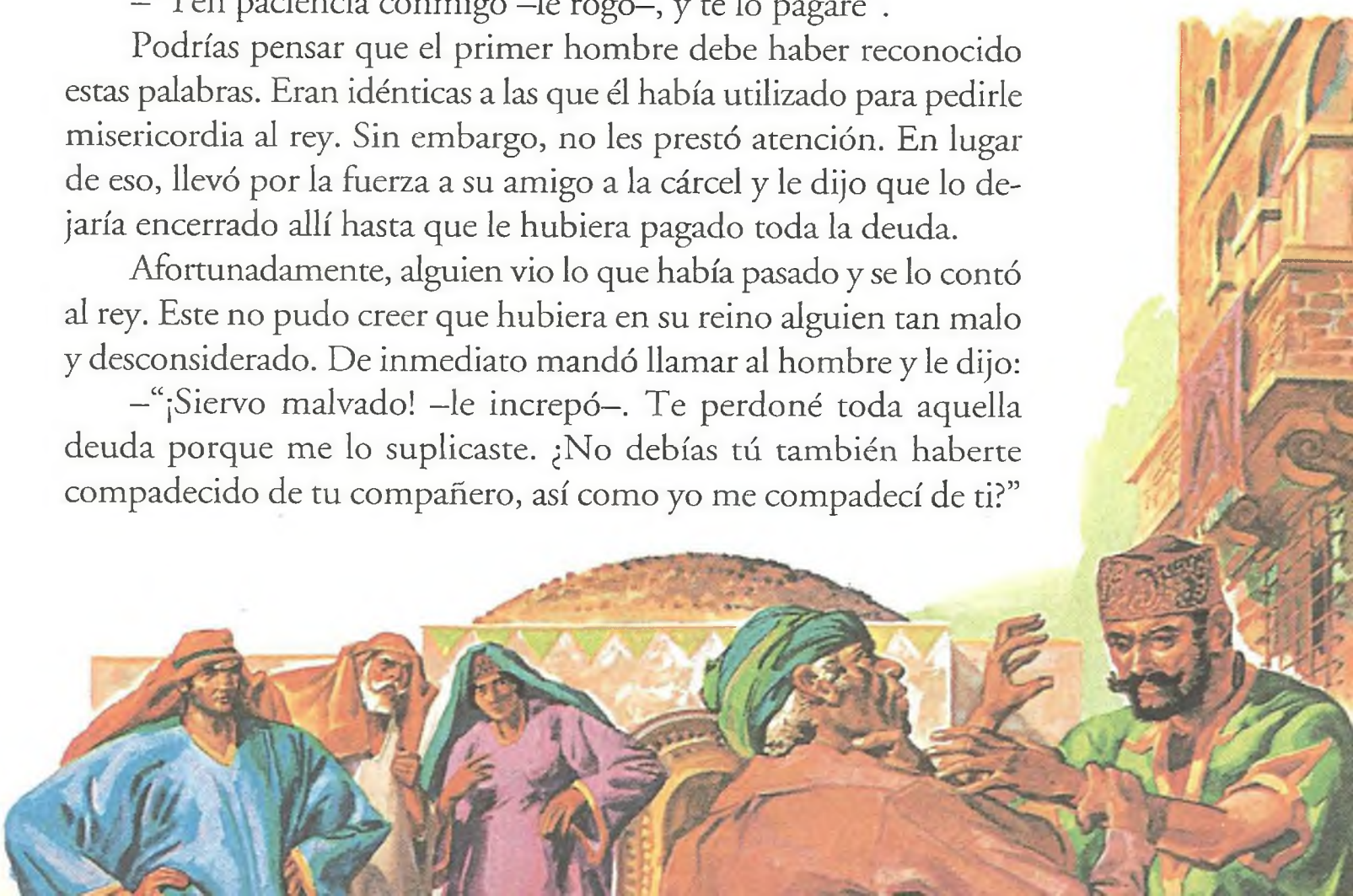
–¡Muy bien! –gruñó el hombre a quien acababan de perdonarle una deuda de 10.000 talentos–; ya que no tienes el dinero te haré meter en la cárcel.

–"Ten paciencia conmigo –le rogó–, y te lo pagaré".

Podrías pensar que el primer hombre debe haber reconocido estas palabras. Eran idénticas a las que él había utilizado para pedirle misericordia al rey. Sin embargo, no les prestó atención. En lugar de eso, llevó por la fuerza a su amigo a la cárcel y le dijo que lo dejaría encerrado allí hasta que le hubiera pagado toda la deuda.

Afortunadamente, alguien vio lo que había pasado y se lo contó al rey. Este no pudo creer que hubiera en su reino alguien tan malo y desconsiderado. De inmediato mandó llamar al hombre y le dijo:

–"¡Siervo malvado! –le increpó–. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?"



Entonces, ordenó que este hombre, el más malo de todos, fuera encarcelado y permaneciera allí hasta que haya pagado los 10.000 talentos que le debía.

Cuando la historia terminó, Jesús miró solemnemente a las personas que lo rodeaban.

–"Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes –dijo–, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano".

Sin duda, fue esta una gran lección acerca del perdón. En su gran misericordia, Dios está dispuesto a perdonarnos todos nuestros pecados, a borrarlos y a olvidarse de ellos. Está dispuesto a tratarnos como si nunca hubiéramos hecho nada malo. Pero la condición es que seamos misericordiosos con los demás, de todo corazón.

El hombre a quien se le habían perdonado los 10.000 talentos y que había puesto en la cárcel a un amigo suyo porque no había podido devolverle algunos denarios, era ciertamente una persona mezquina y cruel. Pero ¿fue él más desconsiderado que algunos de nosotros que, aunque Dios nos ha perdonado todos nuestros pecados, guardamos en nuestro corazón rencor hacia alguno de nuestros prójimos?

¿Te pasa esto a ti? ¿Has perdonado a todos los que te han ofendido o molestado, así como Dios te ha perdonado a ti? Si se organizara una competencia para encontrar a la persona más desconsiderada sobre la tierra hoy: el hombre más desconsiderado, la mujer más desconsiderada, la niña o el niño más desconsiderados, ¿cómo te catalogarían?

Dos muchachos y su padre

(Mateo 21:28-32)

OTRA de las historias que narró Jesús fue la de dos muchachos y un trabajo que su padre quería que ellos hicieran.

Un día, su padre llamó a uno de sus hijos y le dijo:

–"Hijo, ve a trabajar hoy en el viñedo".

–"No quiero" –le contestó el muchacho, y se fue enojado.

A él no le agradaba trabajar en la viña; además había muchas otras cosas que le gustaba hacer. Pero después, al pensarlo un poco, sintió pena por la manera en que le había hablado a su padre. "¡Pobre papá! –puede haberse dicho a sí mismo–. No debí haberme enojado con él. ¡Hay tantas cosas que hacer en el viñedo! Hubiera sido mejor ayudarle". Finalmente, el muchacho decidió ir al viñedo, y lo hizo de inmediato.

El otro hijo actuó diferente. Cuando el padre le pidió que fuera a trabajar en la viña, el muchacho contestó:

–¡Claro que sí, papá! ¡En seguida voy!

Pero no fue. Lo cierto es que ni siquiera había tenido intención de ir.

Ni bien se fue su padre, el muchacho se fue a pescar, o a cazar, o sencillamente a jugar con sus vecinos. El hecho es que ni siquiera apareció en el viñedo.

–"¿Cuál de los dos hizo lo que su padre quería?" –preguntó Jesús–. ¿El que se negó y fue o el que dijo que iría y no fue?

–"El primero –contestaron ellos".

–¡Por supuesto! –dijo Jesús.

Y entonces procedió a destacar la lección de su historia.

A la vista de Dios, es mucho mejor arrepentirse y comenzar a vivir una vida recta, que pretender estar haciendo bien y en realidad seguir actuando mal.

–Algunos de ustedes –dijo Jesús– fueron a oír a Juan el Bautista. Él les enseñó el camino de la justicia y los invitó a arrepentirse. Muchos de ustedes dijeron que cambiarían su antigua manera de vivir, pero no lo hicieron. Era solo un espectáculo. En cambio, muchos pecadores se arrepintieron sinceramente. Es

posible que hayan sido gente mala, sin embargo, les aseguro que poseerán el reino de los cielos antes que aquellos que solo pretenden ser buenos.

De esta manera, Jesús trató una vez más de hacer comprender a la gente cuán importante es el verdadero arrepentimiento. Quería que entendieran bien que, si deseaban entrar en el cielo y pertenecer a su reino de amor, debían abandonar sus malos caminos y hacer la voluntad de Dios.

No era suficiente decir que iban a arrepentirse y ser buenos. Debían tener el sincero propósito de hacerlo. Decir: "Me arrepiento" y seguir viviendo una vida pecaminosa como antes sencillamente se trataba de mentir; esto es, decir una mentira tan evidente como la del muchacho que había prometido ir a trabajar en la viña pero que nunca se acercó siquiera a ella.

Hay en esta historia una lección también para nosotros. Hoy en día resulta muy fácil decir que uno es seguidor de Jesús. Hay

muchas personas que dicen ser cristianas cuando en realidad no lo son. Aunque pretenden estar obedeciendo a Dios y preparándose para su reino, la verdad es que prefieren disfrutar de los placeres de este mundo.

Las personas que actúan así nunca irán al cielo. No se sentirían cómodas, porque el reino de Dios no es solo un reino de amor, sino también un reino de veracidad, honradez, sinceridad, pureza y bondad.

Si nosotros deseamos llegar a ser ciudadanos de ese reino, debemos adaptarnos a los planes que Dios tiene para él. Y la única manera en que podemos empezar a hacerlo es seguir el ejemplo del primer muchacho de nuestra historia: aquel que se arrepintió. Dijo: "No quiero", pero después de reflexionar, cambió de parecer y se dijo: "Iré".

No importa cuán malos, mezquinos, rudos u obstinados hayamos sido; si tenemos el sincero deseo de cambiar de vida, de arrepentirnos, de dar media vuelta y hacer la voluntad de Dios, él nos recibirá gozoso y perdonará todos nuestros pecados.

Puede ser que últimamente le hayas dicho: "No quiero" a Dios. "No quiero" obedecer sus mandamientos; o "No quiero" ira donde él desea que vaya; o "No quiero" pertenecer a su iglesia; o "No quiero" entregarle mi corazón.

Si es así, piensa un momento. Recuerda cuán tiernamente te ama. "Como un padre",* dice la Biblia. Entonces, ¿por qué no volverte a Dios en este mismo momento? Solo dile: "Perdóname, Señor. A pesar de todo, estoy yendo. Haré lo que tú digas".

* Salmo 103:13.

← ILUSTRACIÓN DE RUSSELL HARLAN

Dios ama a todo niño y niña que obedece el consejo de sus padres cristianos y que, al verse tentado a hacer el mal, decide obrar rectamente sin pensar en las consecuencias.

Asesinato en el viñedo

(Mateo 21:33-46)

¿EN verdad Jesús contó la historia de un asesinato? Sí, es verdad.

Había una vez un terrateniente muy rico, dijo, que había plantado un bello viñedo. Quería tanto esta viña, que hacía todos sus esfuerzos por cuidarla. Con todo cuidado preparó el suelo y colocó las preciosas vides. Después, construyó una torre para los cuidadores y un lagar para extraer el jugo cuando maduraran las uvas.

Finalmente, construyó una muralla alrededor de todo el viñedo para protegerlo de sus enemigos. Después de hacer todo esto, dejó el lugar bajo el cuidado inquilinos que pensó que eran de confianza y se fue a otro país.

Después de un largo tiempo, las vides se llenaron de uvas. Entonces, el dueño envió a sus criados a buscar los frutos. Pero cuando los viñadores vieron llegar a los criados del dueño, "golpearon a uno, mataron a otro y apedrearon a un tercero".

Estos fueron los primeros asesinatos que ocurrieron en el viñedo; pero no fueron los últimos. Cuando el terrateniente envió

a otro grupo de criados para percibir aquello a lo que tenía derecho, estos también fueron apedreados y muertos. Por fin, el dueño se dijo:

–Enviaré a mi hijo. Seguramente lo respetarán.

Pero no ocurrió así. Al contrario, los viñadores se dijeron:

–"Éste es el heredero. Matémoslo, para quedarnos con su herencia".

De modo que también mataron al hijo.

Al llegar a este punto de la historia, Jesús preguntó a sus oyentes qué creían ellos que el dueño de la viña haría con aquellos viñadores crueles y malvados. La respuesta fue:

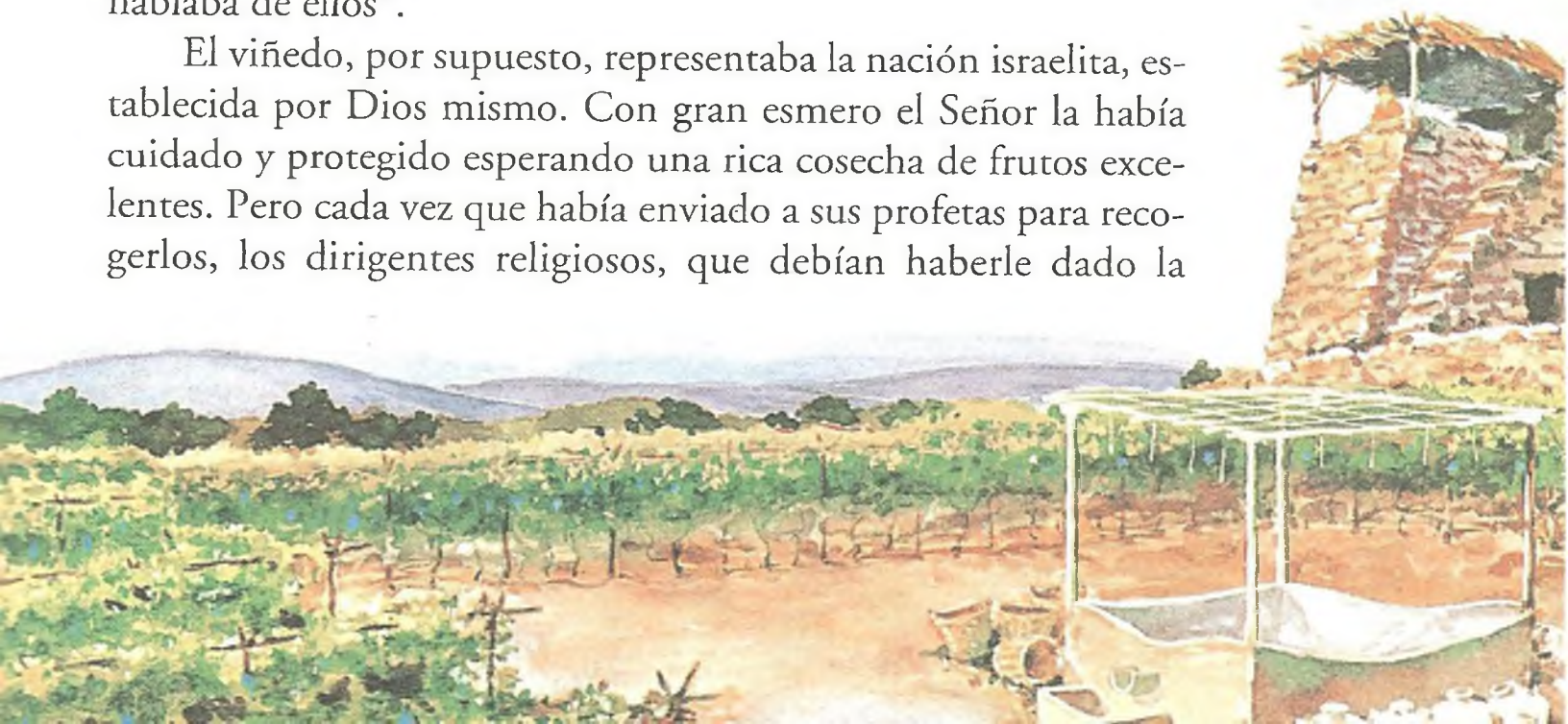
–"Hará que esos malvados tengan un fin miserable –respondieron–, y arrendará el viñedo a otros labradores que le den lo que le corresponde cuando llegue el tiempo de la cosecha".

Jesús les dijo que estaban en lo cierto. Y entonces, mirando directamente a algunos de los sacerdotes y fariseos que lo estaban escuchando, dijo:

–"Por eso les digo que el reino de Dios se les quitará a ustedes y se le entregará a un pueblo que produzca los frutos del reino".

Ahora, todos comprendieron el significado de la historia. La Biblia dice que los sacerdotes y fariseos "se dieron cuenta de que hablaba de ellos".

El viñedo, por supuesto, representaba la nación israelita, establecida por Dios mismo. Con gran esmero el Señor la había cuidado y protegido esperando una rica cosecha de frutos excelentes. Pero cada vez que había enviado a sus profetas para recogerlos, los dirigentes religiosos, que debían haberle dado la



bienvenida, los habían tratado como a enemigos. Muchos habían sido atormentados, apedreados y muertos. Por fin Dios había enviado a su propio Hijo. Y precisamente cuando Jesús les contaba la historia, ellos estaban haciendo planes para matarlo también.

Por supuesto, cuando Jesús les dijo esto, su triste muerte todavía estaba en el futuro. Pero el hecho de que lo anunció por anticipado muestra que sabía lo que le iba a ocurrir. Y así sucedió, en efecto, algún tiempo después.

¿Y a quiénes representaban los otros viñadores a quienes se iba a confiar el viñedo? Ellos eran los discípulos de Jesús; no solo los que estaban con él en ese momento, sino también todos los que creyeran en él, lo amaran y trabajaran por él en los años futuros. Jesús los vio trayéndole los frutos de veracidad, amor y bondad en las vidas de incontables millones, hasta que la cosecha final de la viña estuviera madura.

Todos estos llegarían a formar parte de la nueva nación a la que se les daría el reino de Dios. Y los súbditos de este nuevo reino, que no pertenecerían a

ninguna raza en particular sino que provendrían de "todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas",* llegarían a ser su reino, y sobre él reinaría por toda la eternidad.

Cuando se fundara este reino, se restauraría el Edén y los propósitos de Dios se completarían.

Esta historia, a pesar de su hermoso significado, incomodó mucho a los sacerdotes y fariseos que la escucharon. De inmediato vieron que no podían tener una parte en ese reino del que Jesús estaba hablando, a menos que se arrepintieran. Y ellos no tenían la intención de hacerlo.

Por eso se enojaron con él y lo habrían encarcelado si se hubieran animado a hacerlo, pero no se atrevieron. La Biblia dice que "temían a la gente porque ésta lo consideraba un profeta".

* Apocalipsis 7:9.

Oraciones y ofrendas

(Lucas 18:9-14; 21:1-4)

JESÚS siempre estaba buscando nuevas historias que transmitieran grandes lecciones, y con mucha frecuencia las encontraba en la vida de las personas con las que se encontraba y se relacionaba diariamente.

En una oportunidad, mientras estaba en el Templo, vio a dos hombres orando. Uno era un fariseo, y el otro, un publicano. El fariseo estaba de pie donde todos podían verlo y escucharlo, y el otro hombre estaba en un una esquina retirada.

El fariseo, en voz alta, le hablaba a Dios acerca de sí mismo.

–"Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres –ladrones, malhechores, adúlteros– ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo" –exclamaba.

El publicano, en cambio, golpeándose el pecho con las manos, con la cabeza inclinada para mostrar la tristeza de su corazón, pronunciaba esta breve y humilde oración con una voz tan suave que apenas podía oírse:

–"¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!"

Cuando Jesús narró estas historias a sus discípulos algún

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

A los fariseos les gustaba enorgullecerse públicamente de su piedad y decir largas oraciones en la calle. Pero Jesús alabó al humilde publicano que oraba: ¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!

tiempo más tarde, agregó:

–"Les digo que éste [el publicano], y no aquél, volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido".

Lo único que trataba de hacer el fariseo era publicar sus propias buenas obras, y Dios no escucha oraciones como esa. Pero cuando alguien susurra: "¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!", cada palabra es oída en el cielo.

Cuando quieras hablarle a Dios, no le digas cuán bueno eres, o cuántas buenas acciones has hecho. Sencillamente dile cuán grande es tu necesidad de su ayuda.

En otra ocasión en que Jesús estaba en el templo, vio ocurrir algo hermoso, algo que ha servido de inspiración a millones desde entonces.

Ese día, Jesús se hallaba sentado en el atrio del templo observando cómo la gente ponía sus ofrendas en un cofre. Había muchos ricos que pasaban y depositaban grandes sumas de di-

nero. Luego se acercó al cofre una viuda pobre y colocó dos monedas de cobre, de las más pequeñas que había.

–Miren –dijo Jesús a sus discípulos, que no se hallaban lejos de allí–. ¿Ven a esta viuda? "Les aseguro que esta viuda pobre ha echado más que todos los demás. Todos ellos dieron sus ofrendas de lo que les sobraba; pero ella, de su pobreza, echó todo lo que tenía para su sustento".

La viuda no sabía que Jesús la estaba observando. Pero así era. Y el Señor supo, por la expresión de su rostro y por la oración que había en sus labios, que su ofrenda provenía del corazón y que era todo lo que tenía.

Me gusta pensar que la mujer fue recompensada ese mismo día, que fueron enviados ángeles para suplir sus necesidades. Y aunque no sepamos con certeza lo que ocurrió con ella, sé que cuando Jesús dijo: "Esta viuda pobre ha echado más que todos los demás", estaba expresando una gran verdad.

Tomando en cuenta su verdadero valor –cómo Dios evalúa las ofrendas– sus dos moneditas valían mucho más que todo lo que los ricos habían echado en el cofre. Y cuando alguna vez se comparen todas las ofrendas que se dieron a Dios, bien puede ser que el donativo de esta viuda pobre esté en primer lugar en la lista. Y cuando se sumen todas las ofrendas y se le muestre el total a la viuda, seguramente exclamará:

–¡Debe haber un error! ¡Yo nunca di tanto!

Pero Jesús le dirá:

–¡Sí, es así! ¡Todo esto fue dado porque tú diste una vez!

¡Y cuánta verdad habría en ello! Durante casi 2.000 años, la historia del sacrificio de aquella viuda tan modesta ha conmovido los corazones, ha abierto las carteras y las billeteras, y ha hecho que la gente diera lo mejor de sí para el Maestro.

Por supuesto, lo importante de la ofrenda de la viuda no fue la cantidad que dio, sino el espíritu en que lo hizo. Antes de entregar sus dos moneditas debe haber entregado su corazón a Dios. Esa ofrenda pequeña fue una prueba definitiva de que "todo lo que tenía" era de Dios.

Y esa es la manera en que debemos dar a Dios: con todo nuestro corazón. Esta la única clase de ofrenda que será de mucha ayuda en la construcción de su reino de amor.

CUARTA PARTE

Historias del

más Grande de los Profetas

(Mateo 19:27-30; 24:1 a 25:46; Marcos 13:1-37; Lucas 17:21-37; 19:12-27; 21:1-36; Juan 13:36 a 14:3)

Un nuevo hogar para los sin techo

(Mateo 19:27-29; Juan 13:33 a 14:3)

JESÚS no solo fue el más grande de los médicos, el más grande de los maestros y el más grande de los narradores, sino también el más grande de los profetas. Podía ver el futuro. Sabía lo que sucedería más adelante.

Muchos profetas, incluyendo a Moisés, Samuel, Isaías, Jeremías y Daniel, habían hablado a Israel antes que Jesús apareciera. Pero Jesús fue el más grande de todos ellos. Habló acerca de las cosas que vendrían como si supiera todo acerca de ellas.

¡Y había tantas cosas que los discípulos querían saber a cerca del futuro! Como tú y yo, querían ver el mañana tan claramente como el hoy.

Cierta vez, Pedro le dijo a Jesús:

–"¡Mira, nosotros lo hemos dejado todo por seguirte! –le reclamó Pedro–. ¿Y qué ganamos con eso?"

Jesús acababa de decir a sus discípulos cuán difícil es para los ricos entrar en su reino; por eso Pedro deseaba saber qué recompensa habría para los que habían abandonado todo, como lo habían hecho él y sus amigos, y se habían convertido en discí-

← ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

Una de las últimas promesas que Jesús hizo a sus discípulos fue que en el cielo no habrá familias sin hogar, pues él mismo preparará mansiones para todos los que lo aman.

pulos del Maestro. Seguramente estaba pensando en los botes, las redes de pescar y las casas que habían dejado atrás por seguir a Jesús. Habían llegado a ser tan pobres, que a veces no tenían siquiera un lugar para dormir y debían hacerlo al aire libre. ¿Seguiría eso siempre así?, se preguntaba. ¿Nunca más tendrían un hogar?

Por un momento, para darles ánimo, Jesús les permitió ver el futuro.

–"Les aseguro –respondió Jesús– que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos para gobernar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mi causa haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos o terrenos, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna".

Me los imagino a Pedro, Santiago, Juan y los demás discípulos mirándose unos a otros y sonriendo, satisfechos, al oír esta promesa de Jesús. ¡Pensar que ellos, pobres galileos, llegarían a ser los magistrados de Israel! ¡Qué extraordinario! ¡Sí, y además tendrían hermosos hogares para vivir! Nunca más vagarían de un lugar a otro sedientos, hambrientos y desamparados.

Pero había algo más que ellos querían saber. Desde hacía algunos meses, Jesús había estado mencionando, de paso, que no estaría con ellos durante mucho tiempo más.

–"Mis queridos hijos, poco tiempo me queda para estar con ustedes. Me buscarán, y lo que antes les dije a los judíos, ahora se lo digo a ustedes: Adonde yo voy, ustedes no pueden ir".

Pedro se preocupó al oír esto. El presentimiento de una horrible soledad oprimió su corazón.

–"¿Y a dónde vas, Señor? –preguntó".

–"Adonde yo voy, no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde".

–"Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora?" –insistió Pedro, tan perplejo como los demás discípulos.

Les resultaba imposible aceptar la idea de que dentro de poco su Maestro los dejaría. Y si eso llegaba a ocurrir, ¿en qué quedarían todas sus promesas acerca de hogares, amigos, amados y vida eterna?

Tal vez esté planeando ir a Grecia o a Italia, pensaron, y pronto estará de vuelta. Algunos judíos hasta se preguntaron:

–"¿Será que piensa ir a nuestra gente dispersa entre las naciones, para enseñar a los griegos?"*

Pero Jesús no había querido decir eso. Se refería a un viaje

que lo llevaría mucho más allá de Atenas o Roma. En efecto, hablaba de abandonar esta tierra y volver al cielo, de donde había venido.

—"No se angustien. Confíen en Dios, y confíen también en mí. En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas; si no fuera así, ya se lo habría dicho a ustedes. Voy a prepararles un lugar. Y si me voy y se lo preparo, vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté".

El Maestro no podía haberles hablado más claramente. Él se iba a ir lejos, a la casa de su Padre. Y bien puede ser que, mientras Jesús hablaba, estuviera mirando hacia las estrellas. Allá lejos, en el corazón de ese inmenso universo resplandeciente, volvería a encontrarse con Aquel que lo había enviado a este mundo para cumplir su misión salvadora y a quien amaba profundamente.

Pero no importaba cuán lejos se fuera ni durante cuánto tiempo estuviera apartado de ellos; podían estar seguros de que nunca los olvidaría. Al contrario, les prepararía un lugar hermosísimo para que vivieran en él y lo disfrutaran por toda la eternidad.

Allí habría lugar para todos. Sí, entre los miles de millones de mundos que había creado, habría "muchas viviendas" para todos los que lo aman. Habría una para Pedro, otra para Santiago y otra para Juan. Y no solo para ellos, pues habría también un nuevo y hermoso hogar para cada uno de sus seguidores fieles.

---

* Juan 7:35.

El viaje espacial prometido

(Juan 14:3; 1 Tesalonicenses 4:16, 17; Apocalipsis 7:14-17)

¿DE qué manera los discípulos podrían disfrutar de ese estupendo hogar que Jesús les había prometido?

–"Vendré –les había dicho él– para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté".

Esa fue una promesa solemne, y podemos tener certeza de que la cumplirá. Es verdad, todavía no ha regresado. Todavía está en la casa de su Padre, pero algún día regresará a buscar a los suyos. Y esto significa un vuelo espacial para todos sus fieles seguidores.

Es maravilloso pensar en esto; pero el hecho es que hace más de 19 siglos, mucho antes de que los hombres empezaran a hablar del viaje a la luna, mucho antes de que los niños comenzaran a comprar cascos espaciales de juguete y que las niñas soñaran con viajes a Marte y Venus, Jesús les aseguró a sus discípulos que algún día realizarían un viaje a través del universo. Cuando regrese a esta tierra nuevamente, reunirá a todo su pueblo y los conducirá a través del "espacio azul" hasta las mansiones de su Padre.

Y no solo Pedro, Santiago y Juan disfrutarán de este extraordinario privilegio. Cada uno de los que han amado a Jesús y han

sido fieles a él podrá viajar también.

El apóstol Pablo no deja dudas acerca de esto. Cuando escribió a los cristianos de la ciudad de Tesalónica, les dijo: "El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre".

¡Imagínate! ¡"Seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire"! ¡Qué emocionante! ¡Deslizarse por el espacio pasando junto a la luna, cerca de los planetas, hacia las estrellas! Pareciera imposible, pero debe ser verdad, porque Jesús mismo lo ha prometido.

Tan hermosa le pareció esta promesa al apóstol Juan, que nunca la pudo olvidar. Cierto día, varios años más tarde, Dios le

ILUSTRACIÓN DE HERIBERTO RUDEEN

permitió contemplar en visión profética a los seguidores de Jesús cuando por fin entraban en el cielo. Vio que todos llevaban puestas túnicas blancas, y un ángel le dijo:

–"Aquéllos son los que están saliendo de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero. Por eso, están delante del trono de Dios, y día y noche le sirven en su templo; y el que está sentado en el trono les dará refugio en su santuario. Ya no sufrirán hambre ni sed. No los abatirá el sol ni ningún calor abrasador. Porque el Cordero que está en el trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva; y Dios les enjugará toda lágrima de sus ojos".

Otra vez se presenta el mismo cuadro glorioso: Jesús acompaña a sus redimidos en la casa de su Padre, donde cada uno tendrá un hermoso hogar y donde no habrá más hambre, sed, dolor ni soledad.

¿Es demasiado hermoso para ser verdad, demasiado maravilloso como para que se convierta en realidad?

No. Muchas personas han tomado breves viajes por el espacio. Pero el más grande Científico e Ingeniero Espacial conoce muy bien desde el principio cómo trasladarse por el espacio. El más grande de los profetas vio hace muchos años que esto ocurriría.

Él pensó en esto primero. Conoce los secretos de cómo viajar por el universo a una escala mucho más grande de lo que podemos imaginar; y algún día planea compartir este secreto con todos los que lo aman.

Jesús revela el futuro

(Mateo 24:1-13)

A MEDIDA que los discípulos conversaban acerca de las cosas maravillosas que Jesús les había contado, anhelaban saber más acerca del futuro.

Si él los dejaría, ¿qué les sucedería a ellos después que los abandonara? ¿Durante cuánto tiempo los dejaría? ¿Cuándo llegaría a su fin este mundo y comenzaría su maravilloso reino de amor?

Por fin encontraron una ocasión de hacerle todas estas preguntas. Cierto día, mientras observaban las enormes paredes del templo de Jerusalén, Jesús los sorprendió con esta declaración:

–"¿Ven todo esto? Les aseguro que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado".

¡Los discípulos no podían creerlo! ¿Que el templo sería destruido? ¿Cómo podía suceder una cosa así, siendo un edificio tan bello, sólido y costoso? ¿Quién tendría interés en destruirlo? Tal vez, lo que Jesús había querido decir era que lo derribaría cuando viniera a establecer su reino. ¿O lo destruirían los enemigos? Intrigados, decidieron averiguar las respuestas.

De regreso en el monte de los Olivos, donde el grupo se reunía a menudo, los discípulos le preguntaron:

–"¿Cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?"

Descorriendo entonces el telón que oculta el porvenir, Jesús les permitió echar una mirada a los años futuros. Lo que vieron no fue precisamente lo que habían esperado. No me extrañaría que después se hubieran arrepentido de habérselo preguntado. A veces, es mejor no conocer el futuro, sino dejarlo en manos de Dios.

En primer lugar, Jesús les advirtió que debían estar siempre atentos para no dejarse engañar por los falsos cristos. Les dijo que, después que él se fuera, habría muchos que se levantarían diciendo: "Yo soy el Cristo", y que pretenderían haber venido de regreso al mundo tal como Jesús lo había anunciado.

En cuanto al reino prometido, les aseguró que pasaría un largo tiempo antes de que se estableciera.

–"Ustedes oirán de guerras y de rumores de guerras –les dijo–... pero no será todavía el fin. Se levantará nación contra nación, y reino contra reino. Habrá hambres y terremotos por todas partes".

Todas estas cosas terribles no serían sino "apenas el comienzo de los dolores". Dificultades aún peores les sobrevendrían. Serían tratados cruelmente. Los enemigos los pondrían en la cárcel y los matarían.

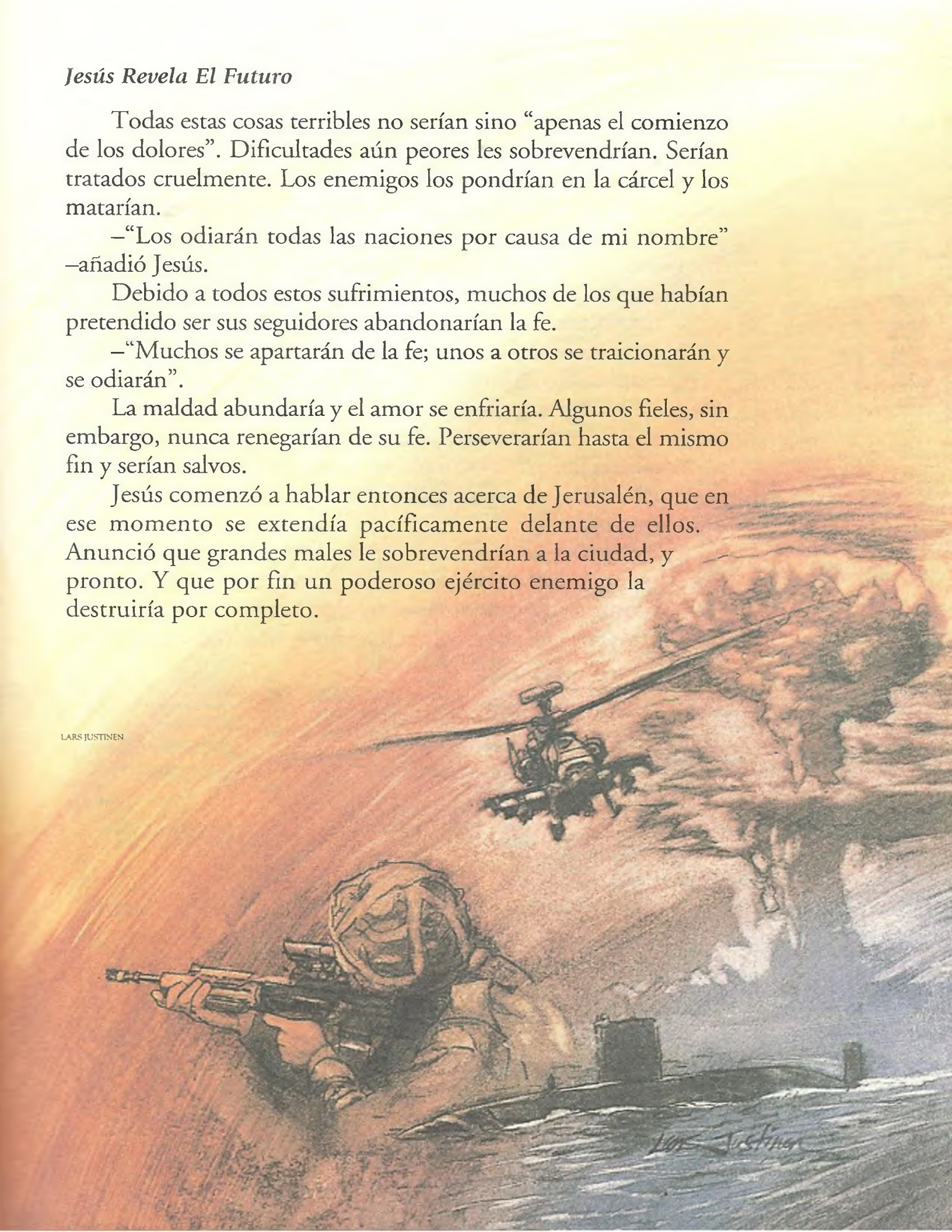
–"Los odiarán todas las naciones por causa de mi nombre" –añadió Jesús.

Debido a todos estos sufrimientos, muchos de los que habían pretendido ser sus seguidores abandonarían la fe.

–"Muchos se apartarán de la fe; unos a otros se traicionarán y se odiarán".

La maldad abundaría y el amor se enfriaría. Algunos fieles, sin embargo, nunca renegarían de su fe. Perseverarían hasta el mismo fin y serían salvos.

Jesús comenzó a hablar entonces acerca de Jerusalén, que en ese momento se extendía pacíficamente delante de ellos. Anunció que grandes males le sobrevendrían a la ciudad, y pronto. Y que por fin un poderoso ejército enemigo la destruiría por completo.



LARS JUSTINEN

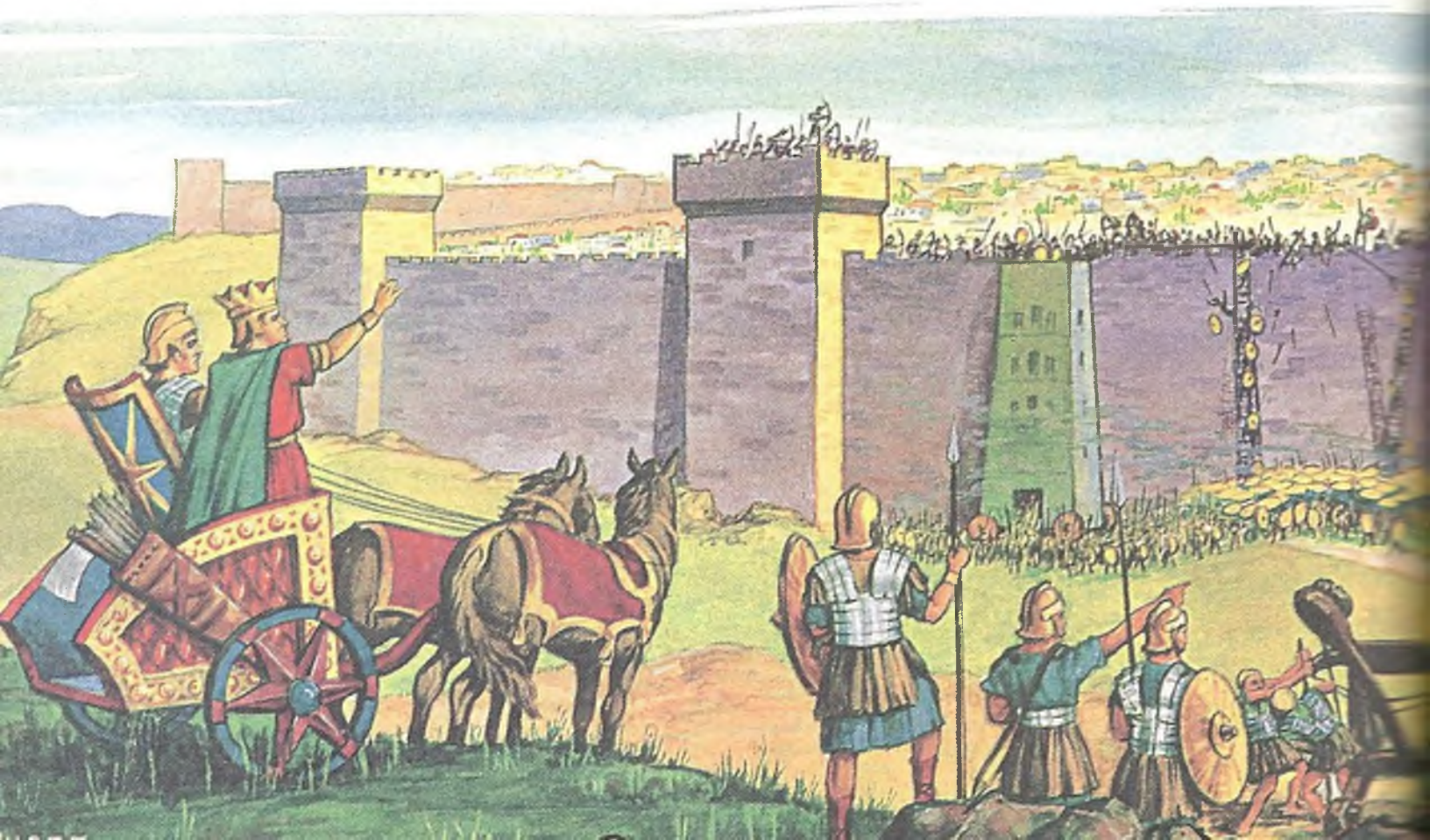
Los cristianos podrían salvarse de la ruina si prestaban atención a una señal: Cuando vieran la ciudad rodeada de soldados, debían huir hacia un lugar seguro. No tenían que demorarse un instante, ni siquiera para buscar alguna cosa de valor. Si se encontraban trabajando en el campo, no debían volver a buscar la ropa. Al contrario, debían huir para salvar la vida.

Entonces, Jesús les dijo algo que los sorprendió:

–"Oren para que su huida no suceda en invierno ni en sábado".

En realidad, en esa apacible tarde en el monte de los Olivos, a los discípulos debe haberles resultado difícil imaginarse las escenas que Jesús les iba describiendo. Sus vidas habían transcurrido tan pacíficamente en su querida Galilea... Nunca habían visto una gran ciudad sitiada por ejércitos. Además, el solo hecho de pensar que la ciudad santa sería destruida los atemorizaba. ¿Llegaría a ocurrir realmente una cosa así?

Cuando se separaron, los discípulos contaron a otros seguidores de Jesús lo que el Maestro les había dicho, y la noticia pronto se divulgó por todas partes. Muchos creyentes comenzaron a orar pidiéndole a Dios que no les tocara huir ni en sábado ni en invierno.

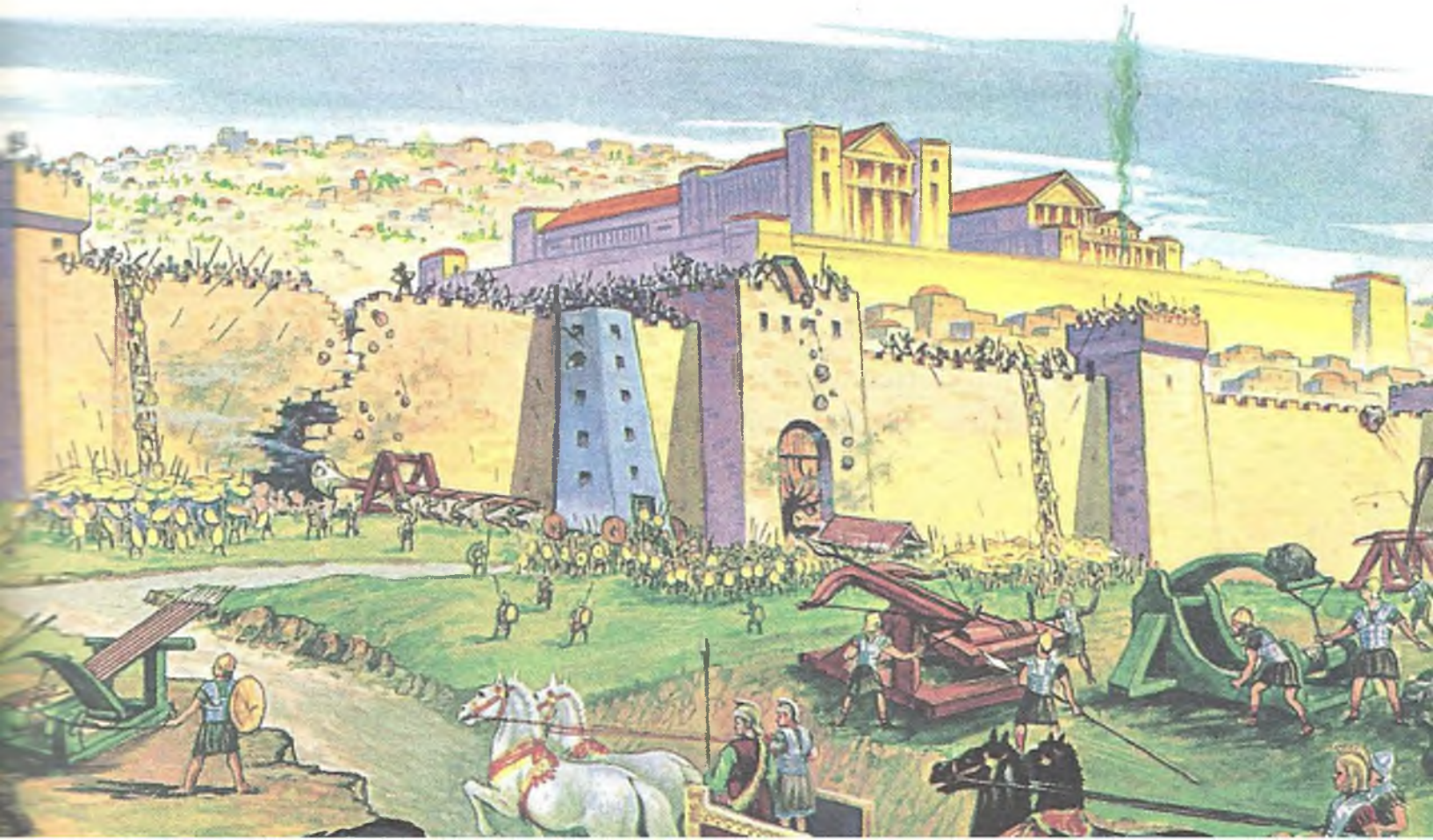


Algunos se preguntaban cómo les sería posible escapar si Jerusalén llegaba a estar sitiada por un ejército. Y si nos detenemos a pensar, estaremos de acuerdo en que parecía algo extraño. Pero los creyentes lo aceptaron, seguros de que Jesús no podía haberse equivocado.

Y, por supuesto, no se había equivocado. Unos 40 años después, Jerusalén se vio rodeada por los soldados romanos. Recordando la señal prometida, los cristianos de la ciudad se prepararon para huir. Y entonces, precisamente mientras se preguntaban cómo se las ingeniarían para escapar por entre las líneas enemigas, los romanos se retiraron sin razón aparente. De inmediato, todos los seguidores de Jesús que creían en su advertencia, escaparon. Luego los romanos regresaron y destruyeron la ciudad.

¡Qué maravilloso resultó ser el hecho de que Jesús supiera todas estas cosas antes que sucedieran! Pero, por supuesto, él era el más grande de los profetas.

Pero volviendo de nuevo a su conversación en la ladera del monte de los Olivos, Jesús comenzó a hablarles a sus discípulos de las cosas que ocurrirían siglos más tarde, cuando se acercara el fin del tiempo.



Las señales de su venida

(Mateo 24:21-33; Lucas 21:24-36)

MIRANDO hacia un futuro lejano, Jesús les contó a sus discípulos acerca de un terrible tiempo de angustia que les sobrevendría a todos los que lo aman.

–"Habrá una gran tribulación, como no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá jamás".

El profeta Daniel había escrito acerca de un tiempo terrible en que el cuerno pequeño sobre la cabeza de la cuarta bestia perseguiría a "los santos del Altísimo".* Jesús conocía muy bien esta historia. Era el que había enviado a Gabriel a contarle estas cosas a Daniel.

Ahora, al volver a contárselas a los discípulos, se compadeció de que sus "elegidos" –su querido pueblo–, tuviera que sufrir mucho. No solo este pequeño grupito de seguidores sufriría dificultades, persecución y muerte poco después que él se fuera, sino que las tribulaciones y la persecución continuarían hasta el fin del tiempo. Habría un tiempo de angustia especialmente difícil justo antes que Jesús regresara.

Durante estos días de tristeza y sufrimiento, más y más en-

gañadores afirmarían ser el Cristo, que regresa del cielo. Tan cansada se hallaría la gente de soportar las dificultades y tan ansiosa de que por fin reinara la paz, que muchos serían engañados.

Se levantarían falsos cristos y falsos profetas que realizarían "grandes señales y milagros". Pero, Jesús advirtió que no debemos seguirlos.

–"Si alguien les dice a ustedes: '¡Miren, aquí está el Cristo!' o '¡Allí está!', no lo crean... si les dicen: '¡Miren que está en el desierto!', no salgan; o: '¡Miren que está en la casa!', no lo crean". Yo no estaré allí tampoco.

Sus seguidores debían estar atentos para percibir ciertas grandes señales específicas. Cada una de ellas sería tan notable e importante, que ningún engañador podría imitarla. La primera aparecería en el cielo, y Dios la utilizaría como una gran cartelera de anuncios.

–"Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas –dijo Jesús–. Se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo".

Las siguientes señales aparecerían sobre la tierra.

–"En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas por el bramido y la agitación del mar. Se desmayarán de terror los hombres, temerosos por lo que va a sucederle al mundo, porque los cuerpos celestes serán sacudidos".

Inmediatamente después de esto, dijo Jesús, todos "verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y gran gloria".

Los seguidores de Jesús debían estar bien atentos a estas señales, porque ellas indicarían con toda seguridad que su segunda venida estaría cercana.

–"Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención".

Señalando entonces una higuera que no estaba lejos de allí, recordó a sus discípulos cómo el despertar de la naturaleza que ocurre durante la primavera es considerado por todos como una señal de que el verano se acerca.

–"Igualmente –añadió–, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el reino de Dios está cerca".

Las grandes, maravillosas e inequívocas señales prometidas, que ocurrirían en el cielo y en la tierra, anunciarían la cercanía de su glorioso regreso. Al llegar a este punto en tu lectura, probablemente te estarás preguntando: ¿Han ocurrido ya estas cosas? ¿Las ha visto la gente? Me parecen preguntas oportunas, porque nadie quisiera verse tomado por sorpresa. ¡Qué triste sería si algún día volviera Jesús y nadie estuviera listo para darle la bienvenida!

Muchos creen que la mayoría de estas señales ya han ocurrido, porque cerca del final del largo período de pruebas que padeció la verdadera iglesia de Cristo, tal como lo había predicho Daniel, ocurrieron algunos sucesos sobrenaturales que hicieron pensar a mucha gente que la venida de Jesús estaba cerca.

El primero de estos fenómenos fue el famoso día oscuro del 19 de mayo de 1780, cuando el sol se oscureció en pleno día. Esa noche, la luna también apareció oscurecida.

Luego, algunos años más tarde, el mundo presenció la mayor lluvia de meteoros que registra la historia, conocida con el nombre de la caída de las estrellas de la noche del 12 al 13 de noviembre de 1833. La gente que observó este maravilloso fenómeno lo consideró el cumplimiento de la señal prometida por Jesús.

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

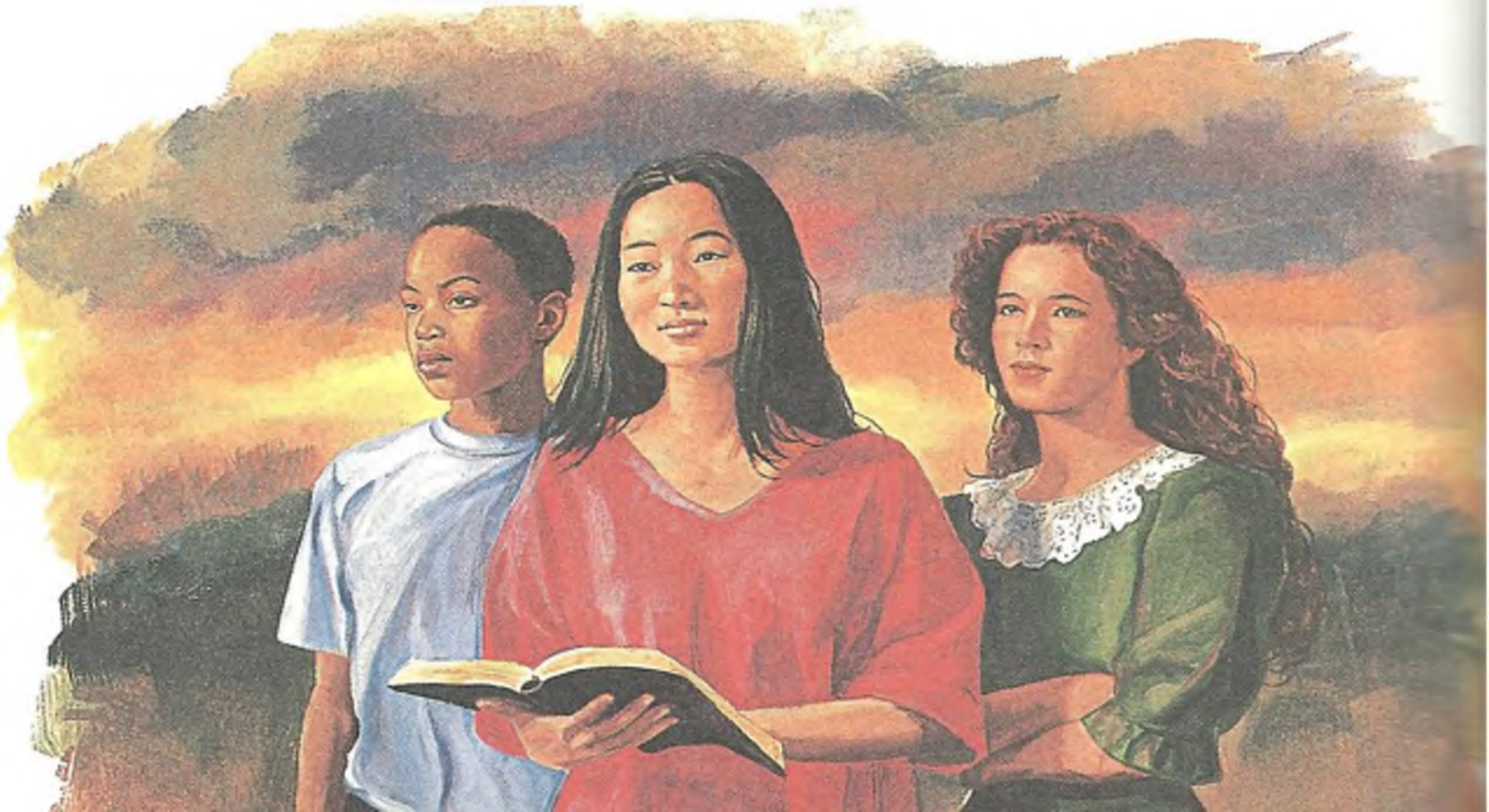
¿Y qué decir acerca de las señales que ocurrirían sobre la tierra: la angustia de las naciones y el terror y la ansiedad por lo que iría a sobrevenir al mundo? ¿Pueden observarse en la actualidad?

Tu papá y tu mamá pueden hablarte de las terribles guerras que ellos recuerdan, de las bombas atómicas y químicas, y de otras armas espantosas que se han inventado recientemente. Y el rugido de los aviones a chorro que vuelan sobre nuestras cabezas nos dice que los desastres que más tememos pueden ocurrir con tanta rapidez, que apenas tendremos tiempo para pensar qué hacer.

Quizá porque Jesús, que fue el más grande de los profetas, sabía todas estas cosas por anticipado, instó a sus discípulos a que tuvieran cuidado, no fuera que se hallaran tan ocupados en otras cosas, que dejaran de ver las señales, por grandes y claras que estas fueran. Él no quería que ese día extraordinario cayera sobre ellos "como una trampa", con la rapidez de una trampa que se cierra sobre un animal descuidado.

–"Estén siempre vigilantes, y oren –les dijo a ellos y nos dice a nosotros– para que puedan escapar de todo lo que está por suceder, y presentarse delante del Hijo del hombre".

* Daniel 7:25



Más señales que todos pueden ver

(Lucas 17:26-30)

MIENTRAS Jesús les aconsejaba a sus discípulos que estuvieran alertas a las señales de su regreso, ellos pueden haberle dicho:

–No te preocupes, Señor, no lo olvidaremos, te estaremos esperando. Estaremos muy felices de verte otra vez.

Pero Jesús sabía que, después que pasaran muchos años, aun aquellos que decían amarlo más comenzarían a preguntarse si alguna vez volvería al mundo. Algunos dirían: "Mi señor se está demorando", y abandonarían su fe.

Cierta vez, el Maestro dijo que su regreso ocurriría en circunstancias muy parecidas a las del gran diluvio de los días de Noé.

–"Tal como sucedió en tiempos de Noé –afirmó–, así también será cuando venga el Hijo del hombre. Comían, bebían, y se casaban y daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca; entonces llegó el diluvio y los destruyó a todos... Así será el día en que se manifieste el Hijo del hombre".

Las actividades de la vida diaria continuarán repitiéndose hasta el fin. Las madres seguirán preparando desayunos, lavando los platos, haciendo la cama, limpiando la casa, como siempre lo han

hecho. Los padres continuarán afeitándose, desayunando y saliendo precipitadamente para ir a trabajar. Los niños y las niñas seguirán levantándose de la cama, poniéndose rápidamente las ropas, comiendo sus desayunos y corriendo hacia la escuela. En otras palabras, la mayoría de la gente seguirá actuando como siempre "hasta el día" en que Jesús aparezca en gloria. Por eso debemos preocuparnos con el fin de estar siempre listos para su venida.

Y aunque veamos que la vida sigue su ritmo normal día tras día, no debemos pensar: "Bueno... creo que no va a pasar nada extraordinario. El mundo seguirá andando como hasta ahora". Si llegamos a pensar así, el regreso de Jesús nos tomará por sorpresa. Porque el Señor vendrá sorpresivamente, cuando menos lo esperemos, como el ladrón en la noche, como el fuego que cayó sobre Sodoma y Gomorra o como el diluvio que destruyó a los que vivían en la época de Noé.

Tal vez debiéramos analizar con más cuidado estas palabras de Jesús: "La venida del Hijo del hombre será como en tiempos de Noé".

¿Cómo eran las cosas entonces? ¿Cómo eran los días de Noé?

Si quieres saberlo, regresa a los primeros capítulos del libro del Génesis. ¿Te llamó alguna vez la atención el hecho de que después que Caín mató a Abel y huyó hacia el oriente del Edén, construyó una ciudad? Aquella fue la primera ciudad que se levantó en esta tierra. Bien puede haber sido una población pequeña, pero marcó el comienzo de una tendencia: la de abandonar la vida de campo para ir a vivir en las ciudades, con todos sus males.

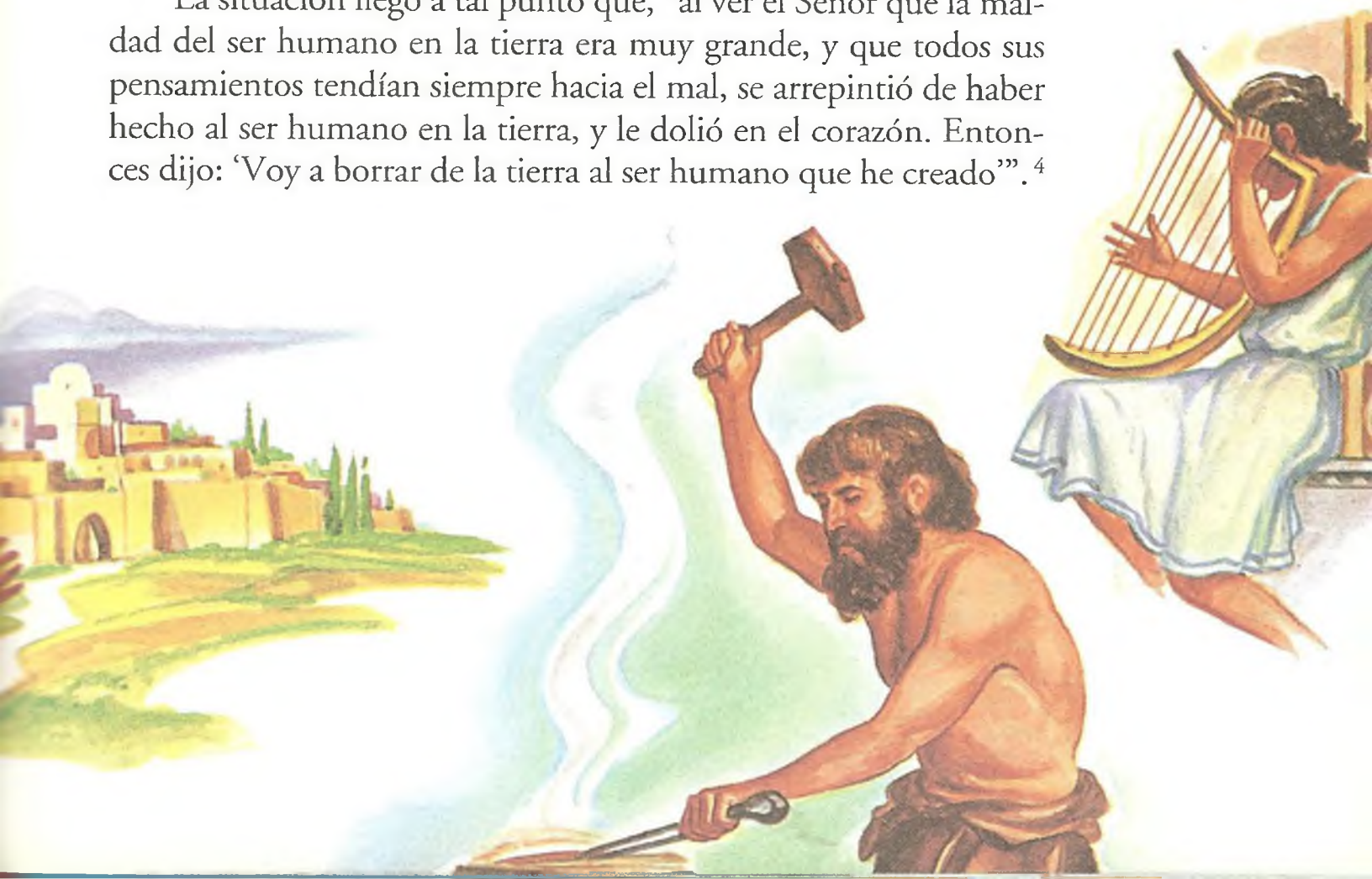
¿Has advertido que uno de los descendientes de Caín, llamado Lamec, fue el primer hombre que tuvo dos esposas? Así comenzó la poligamia, con todos sus tristes resultados.

Jubal, uno de los hijos de Lamec, fue un gran músico, "fue el antepasado de los que tocan el arpa y la flauta".[1] No se nos dice qué clase de melodías enseñó a tocar a la gente, pero sin duda llenó de música la atmósfera de los días de Noé.

Tubal Caín, su hermano, fue un hábil "herrero y forjador de toda clase de herramientas de bronce y de hierro".[2] Él inició la industria de las fundiciones y el acero. No debemos pensar que los que vivían en la antigüedad eran cavernícolas ignorantes. No, todavía eran parientes cercanos de Adán, que aún vivía. Por lo tanto, poseían mentes inteligentes y manos habilidosas. Seguramente, inventaron toda clase de utensilios prácticos: herramientas para sus oficios y muebles para sus hogares.

Pero a pesar de todo su ingenio y su habilidad, los antediluvianos no pudieron mantenerse apartados del mal. Lamec, por ejemplo, se enorgullecía de ser capaz de matar a cualquiera que lo golpeara. Esta actitud pendenciera provocó tantos asesinatos, que la tierra llegó a estar "llena de violencia".[3]

La situación llegó a tal punto que, "al ver el Señor que la maldad del ser humano en la tierra era muy grande, y que todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal, se arrepintió de haber hecho al ser humano en la tierra, y le dolió en el corazón. Entonces dijo: 'Voy a borrar de la tierra al ser humano que he creado'".[4]



Sin duda, Jesús tenía todo esto en mente cuando dijo: "La venida del Hijo del hombre será como en tiempos de Noé".

Hoy también se edifican ciudades, ¿no es verdad? Se han construido muchas ciudades alrededor del mundo. ¡Y cada una de ella ha llegado a ser un caldo de cultivo para el pecado!

También tenemos hoy músicos, ¡y muchos de ellos interpretan una música horrible! Jubal mismo se sentiría avergonzado de oírla.

También hay en nuestros días grandes industriales, con enormes fundiciones de hierro y acero, y con sus fábricas que producen maquinarias y armas de toda clase.

¿Y qué podemos decir de los problemas familiares de los días de Noé? ¿También los tenemos en nuestros días?

¡Sí, los tenemos! Lamec tomó para sí dos esposas, algo ciertamente malo; pero hoy algunos hombres se casan con cuatro o cinco mujeres, una después de otra. Hay gente que se divorcia y vuelve a casarse. Los lazos matrimoniales se rompen como si no tuvieran importancia, y los hijos del hogar quedan sin madre y sin padre. Sin duda, Noé no vio una situación tan mala como esta en los días anteriores al diluvio.

Y en cuanto a la violencia, que llenaba la tierra en aquella época lejana, podemos decir que sin duda hay hoy más que entonces. Y hasta se la enseña en el hogar. Piensa en la mayoría de los programas que se presentan en televisión. No pasa un día sin que haya varios baleados, apuñalados o envenenados.

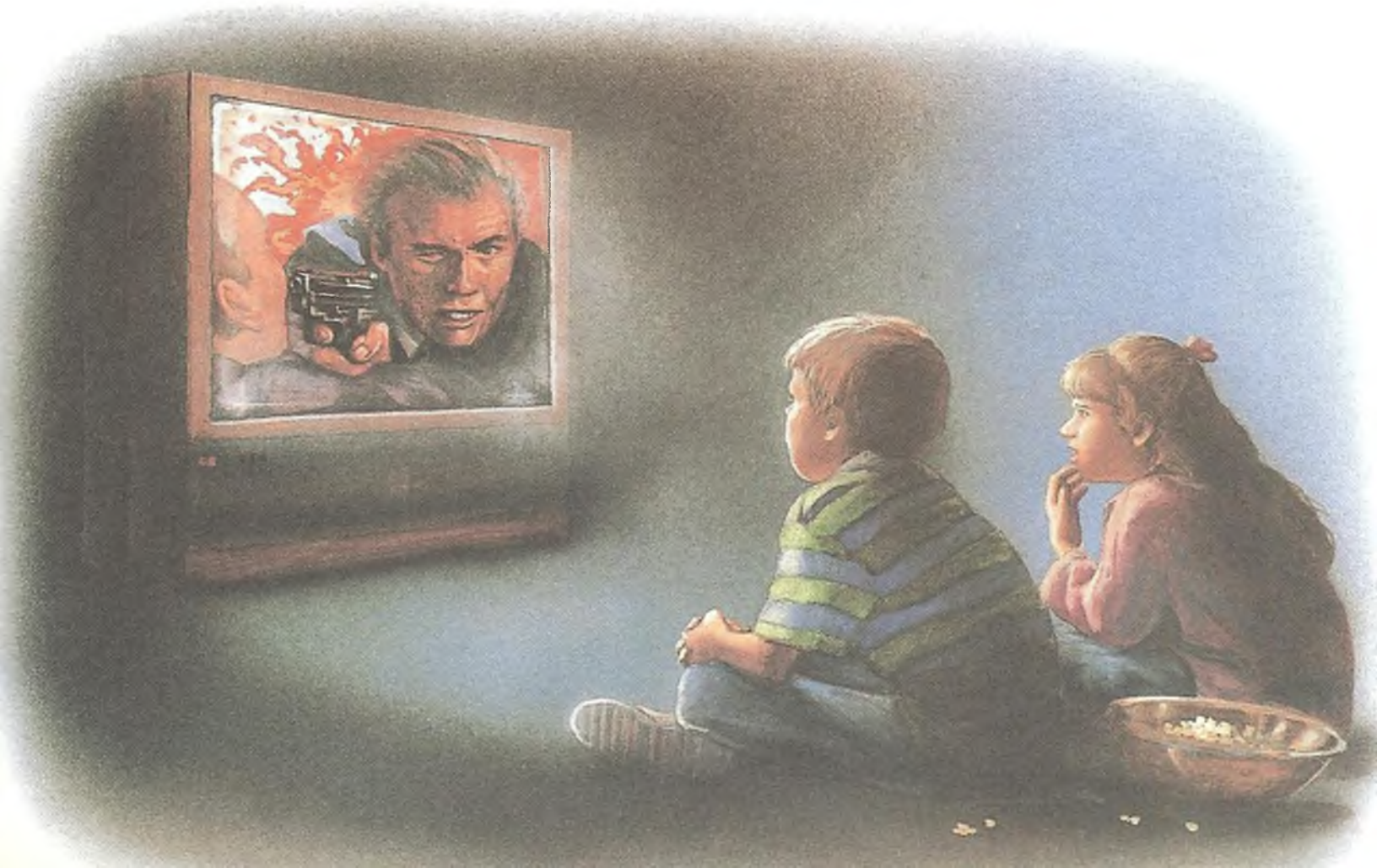
Confío en que tú no mirarás programas en los que se muestra cuán horrible y malvada puede ser la gente. ¿Por qué? Porque si lo haces, poco a poco llegarás a pensar que el pecado y el mal no son realmente tan horribles; que no hay nada de malo en ser cruel, men-

tiroso o deshonesto siempre que uno pueda salir bien del paso. Si tú te acostumbras a acariciar pensamientos como estos, ellos te apartarán completamente de lo que es correcto, verdadero y hermoso. Te llevarán a odiar a Dios y sus mandamientos. El mal llegará a parecerte atractivo y comenzarás a pensar que puedes hacer lo que te dé la gana sin preocuparte por las consecuencias.

Muchos niños y niñas han llegado ya a ese punto. Y muy pronto, como Jesús nos advirtió, veremos a nuestro alrededor condiciones como las que reinaban en los días de Noé, cuando "la maldad del ser humano en la tierra era muy grande" y "todos sus pensamientos tendían siempre hacia el mal".

Así que, si deseas ver más señales de la venida de Jesús, lo único que necesitas hacer es mirar a tu alrededor. Las encontrarás en todas partes. Algunas hasta están en tu propio hogar.

[1] Génesis 4:21.
[2] Génesis 4:22.
[3] Génesis 6:11.
[4] Génesis 6:5-7.



Cómo regresará Jesús

(Mateo 24:27-44)

PARA asegurarse de que sus discípulos no serían engañados por algún falso maestro, Jesús les contó con lujo de detalles la manera en que regresaría.

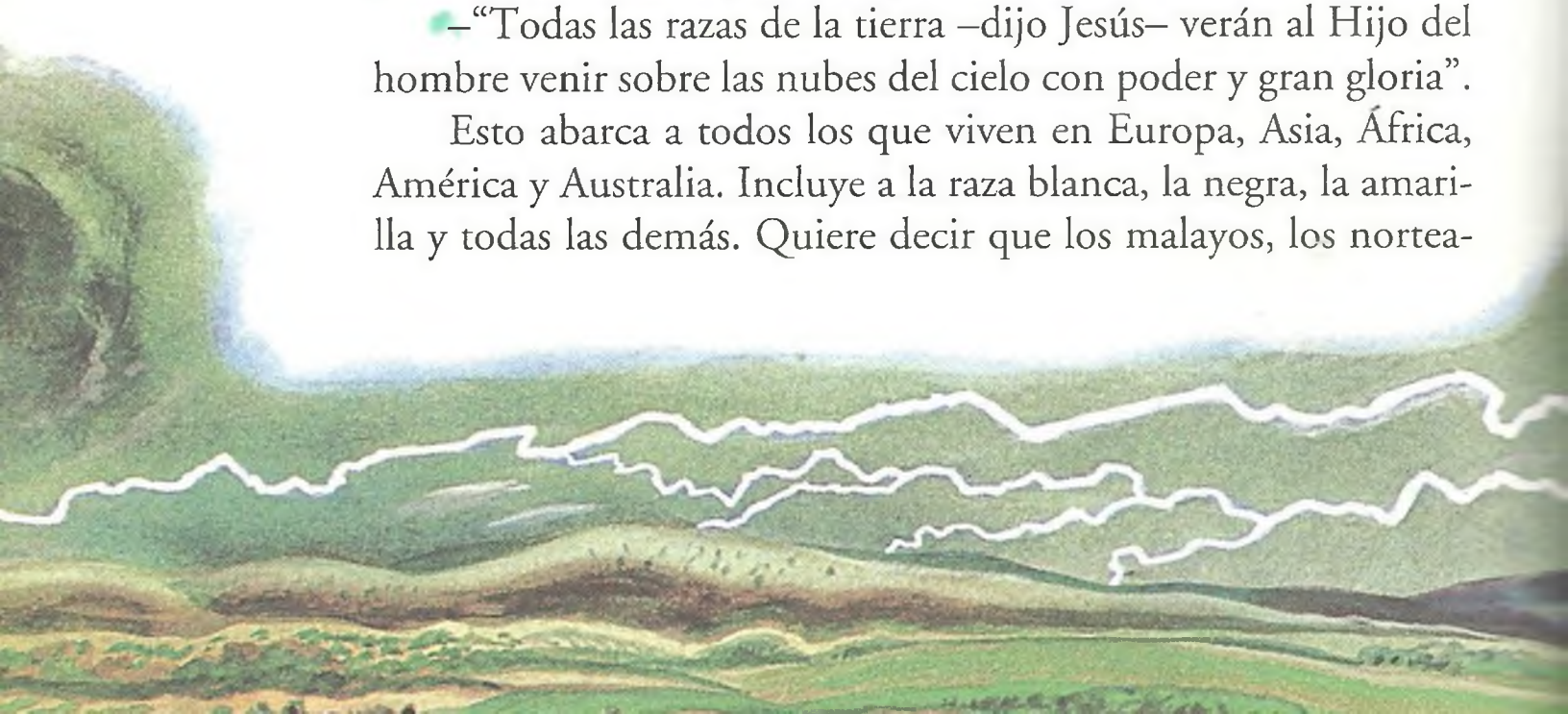
No vendría secretamente, dijo, sino abiertamente, con el fin de que todo el mundo pudiera verlo. Sería tan visible como un rayo:

–"Porque así como el relámpago que sale del oriente se ve hasta en el occidente, así será la venida del Hijo del hombre".

La niebla puede ocultar la luz de una linterna o las luces de un aeropuerto, pero nada puede ocultar un relámpago. Las nubes más oscuras solo ayudarán a que parezca más brillante. De la misma manera, la venida de Cristo será más gloriosa de lo que pueden describir las palabras, y todo el mundo la verá.

–"Todas las razas de la tierra –dijo Jesús– verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria".

Esto abarca a todos los que viven en Europa, Asia, África, América y Australia. Incluye a la raza blanca, la negra, la amarilla y todas las demás. Quiere decir que los malayos, los nortea-



mericanos, los árabes, los rusos, los brasileros, los neozelandeses, los chinos, los alemanes, los indios, los africanos; en fin, todas las tribus, todas las naciones, todo el mundo sin excepción, lo verá venir.

Además, Jesús no vendrá en silencio. Habrá tanto ruido, que hasta los sordos sabrán que está acercándose. Porque "al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo".

Probablemente, el apóstol San Pablo tenía estas palabras del Maestro en mente cuando dijo que el Señor "descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios".[1]

San Juan recordaba estas palabras cuando escribió: "El firmamento desapareció como cuando se enrolla un pergamino, y todas las montañas y las islas fueron removidas de su lugar.

"Los reyes de la tierra, los magnates, los jefes militares, los ricos, los poderosos... se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas. Todos gritaban a las montañas y a las peñas: '¡Caigan sobre nosotros y escóndannos de la mirada del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día del castigo!

¿Quién podrá mantenerse en pie?"[2]

De modo que Jesús, el más grande profeta, no dejó dudas en cuanto a la manera en que volverá. Cuando descienda del cielo, todo el mundo lo verá y lo oirá, y no habrá manera de confundirse. Todos sabrán que es Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, el Hijo de Dios, coronado como glorioso Rey de reyes y Señor de señores.

Pero hay una cosa muy importante que no sabemos acerca de su segunda venida, y esta es exactamente cuándo vendrá de regreso. El cumplimiento de las señales prometidas por él nos dicen que está próximo a venir, pero el día exacto de su venida es un secreto que solo Dios conoce. Jesús lo dejó en claro cuando dijo:

–"Pero en cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni siquiera los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre".

De todos modos, es mejor así. Si supiéramos de antemano el día exacto de su venida, postergaríamos hasta la noche anterior la preparación para encontrarnos con él. Mucha gente actuaría así, e iría postergando el arrepentimiento de un día para el otro hasta que, por fin, fuera demasiado tarde.

Pero como no sabemos el día en que vendrá, debemos estar siempre preparados. Y eso es, precisamente, lo que Jesús nos pide.

–"Por lo tanto, manténganse despiertos –nos dice–, porque no saben qué día vendrá su Señor... Por eso también ustedes deben estar preparados, porque el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo esperen".

Nos sorprenderá a todos. Solo espero que sea una sorpresa feliz para ti y para mí.

[1] 1 Tesalonicenses 4:16.
[2] Apocalipsis 6:14-17.

ILUSTRACIÓN DE GUILLERMO HUTCHINSON

Jesús prometió que, cuando venga por segunda vez, todo el mundo lo verá. Y aunque podemos conocer las señales de su venida, nadie sabe el día ni la hora en que vendrá.

Se predice la radio y la televisión

(Mateo 24:14)

CUANDO Jesús conversaba con sus discípulos acerca de su segunda venida, les mencionó otra señal que podría ser la más importante de todas.

–"Y este evangelio del reino se predicará en todo el mundo como testimonio a todas las naciones –les dijo–, y entonces vendrá el fin".

"Este evangelio del reino" es, por supuesto, las buenas noticias acerca de sus planes para el futuro de este mundo y para la gente que vive en él. Incluye la historia de la venida de Jesús para vivir entre los hombres; la historia de sus sufrimientos y muerte; la historia de su resurrección y ascensión; y la promesa de su segunda venida en gloria para establecer su reino de amor y restaurar todo lo que se perdió en el Edén.

Cuando este hermoso mensaje haya sido predicado en todo el mundo y cada hombre, mujer y niño haya tenido oportunidad de oírlo, "entonces vendrá el fin".

Jesús no dijo que todos los que escucharan el evangelio llegarían a ser cristianos. No. Lo que dijo fue que ese evangelio sería pre-

dicado como "testimonio a todas las naciones". Las personas de cada lugar del planeta lo escucharán y tomarán la decisión de pertenecer o no a su reino de amor.

Cuando uno se detiene a pensar en estas palabras de Jesús, llega a la conclusión de que son una maravillosa profecía. En aquellos días no había sino un solo gran imperio en el mundo: Roma. Nadie había oído siquiera hablar de los Estados Unidos, de Méjico, Francia o Rusia. Inglaterra todavía no había sido invadida por los ejércitos romanos. La China, la India y el África eran tierras desconocidas para la mayoría de los que vivían en Palestina.

Sin embargo, el más grande de los profetas se atrevió a decir que estas noticias gloriosas acerca de su reino serían llevadas hasta los confines de la tierra y a las naciones que todavía no habían surgido. Mirando a través de los siglos, vio a todas las naciones, con todos sus idiomas, sus costumbres y sus banderas de muchos colores. "Todos estos –dijo– oirán mi evangelio y entonces vendrá el fin".

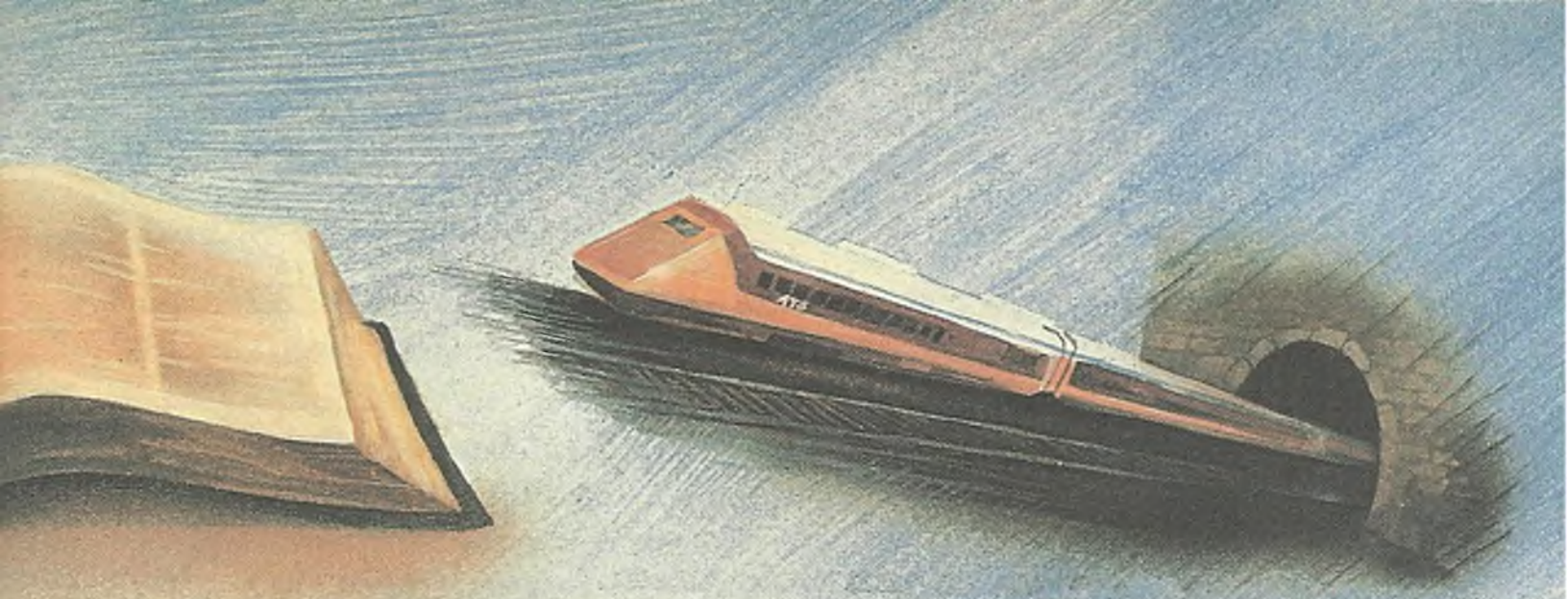
Esto significaba que su mensaje debería ser traducido a centenares de idiomas y dialectos; pero esta dificultad no le preocupó. Afirmó que esta tarea sería hecha, y en realidad se lo ha hecho. Ya se ha traducido la Biblia entera o porciones de ella a casi 2.000 idiomas y dialectos.

Jesús también debe haber sabido que se inventarían nuevos métodos de difundir su mensaje, para que todos los millones que pueblan la tierra lo oyeran. Es probable que haya previsto la invención de los medios para dirigirse a grandes multitudes, que permiten a un solo predicador hacerse oír por decenas de miles en grandes salones o estadios.

Tal vez previó la llegada de la radio, que transmite la voz humana a millones de personas en distintos países al mismo tiempo. Quizá previó las maravillas de la televisión, mediante la que sus mensajeros pueden penetrar en centenares de millones de hogares al mismo tiempo para contar la historia de su amor.

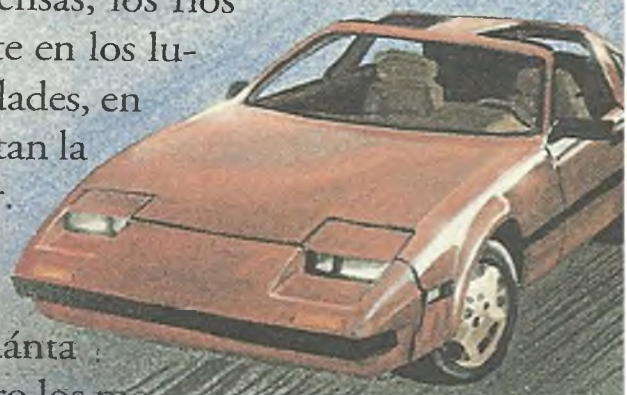
No hace mucho, mientras entraba en una de las piezas situadas en el último piso de un gran hotel de la ciudad de Miami, Florida, oí repentinamente que, desde la pieza vecina, llegaba el sonido de unas voces conocidas que cantaban: "Siervos de Dios la trompeta tocad: ¡Cristo muy pronto vendrá!"

Era la música característica de un famoso programa religioso. Yo lo había oído antes en mi casa y también por medio de la radio de mi automóvil mientras cruzaba el Desierto de Arizona, las Ro-



callosas, las Cascadas, y otras partes lejanas del país. Hay millones de personas que también lo escuchan cada semana, no solo en los Estados Unidos y en Hispanoamérica sino por todo el mundo.

Mediante las más poderosas estaciones de radio, la hermosa música del programa y las voces llenas del amor de Jesús saltan por encima de las más altas montañas, las selvas más densas, los ríos más peligrosos, para llegar a los corazones de la gente en los lugares más distantes del planeta. Y en las atestadas ciudades, en las aldeas desconocidas y en las granjas solitarias, relatan la misma historia de un Salvador amante y perdonador.



Hoy, como nunca antes desde que Jesús pronunció esta maravillosa profecía, "este evangelio del reino" se predica en todas las naciones. Nadie sabe cuánta gente no ha oído ni ha leído todavía este mensaje. Pero los medios de comunicación están allí, ayudando a realizar rápidamente la tarea. Y mucho antes de lo que nosotros nos imaginamos Jesús puede decir: "La tarea ha sido terminada".

"Y entonces vendrá el fin".

MARCUS MASHBURN

Las diez jóvenes que se durmieron

(Mateo 25:1-13)

UNA de las historias más emocionantes que Jesús haya contado es la de 10 jóvenes somnolientas. Eran damas de honor, vestidas para una boda, ansiosas por participar de la fiesta, ¡y la mitad de ellas nunca pudo entrar a la celebración!

Dado que la ceremonia se celebraría durante la noche, cada jovencita llevó consigo una lámpara de aceite. Estoy seguro de que todas estaban muy entusiasmadas por hacer su parte en la procesión, pero cinco de ellas hicieron provisión para cualquier contratiempo que enfrentaran. Cada una de estas cinco cargó un poco más de aceite, por si acaso llegaran a necesitarlo.

Puesto que la boda se celebraba en el Oriente, las diez estaban esperando la llegada del cortejo cerca de la casa de la novia. En aquellos países no se aguardaba la llegada de la novia sino la del novio. Era costumbre que este viniera a la casa de la novia y que luego la condujera hasta la suya.

Al principio, las muchachas no tenían sueño, por supuesto. Me imagino que estaban tan alegres y conversadoras como la mayoría de las damas de compañía en esas circunstancias. Hablaban

acerca de la novia, del novio y de las posibilidades de que alguna vez ellas mismas llegaran a casarse.

En puntas de pie, se estiraban para ver a lo lejos si llegaba la procesión. Pero a medida que pasaba el tiempo y el novio no aparecía, comenzaron a bostezar y a tener sueño. Se sentaron en el césped y comenzaron a murmurar por la demora.

–¿Qué puede haberles pasado? –suspiró una–. Estoy cansada. Por favor, despiértenme cuando lo vean venir.

Y diciendo esto, se recostó y muy pronto estuvo dormida. Otra muchacha la imitó; después otra y otra, hasta que "a todas les dio sueño y se durmieron".

Al poco rato, sus pequeñas lámparas comenzaron a vacilar y luego se apagaron. No pasó mucho tiempo antes que la única luz que alumbraba era la de las estrellas que brillaban sobre sus cabezas.

Pasó una hora tras otra, y las 10 muchachas siguieron durmiendo.

Pero repentinamente, a la medianoche, oyeron que alguien gritaba:

–"¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!"

Las muchachas se movieron y terminaron por despertarse. Restregándose los ojos, vieron que, en efecto, la procesión avanzaba por la calle. De un salto se pusieron de pie, se arreglaron los vestidos y se acomodaron el cabello. Entonces se acordaron de sus lámparas. Toda se habían apagado y en las puntas de las mechas había una gruesa costra de carbón.

Fue entonces cuando cinco de ellas hicieron un triste descubrimiento: ¡Se habían quedado sin aceite!

–"Dennos un poco de su aceite" –les rogaron a las otras.

–Lo lamentamos –les contestaron–, pero no podemos hacerlo, porque no nos sobra una gota.

–Pero ¿qué haremos? ¡Nos perderemos la fiesta de bodas! –exclamaron las cinco que no tenían aceite.

–Será mejor que vayan a comprar.

–¿Qué? ¿A comprar? ¿A esta hora de la noche?

–Tal vez haya algún comercio abierto. Les conviene hacer la prueba.

Desesperadas, las cinco salieron corriendo y desaparecieron en la oscuridad. Mientras iban a comprar el aceite llegó el novio, y las jóvenes que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas. Y se cerró la puerta.

Y entonces ocurrió algo muy triste. Las cinco muchachas que habían ido a buscar aceite regresaron casi sin aliento por haber corrido tanto. Pero era demasiado tarde. Se habían perdido tanto la procesión como el banquete de bodas.

Acercándose a la puerta de la casa del novio, la golpearon clamando:

–"¡Ábrenos la puerta!"

Pero nadie abrió la puerta. Solo el jefe de la fiesta les habló desde adentro diciéndoles:

–"¡No, no las conozco!"

La moraleja de esta historia es que debemos estar siempre listos para el regreso de Jesús. "Por tanto –agregó Jesús–, manténganse despiertos porque no saben ni el día ni la hora".

Tal vez Jesús estaba mirando hacia el futuro, a lo largo de los siglos, hasta nuestro tiempo. Quizá estaba pensando en ti y en mí, sabiendo cuán fácil es que abandonemos la esperanza en su venida, nos adormezcamos y dejemos que nuestras lámparas se apaguen.

–¡Velen! –nos dice–. ¡Manténganse despiertos! ¡Permanezcan atentos a las señales de mi regreso!

Algún día se oirá otra vez la exclamación: "¡Ahí viene el novio!" Y de ciudad en ciudad, de país en país, la extraordinaria noticia se difundirá como fuego: "¡Jesús viene!"

Algunos estarán listos para encontrarse con él; otros, no. Algunos irán con él al cielo; y algunos quedarán afuera. ¿En qué grupo estarás tú?

Hagamos provisión de aceite para que, cuando él venga, podamos estar listos, con nuestras lámparas preparadas y encendidas.

La parábola de los talentos

(Mateo 25:14-30)

JESÚS sabía que pronto dejaría a sus discípulos y permanecería lejos por un buen tiempo, y por eso trató de darles todos los buenos consejos para que supieran lo que debían hacer mientras él estuviera ausente.

Con este objetivo en mente, les contó la historia de las 10 jovencitas que se durmieron. Anhelaba que siempre estuvieran preparados para su regreso. Pero no alcanza con solo estar preparados. Debían aprovechar cada instante de su vida, sirviendo fielmente a Dios cada día y utilizando cada oportunidad para contarle a otros de su amor.

Para aclarar esto último, Jesús les contó otra historia. Trataba acerca de un mercader que realizó un largo viaje a un país lejano. Antes de salir, el hombre llamó a sus tres criados y les dio a cada uno una cierta cantidad de dinero, "a cada uno según su capacidad", para que lo usaran. A uno le dio cinco talentos de dinero, a otro dos talentos y al tercero un talento (un talento equivaldría a 1.000 monedas, más de 1.000 dólares). Entonces, después de instarlos a que negociaran con el dinero, salió de viaje.

El criado que había recibido cinco talentos comenzó a trabajar enseguida, comprando y vendiendo, hasta que ganó otros cinco. El que había recibido dos talentos hizo lo mismo y, aunque no ganó tanto dinero, logró una ganancia de cien por ciento, puesto que sus dos talentos se convirtieron en cuatro.

Pero el que había recibido un talento no hizo sino cavar un pozo en la tierra, enterrar su talento y dedicarse a descansar. Les dijo a sus amigos que no veía por qué debía trabajar mientras su amo estaba de vacaciones.

Finalmente, el mercader regresó y llamó a sus criados para que le rindieran cuenta del dinero que les había confiado. Vino primero y le dijo cómo había negociado con los cinco talentos y ganado otros cinco.

–"¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! –le dijo el amo–. En lo poco has sido fiel; te pondré a cargo de mucho más".

Entonces, el segundo criado le dijo lo que había hecho él.

–"Señor –informó–, usted me encargó dos mil monedas. Mire, he ganado otras dos mil".

–"¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! Has sido fiel en lo poco; te pondré a cargo de mucho más".

Por fin le toco el turno al que había recibido un talento. Este era un hombre bastante insolente.

–"Señor –explicó–, yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra. Mire, aquí tiene lo que es suyo".

El comerciante quedó muy desilusionado.

–"¡Siervo malo y perezoso! –le dijo–... Debías haber depositado mi dinero en el banco, para que a mi regreso lo hubiera recibido con intereses. –Y agregó–: 'Quítenle las mil monedas y dénselas al que tiene las diez mil...Y a ese siervo inútil échenlo afuera, a la oscuridad".

Hay en esta historia una lección para todos nosotros. El comerciante de la historia representa a Jesús. Él se ha ido lejos y ha dado a cada uno de sus discípulos talentos, de acuerdo con su capacidad. Algunos tienen cinco talentos, otros dos y otros solo uno. Pero espera que todos los empleen de la mejor manera posible. Y algún día, cuando vuelva, nos pedirá que le digamos qué

hemos hecho con todos los buenos dones que nos ha confiado.

Tal vez tú digas: "¡Bueno, pero él no me ha dado a mí ningún dinero!" Puede ser que no; pero el dinero no es el único talento. Tu voz es un talento y con ella puedes hablar y cantar. Tu mente también es un talento, ya que tiene poder para pensar y planear. Tus manos son un talento, pues pueden escribir, tocar música y hacer bien a los necesitados.

Deténte un momento ahora mismo y ponte a contar tus talentos. Probablemente descubrirás que tienes más que cinco, quizá 10. Y Dios desea que los uses a todos para su gloria.

Tal vez tú digas: "¡Pero... yo tengo un solo talento!" Muy bien, pero no lo entierres. Aprovéchalo al máximo. Úsalo y verás cómo se multiplica.

Lo que importa no es el número de talentos que tenemos sino cuán fieles somos en usarlos.

Jesús desea que seamos fieles "en lo poco", en las cosas pequeñas que hacemos por él, y cuando llegue el día de rendir cuentas, ¡cuán feliz te sentirás de oír que Jesús te dice: "¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!" Y ese "¡Hiciste bien!", dicho con una sonrisa y un apretón de manos, será para nosotros una recompensa más que suficiente por todo lo que alguna vez hayamos hecho por él.

Pasaporte para el cielo

(Mateo 25:31-46)

LUEGO de decirles a sus discípulos que siempre permanecieran atentos a su regreso y que aprovecharan al máximo sus talentos mientras esperaban, Jesús volvió a descorrer la cortina del futuro. Dejó que echaran una mirada a la maravillosa escena cuando él se sentará finalmente en su trono de gloria como Rey de reyes y Señor de señores.

–"Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará a unos de otros, como separa el pastor las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda".

Mientras los discípulos se imaginaban ese día feliz, sus ojos brillaban de alegría. ¡Cuánto soñaban con ver hecho realidad su sueño de un reino de amor! ¡Cuánto ansiaban tener alguna parte en ese reino algún día!

Pero ¿qué había querido decir con eso de las ovejas y los cabritos? ¿A quiénes representaban? ¿Cómo los separaría Jesús? Con ansiedad, esperaron el resto del relato. Y Jesús continuó:

–"Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: 'Vengan

ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; fui forastero, y me dieron alojamiento; necesité ropa, y me vistieron; estuve enfermo, y me atendieron; estuve en la cárcel, y me visitaron'.

–"Y le contestarán los justos –siguió diciendo Jesús–: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos como forastero y te dimos alojamiento, o necesitado de ropa y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y te visitamos?' El Rey les responderá: 'Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí'".

Ese será el destino de las "ovejas", de los verdaderos seguidores de Jesús. Ellos estarán a su mano derecha. Son los hombres y las mujeres, los niños y las niñas, bondadosos con los demás; aquellos cuyos corazones están llenos de amor y compasión por sus hermanos más pequeños. Ellos heredarán el reino prometido por el Maestro.

¿Y qué en cuanto a los cabritos?

Pues bien, representan a las personas insignificantes y egoístas que nunca piensan siquiera en las necesidades y sufrimientos de los demás.

A ellos Jesús les dirá:

–"Tuve hambre, y ustedes no me dieron nada de comer; tuve sed, y no me dieron nada de beber; fui forastero, y no me dieron alojamiento; necesité ropa, y no me vistieron; estuve enfermo y en la cárcel, y no me atendieron".

← ILUSTRACIÓN DE PABLO REMMEY

"Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: 'Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el reino preparado para ustedes'". Y los fieles entrarán en la ciudad de Dios.

Pero ellos le preguntarán:

–"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o como forastero, o necesitado de ropa, o enfermo, o en la cárcel, y no te ayudamos?"

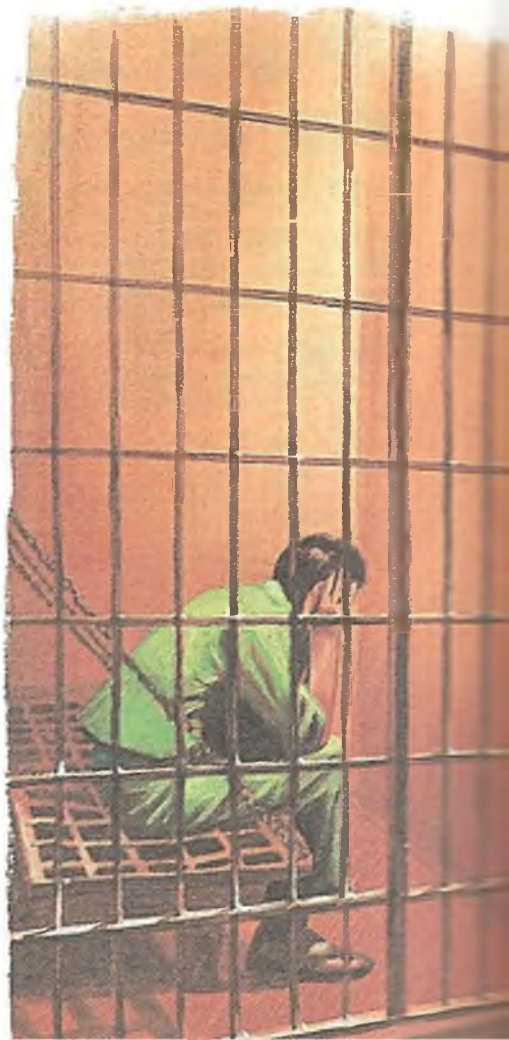
Y Jesús les dirá:

–"Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí".

Para ellos no habrá reino, ni cielo ni felicidad eterna. Al contrario, tendrán parte en el castigo del diablo y sus ángeles. Así lo dijo Jesús.

De modo que es el amor el que marca la diferencia. Es el amor el que separa a los que se salvan de los que se pierden. Es el amor el que decide si nos encontraremos entre las ovejas o entre los cabritos en el día del juicio.

El amor es el pasaporte para el cielo. Si no lo albergamos en nuestro corazón, si no lo mostramos en palabras amables y en

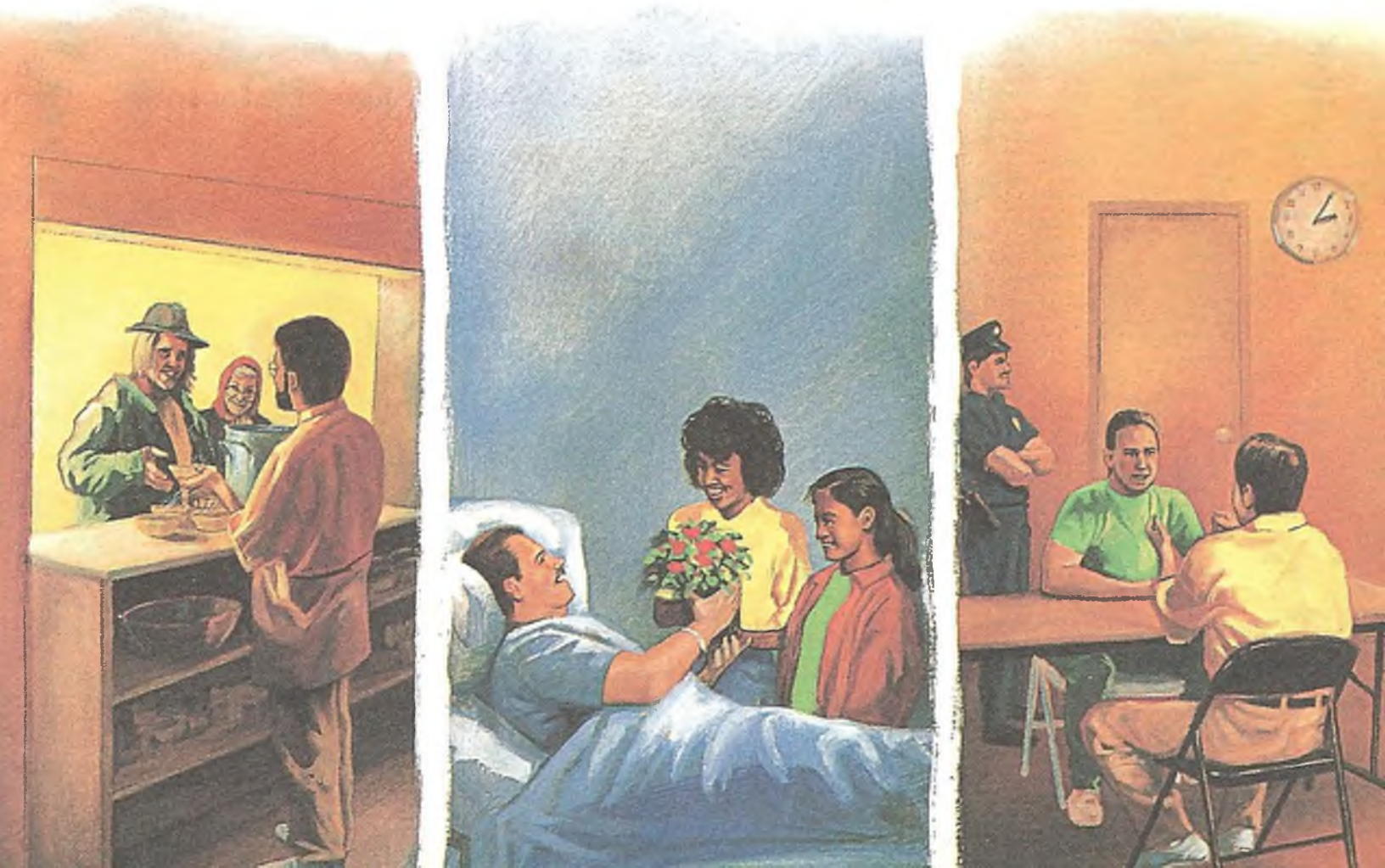


actos bondadosos, nunca entraremos en el reino de Dios. Porque su reino es un reino de amor. Está formado por personas que se aman unas a otras, y su Rey es el Rey del amor.

Dado que el amor es tan importante, tal vez debiéramos echar una mirada a nuestro alrededor, para ver si hay alguien que necesita ser amado por nosotros. Piensa un momento. ¿Hay algún conocido tuyo que tiene hambre, alguien a quien puedes alimentar? Tal vez haya un niño en tu escuela con quien puedes compartir tu merienda, o a quien puedes darle parte de tu rico refresco.

¿Y qué me dices de la niña recién llegada que hay en tu clase o de la que acaba de mudarse con sus padres para vivir en tu barrio? ¿Te muestras con ellas tan amigable como debieras? ¿Les has dicho a cada una: "¡Bienvenida!", y lo has dicho de veras?

Quizá haya alguien a quien tú conoces que no tiene dinero suficiente como para comprarse ropa y mantenerse abrigado. ¿Le darías algunas de las tuyas?



¿Y qué diremos de los enfermos que conoces? ¿Vas alguna vez a visitarlos? ¿Les llevas flores o dices una oración breve junto a su cama?

¿Hay algún amigo o conocido tuyo en la cárcel? ¿Has ido alguna vez a verlo o le has escrito una cartita de simpatía?

Recuerda que cualquier acción de amor es considerada por Jesús como si se la hiciéramos a él. Y el Maestro nunca olvida un acto de bondad. Lo recordará por toda la eternidad. Y cada vez que te encuentre en su reino, te dirá: "¡Gracias por haber sido tan amable conmigo!"

Y tú le preguntarás:

–Señor, ¿cuándo fui bueno contigo?

Él se sonreirá entonces y te dirá:

–Cuando compartirse tu merienda con Tomás, cuando lloraste con Susana y cuando visitaste a tu abuelita solitaria.

Y tú le contestarás:

–Pero, Jesús, ¡yo no sabía que te estaba ayudando a ti!

–Sin embargo, lo estabas haciendo –te dirá–. Pues cuando los amabas a ellos, que son mis hijos, me estabas amando a mí.

¡Y cuán felices nos sentiremos de haber realizado todos aquellos actos de amor!

8

Las personas no podían dejar de hablar acerca de Jesús. Habían quedado maravilladas por sus milagros.

Los ciegos podían ver. Los inválidos caminaban. Una niñita fue resucitada. Incluso está la historia en la que Pedro encontró una moneda dentro de un pez. A las personas también les encantaba escuchar las parábolas de Jesús. Dieciséis capítulos del tomo 8 de Las bellas historias de la Biblia cubren sus parábolas, incluyendo la del buen samaritano, la oveja perdida y el hijo pródigo.

La ilustración de la portada es de Harry Anderson